

Ayaan Hirsi Ali

Yo acuso
Defensa de la emancipación de las
mujeres musulmanas

Traducción de Natalia Fernández Díaz



Título de la edición original: De zoontjesfabrick, De maagdenkooi, Submision,
Vreemde situaties

Traducción del neerlandés: Natalia Fernández Díaz

Diseño: Gloria Gauger

Publicado con la ayuda de la Foundation for the Production and Translation of
Dutch Literature

Círculo de Lectores, S. A. Galaxia Gutenberg

Travessera de Gracia, 47-49,

08021 Barcelona

www.circulo.es

www.galaxiagutenberg.com

© Ayaan Hirsi Ali and Augustus Publishers, 2002, 2004

© por la entrevista «Quiero que esto pase aquí y ahora» de Colet van de,
Ven, 2002

© por la entrevista «La política daña mi ideal» de Arjan Visser, 2003

© por la traducción: Natalia Fernández Díaz, 2006

© Círculo de lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2006

Depósito legal: B. 3350-2006

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.,

Barcelona Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica

Barcelona, 2006.

Impreso en España

ISBN Círculo de Lectores: 84-672-1635-2

ISBN Galaxia Gutenberg: 84-8109-578-8

Índice

Prefacio

1. «Quiero que esto pase aquí y ahora»
2. No nos falléis. Permitidnos un Voltaire
3. ¿Por qué fracasamos al mirar hacia nosotros mismos?
4. Normas incompatibles. Sobre la integración como iniciación en la modernidad
5. La política daña mi ideal
6. La pesadilla de Bin Laden
7. Situaciones extrañas. Discurso en Memoria de las Víctimas de la Segunda Guerra Mundial
8. La jaula de las vírgenes
9. Cuatro historias en la práctica islámica somalí
10. Musulmana, exige tus derechos
11. Abordemos la violencia doméstica de manera más efectiva
12. La mutilación genital no debe tolerarse
13. Diez consejos para musulmanas que quieren huir
14. *Submission Part I*
15. La necesidad de reflexión y autocrítica en el Islam
16. Lo que yo querría decir

Prefacio

Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, Occidente hizo un llamamiento masivo a todos los musulmanes para que reflexionaran acerca de su religión y su cultura. Una llamada a la que esta comunidad reaccionó con indignación, ya que no veía el motivo por el cual ésta, precisamente, tenía que hablar del comportamiento criminal de diecinueve jóvenes. El presidente estadounidense Bush, el primer ministro británico Blair y otros tantos líderes occidentales han solicitado a las organizaciones musulmanas de sus respectivos países que se distanciaran del Islam, tal como lo predicaban los doce terroristas. Que los criminales del 11 de septiembre fueran musulmanes, y que en todo el mundo éstos, incluso antes del 11 de septiembre, guardasen rencor sobre todo a Estados Unidos, me llevó a investigar las raíces del odio de la fe en la que fui educada. ¿Se halla esa agresividad, ese rencor, en el Islam mismo?

Fui educada por mis padres como musulmana, como una buena musulmana. El Islam regía la vida de nuestra familia y nuestras relaciones familiares hasta en los más ínfimos detalles. El Islam era nuestra ideología, nuestra política, nuestra moral, nuestro derecho y nuestra identidad. Éramos, antes que nada, musulmanes, y luego somalíes. Se me enseñó que el Islam nos separaba del resto del mundo, de los no musulmanes. Nosotros, los musulmanes, somos los elegidos de Dios; en cambio ellos, los otros, los kafires, los no creyentes son asociales, impuros, bárbaros, no circuncidados, inmorales, desalmados, y sobre todo obscenos: son irrespetuosos con las mujeres -unas ramera-, muchos hombres son homosexuales, y hombres y mujeres mantienen relaciones sexuales sin estar casados. En definitiva, los infieles son malditos y Dios los castigará por ello de un modo atroz en la otra vida.

Cuando mi hermana y yo éramos pequeñas solíamos hablar de gente agradable que no profesaba el Islam, pero entonces mi madre y mi abuela decían siempre: «No, no son buena gente. Saben del Corán y del Profeta y de Alá y sin embargo no tienen conocimiento de que lo único que puede ser el ser humano es musulmán. Son ciegos. Si fueran personas afables y buenas se habrían hecho musulmanas y entonces Alá las protegería del mal. Pero de ellos depende. Si se convierten, conocerán el paraíso».

El Islam no es la única ideología que educa a sus hijos en el convencimiento de que son los elegidos de Dios -el cristianismo y el judaísmo también lo contemplan-, pero aun así entre los musulmanes existe la creencia de que Dios les ha conferido una gracia especial de una mayor amplitud.

Llegué a Europa occidental hace aproximadamente doce años, huyendo de un matrimonio concertado. Pronto aprendí que aquí Dios y su verdad han sido ideados de acuerdo a la dignidad humana. Si bien para los musulmanes la vida en la tierra es tan sólo un tránsito hacia el más allá, en Occidente la gente también puede invertir en su existencia terrenal. Además, todo indica que el infierno se ha abolido, y que Dios es más un dios del amor que un ente cruel cuyo fin es impartir castigo. Comencé entonces a observar de manera crítica mi propia fe y descubrí tres elementos importantes a los que antes apenas había prestado atención.

El primero era que los musulmanes mantienen con su Dios una relación basada en el miedo. El concepto de Dios de los musulmanes es absoluto. Nuestro Dios exige una completa sumisión. Te premia si sigues sus reglas al pie de la letra, pero te castiga cruelmente si transgredes sus reglas: en la vida terrenal con enfermedades y catástrofes naturales; en la otra vida, con las llamas eternas del infierno.

El segundo elemento es que el Islam conoce una sola fuente moral: el Profeta. Mahoma es infalible, incluso se podría decir que es un dios, aun cuando el Corán es claro en este sentido: Mahoma es un hombre, pero es el mejor, el ser humano perfecto, igual que un dios, y debemos vivir según su ejemplo. El Corán recoge lo que Mahoma explica que Dios dijo. Así, en los miles de *ahadith* - testimonios de lo que Mahoma dijo e hizo y los consejos que dio y que nos ha legado en gruesos tomos- encontramos exactamente cómo debía vivir un musulmán en el siglo VII..., la misma fuente en que devotos musulmanes buscan a diario respuestas a sus preguntas acerca de cómo vivir en el siglo XXI

En tercer lugar, el Islam está fuertemente dominado por una moral sexual cuyas raíces se remontan a los valores tribales árabes de los tiempos en que el Profeta recibió los consejos, una cultura en que las mujeres son propiedad de padres, hermanos, tíos, abuelos, tutores. Así como la esencia de la mujer se reduce a su himen, el velo que oculta sus rostros recuerda permanentemente al mundo exterior esa moral asfixiante, que convierte a los musulmanes varones en dueños absolutos de las mujeres y que los obliga a evitar los contactos sexuales de su madre, hermana, tía, cuñada, sobrina y esposa. Y no sólo la cohabitación, sino también el mero hecho de mirar a un hombre, tomarle el brazo o estrecharle la mano. El prestigio de un hombre se mantiene o se derrumba gracias al comportamiento correcto, obediente, de los miembros femeninos de la familia.

Estos tres elementos aclaran en gran medida cuál es nuestro telón de fondo respecto al mundo occidental, e incluso el asiático. Para romper el enrejado de estas tres unidades que aprisionan a la mayoría de los musulmanes, debemos empezar con afrontar un autoanálisis crítico. Pero no es tarea fácil, porque quien ha nacido musulmán y se plantea preguntas críticas sobre el Islam enseguida será tachado de «renegado». El musulmán que aboga por acudir a otras fuentes morales, además de la del profeta Mahoma, es amenazado de muerte. Y la mujer que escapa de la jaula de la virginidad es una prostituta.

Gracias a la experiencia que da la vida, así como a las abundantes lecturas y a hablar mucho con la gente me resultó evidente que la existencia de Alá, ángeles, demonios y la vida tras la muerte son al menos discutibles. Si Alá existe, su palabra no es absoluta, sino que es susceptible de crítica. Cuando en alguna ocasión puse por escrito las dudas acerca de mi fe con la esperanza de suscitar un debate, de súbito todos los musulmanes, hombres o mujeres, aparecían prestos a expulsarme de la comunidad de los creyentes. E incluso iban más lejos: yo merecía la muerte porque había osado dudar del carácter absoluto de la palabra de Alá. Me llevaron ante los tribunales para prohibirme ser crítica con la fe en la que había nacido, hacer preguntas sobre los preceptos y los dioses que nos legaron el mensaje de Alá. Y Mohammed B., un fundamentalista musulmán, ha matado a Theo van Gogh, quien me asistió en la realización de *Submission Part I*.

Quiero abrirme a más fuentes de conocimiento, moral e imaginación más allá del Corán y de las tradiciones del Profeta. El hecho de que no exista ningún Spinoza, Voltaire, J. S. Mill, Kant y Bertrand Russell islámicos no es óbice para que los musulmanes no puedan utilizar las obras de esos pensadores. Leer a los pensadores occidentales se interpreta como un acto de deslealtad hacia el profeta Mahoma y el mensaje de Alá. Es un craso error. ¿Por qué no está permitido preservar y aumentar el bien que Mahoma nos ha enseñado (por ejemplo ser misericordioso con los pobres, con todos los seres humanos) con otras filosofías? El hecho de que nosotros no tengamos unos hermanos Wright islámicos, ¿nos impediría acaso volar? Si sólo nos resignamos a recibir los avances tecnológicos de

Occidente, y no la audacia occidental para pensar de manera autónoma, perpetuaremos el estancamiento mental en la cultura islámica, y así se mantendrá de generación en generación.

Para entender el atraso tanto en el terreno material como en el ámbito del pensamiento en que nos hallamos los musulmanes, quizá debamos retrotraernos para encontrar una explicación a la moral sexual que hemos mamado (véase el capítulo «La jaula de las vírgenes»). A este fin, me gustaría retar a mis compañeros de fatigas -aquellos que, como yo, se han educado en el Islam- a comparar el ensayo «El sometimiento de la mujer», de J. S. Mill, escrito en 1869, con el dogma sobre la mujer del profeta Mahoma. Si bien es evidente que hay un universo de diferencias entre Mahoma y Mill, incuestionablemente la mujer ha sido un tema de interés para ambos.

El hecho de que un musulmán acometa la investigación de la unidad islámica se concibe como una traición irreparable y como algo extremadamente doloroso. Soy consciente de que esas fuertes emociones -sobre todo si se expresan en masa- impresionan a quienes lo ven desde fuera, pero debo reconocer que también a mí misma. Puedo ponerme en el lugar de aquellos musulmanes que se sienten obligados a enfadarse con quienes relativizan la absoluta palabra de Dios, o con aquellos que contemplan otras fuentes morales en un nivel de igualdad o superioridad a las del profeta Mahoma. Además, la historia refiere que un cambio mental de esa envergadura no sólo es un proceso largo, sino que conlleva oposición e incluso derramamiento de sangre. El asesinato de Theo van Gogh, las amenazas a mi persona, los pasos de la justicia en mi contra y el hecho de ser rechazada, casan perfectamente en ese contexto. En este sentido, un rápido vistazo a la historia del Islam enseña que aquellos que han sido críticos con su propia fe casi siempre han recibido el mismo castigo: la muerte o el destierro. Me hallo en buena compañía: Salman Rushdie, Irshad Manji, Taslima Nasreen, Mohammed Abu-Zeid, todos han sido amenazados por sus correligionarios y protegidos por quienes no son musulmanes.

Sin embargo, debemos reunir fuerzas para atravesar ese muro emocional, o avanzar en la medida en que el grupo de los críticos aumente, para así poder conformar un contrapeso significativo. Y si bien para ello necesitamos la ayuda del Occidente liberal que tiene interés en la reforma del Islam, sobre todo necesitamos ayudarnos mutuamente.

Por lo que respecta a la reforma soy optimista. Me baso en señales como el consejo electoral en Arabia Saudita porque, aunque las mujeres fueron excluidas, al menos las elecciones se celebraron; en el éxito del proceso electoral en Irak y en Afganistán, luego que en este último fuera posible un gobierno secular tras el régimen talibán; o en la manifestación de periodistas y académicos de Marruecos contra el terror del partido Islamista y en las prometedoras conversaciones entre Sharon y Abbas sobre el futuro de Israel y Palestina. Por lo demás me doy perfecta cuenta de que estos avances son sumamente incipientes.

Aquellos que se resisten en el Occidente de antaño a la obligación de la fe y las costumbres, los liberales seculares (en algunos países calificados como «de izquierdas»), han suscitado mi pensamiento crítico y el de otros musulmanes liberales. Pero la izquierda en Occidente tiene una marcada tendencia a culparse a sí misma y a considerar al resto del mundo como víctima -a los musulmanes, por ejemplo-, y las víctimas, a la postre, dan lástima, y quien da lástima y está sometido es, por definición, una buena persona que estrechamos en nuestro pecho. Su crítica se limita a Occidente. Son críticos con Estados Unidos, pero no con el mundo

islámico -así como tampoco fueron críticos en su momento con el Gulag-, porque Estados Unidos es igual que Occidente, y el mundo islámico no es tan poderoso como Occidente. Son críticos con Israel, pero no con Palestina, ya que Israel está considerado parte de Occidente y porque los palestinos son dignos de lástima. También son críticos con las mayorías autóctonas en los países occidentales, pero no con las minorías islámicas; la crítica al mundo islámico, a Palestina y a las minorías islámicas se considera Islamófoba y xenófoba. Lo que estos relativistas culturales no ven es que al mantener temerosamente al margen de toda crítica a las culturas no occidentales, encierran al mismo tiempo a los representantes de aquellas culturas en su atraso. Detrás de todo ello están las intenciones más dispares, pero ya sabemos que el camino al infierno está pavimentado de los mejores propósitos. Se trata de racismo en su acepción más pura.

Mi crítica a la fe y la cultura islámicas se percibe como «dura», «ofensiva» e «hiriente». Pero la posición de los mencionados relativistas culturales es, de hecho, más dura, más ofensiva y más hiriente si cabe. Se sienten superiores, y en un proceso de diálogo tratan a los musulmanes no como sus iguales sino como «el otro» que debe ser respetado. Y piensan que debe evitarse la crítica al Islam, porque temen que los musulmanes se ofendan y recurran a la violencia. En tanto verdaderos liberales, nos abandonan a los musulmanes que hemos atendido la llamada de nuestro espíritu cívico, a nuestra suerte.

He corrido un riesgo enorme al prestar oído al ruego de reflexión y participación en el debate abierto que se generó en Occidente tras los atentados del 11 de septiembre. ¿Y qué dicen los relativistas culturales? Que debería haberlo hecho de otra manera. Pero después de la muerte de Theo van Gogh estoy más convencida que nunca de que debo hablar y ejercer la crítica a mi manera.

«Quiero que esto pase aquí y ahora»¹

Ayaan Hirsi Ali nació en 1969 en Somalia. Es hija de Hirsi Magan, un conocido líder opositor que combatió contra el dictador Mohamed Siad Barre. Después de que en 1976 Hirsi Magan se viera forzado a huir al extranjero, le siguió la familia. Su destino fue Kenia, adonde llegaron tras atravesar Arabia Saudí y Etiopía. A los veintidós años Ayaan contrae matrimonio en contra de su voluntad, y poco después de la boda, a la que no compareció, se refugió en Holanda vía Alemania. A su llegada inicia los trámites de asilo, aprende holandés en un tiempo récord, imparte charlas en clínicas abortivas y en casas de acogida y cursa estudios de Ciencias Políticas. Tras obtener la licenciatura entra a trabajar en la Fundación Wiardi Beckman, una organización bajo la tutela del PvdA, el Partido Socialdemócrata. La crispación y el revuelo que suscitan sus elocuentes e incisivas críticas al Islam y la sociedad islámica en periódicos y revistas, así como en radio y televisión, le llevan a abandonar Holanda y huir al extranjero. En octubre de 2002, Ayaan Hirsi Ali abandona las filas del PvdA para pasar al VVD, el Partido Liberal.

Si regreso de mi clandestinidad a Holanda, el interés de los medios se centrará sobre todo en mí y no en el debate; pero sé que llegará un día en que la magia que me envuelve desaparezca. Ahora aún hay demasiado revuelo mediático: una mujer negra que critica el Islam. En un momento determinado los medios estarán saturados y será entonces cuando haya espacio para tratar el tema en concreto: el hecho de que la fallida integración se debe, en gran medida, a la cultura y religión islámicas, basadas en la misoginia.

Lo sabía. Es como el jugador de tenis: sabe que su adversario le devolverá la pelota. Las reacciones negativas no me sorprenden. Éste es un tema que genera conflictos. Si continúo -y voy a continuar- debo ser consciente de que me devolverán con dureza los golpes. Entiendo la furia generada, porque todo aquel que clama por un cambio se expone a la rabia. Mi estrategia es seguir provocando hasta que la tormenta amaine. Algún día podré decir las cosas que ahora digo sin provocar esas emociones virulentas. Entretanto, ya hay otros que se manifiestan y que hacen todo lo posible por la emancipación de las inmigrantes dependientes, que apenas saben leer y escribir. La tercera ola feminista está llegando y me estremezco.

Emancipación es sinónimo de lucha. Yo he elegido esa lucha y la llevaré a cabo desde las filas del VVD. He cambiado de partido porque me sentía fatal con el comportamiento evasivo del PvdA, un partido que ha cerrado los ojos al creciente malestar social. La opresión de las mujeres es sólo uno de tantos temas. Añoro el compromiso.

Optar por el VVD no procede de una conciencia social disminuida. Pero he comprendido que la justicia social empieza en un individuo libre y digno. Toda la convivencia se concentra en el ciudadano como unidad: uno debe enfrentarse a los exámenes solo, la declaración de la renta la cumplimentas solo y solo estás ante un juez. Todo está presidido por la responsabilidad individual. ¿Y cuál es la actitud del PvdA? Tratar a los extranjeros como grupo. ¿Y por qué? Porque ha perdido todo contacto con la realidad.

Un ejemplo. He trabajado de intérprete para extranjeros acusados de cometer fraude. Para obtener una compensación se necesitaba la firma de ambas partes, y

¹ Entrevista de Colet van der Ven, publicada originalmente en la revista feminista *Opzij*, en diciembre de 2002

la mujer lo hace obedeciendo al marido. Él indica la línea de puntos; ella firma, pero no sabe para qué firma. En su país de origen nunca necesitó hacerlo. Entonces la policía llama a la puerta. Hombre y mujer son sospechosos de cometer fraude. Él realmente tenía un trabajo. Ella no sabía nada. Él se va cada día temprano y no regresa a casa hasta el anochecer. Un musulmán nunca rinde cuentas a su mujer sobre sus negocios o sus salidas, hasta que llega un día en que uno de ellos debe pagar la mitad de 80.000 florines. A ella se le hace corresponsable de los desmanes de él. Y esto no es un caso aislado; los hay a cientos...

Intente usted convencer al PvdA de que hay que liberar a las mujeres de su posición de sometimiento. No lo conseguirá. El partido se obstina, con la mejor intención, en mantener a las mujeres musulmanas en su posición porque piensa que eso es bueno para su identidad. «Las mujeres -añade- son felices en su propia cultura.» Y a los niños tampoco se les presta atención, hasta que se convierten en «esos desgraciados marroquíes». Y se arma la de Troya.

En la revista *HP/De Tijd* Rob Oudkerk explicaba un caso en que él, como médico, había recibido la visita de una mujer musulmana que le dijo: «Es voluntad de Dios que mi marido esté tan enfermo». El pensamiento de que tu vida está en manos de Dios tal vez pueda consolar a quien esté en el lecho de muerte, pero también hace que llegue antes a ese estado de postración. A Rob Oudkerk le parecía «un bello testimonio». Él no cree en nada, ni siquiera en Dios; sin embargo, encuentra simpáticas todas esas chorradas. Pero lo que en el fondo dice es: tienen derecho a su propio atraso.

Lo decisivo para mi adscripción al VVD fue la seguridad de que encontraría espacio para ocuparme de la integración y emancipación de las mujeres extranjeras.

No entiendo el revuelo que ha causado esta decisión. Se han utilizado palabras como «sorpresa», como si yo fuera miembro de una organización criminal. No obstante, puedo afirmar que en estos últimos ocho años las diferencias entre VVD y PvdA no son tan gigantescas. Entiendo que mi decisión haya decepcionado a algunas personas, pero aun cuando es innegable todo lo que el PvdA ha hecho por mí, esto no es razón suficiente para mantener mi lealtad desde el momento en que no me reconozco en sus principios. ¿Y por qué tengo la sensación de que todos creen que se trata de una reacción impulsiva? Ya en agosto había comentado que me sentía insatisfecha y que quería irme.

Naturalmente, sé que tengo algo que aprender. Comprendo que a veces debo atenerme a compromisos, que debo pensar de manera más estratégica y formular ese pensamiento de modo más cuidadoso. Pero desde luego no voy a renunciar. Vivo con el precio que he de pagar por ello. Si me protegen tendré la fuerza mental suficiente para seguir adelante. Sólo quiero no ir demasiado rápido. Mi impaciencia es mi talón de Aquiles: quiero que todo suceda aquí y ahora. Necesito gente a mi lado que me diga: «También mañana es posible».

Sé que mi padre me quiere, pero he tomado una decisión que va totalmente en contra de sus ideas. Su declaración en el periódico *Vrij Nederland* -si en verdad es cierta- de que él jamás ha recibido llamadas telefónicas de amenaza fue para mí como una tremenda bofetada. Después de cada una de mis intervenciones públicas musulmanes somalíes le llamaban para quejarse. Al principio no hizo caso de esas llamadas. Aunque alguna vez me preguntó si esas historias eran ciertas, a lo que le respondí: «Defiendo los derechos de las mujeres en el Islam». Su reacción fue: «Haz lo que quieras, pero en el nombre de Dios». El hecho de que yo me haya apartado públicamente de Dios representa para él una gran y casi imperdonable decepción. Mancillo el Islam y con ello su nombre y su honor. Ésa es la razón por la

que me ha dado la espalda. Me da lástima, pero a la vez estoy furiosa. Cierro el libro, que actualmente escribo, con una carta abierta destinada a él, en la que le recrimino que no se haya ocupado incondicionalmente de sus hijos. Cada vez que él debe elegir entre sus hijos y la sociedad, elige la sociedad. Y eso duele.

Soy el ojo derecho de mi padre. Los cortos períodos en que él estaba en casa se comportaba de un modo excepcionalmente cálido y me elogiaba con entusiasmo. Además dispuso algunas cosas que todavía hoy le agradezco. Por ejemplo, en Etiopía, mi madre no nos consentía a mi hermana y a mí ir a la escuela. Por aquel entonces debíamos contraer matrimonio, en el que no necesitaríamos ningún conocimiento, así que era mejor que nos ocupásemos de la casa. Pero mi padre disintió y creyó conveniente que fuésemos a la escuela. Dijo que maldeciría a nuestra madre por los restos si nos lo impedía. También se opuso tajantemente a que fuéramos circuncidadas... No supo que mi abuela nos practicó la ablación sin que él se apercibiera.

Mi hermano, mi hermana y yo le reprochábamos que siempre estuviera fuera. Nos trajo al mundo, pero después no asumió ninguna responsabilidad. Nos gustaban sus esfuerzos políticos, incluso nos sentíamos muy orgullosos de ello, pero también queríamos un padre. Él consideraba que esas críticas no estaban a la altura de nuestra dignidad. Que éramos trivialmente machacones. Debíamos comprender que él tenía una misión, y que para llevarla a cabo, con la cabeza bien alta, debía sacrificarse. Dios le había concedido la gracia de situarlo en tal posición.

Cuando nací, mi padre estaba preso, y la primera vez que yo lo vi ya había cumplido seis años. A pesar de su ausencia nosotros sentíamos en nuestra infancia la excitación de compartir con él sus actividades políticas. «Período de los susurros», así he llamado siempre a los años que vivimos en Somalia: habla suave, suave, porque nadie es de fiar. Recuerdo golpes en la puerta, a mi abuela abriendo, y alguien que la empuja, la violencia verbal, el allanamiento de nuestra casa. Un niño es incapaz de entender eso.

Cuando yo tenía seis años seguimos a mi padre -huido entretanto- hacia Arabia Saudí. Allí ninguno de nosotros fue feliz, excepto mi madre, que floreció en el estricto entorno religioso. En todo caso, solía comparar a los saudíes con cabras y ovejas, porque los consideraba de una simplicidad extrema. Para ir a la escuela, debíamos llevar vestidos verdes de manga larga y un pañuelo a la cabeza, y nos salían ampollas en la espalda a causa del calor sofocante. Tampoco se nos permitía salir a jugar a la calle. Un año después de nuestra llegada nos trasladamos a Etiopía, donde vivía buena parte de la oposición somalí, y después de otro año y medio nos fuimos a Kenia.

Mi padre tiene cinco hijas y un hijo con cuatro mujeres. Mi madre es su segunda esposa. La conoció en el período en que Maryan, su primera esposa, estaba en América, adonde él mismo la había enviado para que estudiara. Quería que se quedase allí hasta que obtuviera un título. Entretanto, habían empezado las campañas de alfabetización de las que mi padre era uno de los impulsores. Incluso llegó a impartir clases y tuvo a mi madre como alumna. La encontraba inteligente y ambiciosa, se casó con ella, y poco después tenían ya tres hijos. De repente un día Maryan llamó a nuestra puerta. Había regresado de América, y nada más enterarse de ese segundo matrimonio se enfureció de tal modo que exigió a mi padre que eligiera. Él eligió a mi madre y se divorció de Maryan.

En 1980 mi padre se fue a Etiopía. Al cabo de un año nos vino a buscar. «Si te vas otra vez no hace falta que vuelvas, y dejaré de ser tu esposa», le dijo mi madre. Él se volvió a marchar y regresó diez años después. Mi madre ni siquiera le

saludó. Hasta el día de hoy se mantiene en esa actitud. Él contrajo matrimonio con una etíope y con una somalí -de quienes desconozco su paradero actual-, y entretanto se casó en segundas nupcias con Maryan, su primera mujer. Actualmente viven en Londres.

Además de un hermano mayor, tenía una hermana dos años menor, a la que adoraba. Era rebelde. Hacía lo que quería. No le importaba que luego le pegasen. Yo era más miedosa y obediente, me adaptaba a todo. Ella, nunca. Durante la pubertad se obstinaba en llevar minifaldas, lo que era considerado una insolencia. Mi madre rompía las faldas, pero cada vez que ello ocurría mi hermana volvía a comprarse una nueva. En el segundo curso de enseñanza secundaria renunció. Todos estaban enojados, aunque eso le traía sin cuidado. Por iniciativa propia se matriculó en un curso de secretariado que aprobó con todos los honores, y poco después encontró trabajo en Naciones Unidas. Mi madre intentó prohibirle que trabajara, pero pese a los malos tratos físicos y verbales, mi hermana siguió adelante. Era una mujer fuerte. Inspiraba admiración y respeto en todas partes, excepto en casa. Cuando también a ella la obligaron a casarse, me siguió a Holanda. Llegó en enero de 1994, y al cabo de año y medio su holandés era tan bueno que pudo ir a la universidad. Fue por aquel entonces cuando empezaron los llantos y su comportamiento se volvió cada vez más extraño. Le costaba soportar la compañía de otras personas, pero tampoco se sentía bien sola. Se pasaba horas y horas delante del televisor, daba igual el programa que diesen; incluso se pasaba días enteros en la cama, sin comer. Hasta que un día me dijo que se sentía infeliz porque había desatendido su fe. Se puso un pañuelo en la cabeza, intentó rezar. Funcionó un día, pero al otro ya no, y esto último acrecentó su sentimiento de culpa, puesto que por cada rezo que pierdes hay un castigo. Además, continuamente se expresaba en estos términos: «Sufro tanto, pero nadie me entiende». Se avergonzaba de su comportamiento hacia nuestra madre en el pasado, y las discusiones mantenidas la atormentaban de un modo atroz.

En un momento dado sufrió un ataque psicótico y la ingresaron en un hospital. Reaccionaba bien a la medicación, pero también sufría molestias causadas por los efectos secundarios: nerviosismo, dolor, tensión muscular, reflejos anómalos. Y yo veía a mi hermana, esa hermosa mujer fuerte, deteriorarse a ojos vista.

En julio de 1997 volvió a Kenia. Allí no recibió tratamiento alguno, pero los iniciados en el Islam se reunían para exorcizar su psicosis. La conminaban a leer el Corán para tranquilizarse. Y la enviaron a una curandera, porque creían que mi madrastra la había embrujado. Mi hermana le dijo a esa mujer: «Si eres capaz de liberarme de estas fuerzas extremas, bien podrías utilizarlas para recomponer tus dientes podridos». Pese a su locura, mantenía cierta lucidez. En ocasiones incluso la ataban y golpeaban en un intento de calmarla, pero como es de suponer eso no funcionó. Los psicóticos se vuelven cada vez más violentos. Mi hermana tenía manía persecutoria y no comía. Murió el 8 de enero de 1998.

Su muerte fue el momento más duro de mi vida. Cuando mi padre me llamó para comunicarme su fallecimiento estallé en un llanto desahogado. «No tienes por qué reaccionar tan mal -me dijo-. A fin de cuentas todos volvemos a Dios.» Tomé el primer vuelo para Nairobi pero llegué tarde al entierro. Probablemente mi hermana murió de agotamiento; pero no lo tengo claro, porque no se le realizó autopsia. En nuestra cultura es tabú preguntar la causa de la muerte, y ésta es la única respuesta que escucho siempre que saco el tema a colación: «Dios da la vida y la quita».

Todavía éramos pequeñas mi hermana y yo cuando nos dimos cuenta de que siempre debíamos mostrar respeto por nuestro hermano. Él era únicamente diez meses mayor que yo, pero nos percatábamos de que sólo los chicos importan. Una mujer musulmana adquiere su estatus en función de los hijos varones que ha dado a luz. Cuando a mi abuela le preguntaban cuántos hijos tenía, contestaba: «Uno». Y eso que tenía nueve hijas y un hijo. Y lo mismo decía al hablar de nuestra familia: que sólo tenía un niño. «¿Y nosotras?», preguntábamos mi hermana y yo. «Vosotras concebiréis algún varoncito para nosotros», era su respuesta. Me sentía desesperada. ¿Cuál era mi papel en esta vida? ¡Parir hijos varones! Convertirme en una fábrica de niños. Yo tenía entonces nueve años.

Para cumplir su función de futura fábrica de niños, las chicas aprenden desde muy jóvenes a resignarse conforme a los dictados de Dios, el padre, el hermano, la familia, el clan. Cuanto mejor se adapta una mujer, más virtuosa será considerada. Siempre debe ser paciente, aun cuando su marido le exija las cosas más atroces: serás recompensada por ello en la otra vida. Pero tal premio significa poco. Para las mujeres en el paraíso hay dátiles y uvas. Nada más.

Cuando vivíamos en Arabia Saudí a mi hermano se le permitía ir a todas partes con mi padre, pero nosotras teníamos que quedarnos en casa. Mi hermana y yo éramos niñas curiosas y también queríamos ir con ellos; no era justo. Sabíamos que mi padre era sensible a la palabra justicia y nos decía: «Alá dijo: “He colocado a la mujer en un lugar honorífico. He puesto el paraíso bajo sus pies”». Acto seguido mirábamos los pies de mi madre, los pies de mi padre y nos daba un ataque de risa. Los suyos, como siempre, estaba envueltos en zapatos caros de piel italiana; en cambio, los de mi madre iban descalzos, maltrechos de tanto caminar con sandalias baratas, con pellejos aquí y allá. Mi padre se reía con nosotras, pero mi madre se sentía ofendida, nos daba un bofetón y nos mandaba a nuestro dormitorio. La blasfemia la aterrorizaba.

En Kenia asistí a la escuela primaria en el Instituto Femenino Musulmán. Allí había chicas kenianas, pero también de Yemen, Somalia, Pakistán y la India, jóvenes inteligentes, con buena aptitud tanto en los estudios como en los deportes. Por la mañana pasaban lista y tenías que responder: «Presente». Pero a una edad determinada cada vez había más chicas «ausentes», cuyo paradero nadie conocía. Luego supimos que se habían casado en matrimonios concertados. A algunas me las encontré un par de años después de su súbita ausencia de las aulas. Todas se habían convertido en fábricas de pequeños varones: gordas, embarazadas y con un niño en brazos. No quedaba nada de entonces: aquellas ganas de luchar, el brillo de sus ojos, el bullicio, todo había desaparecido. Entre aquellas chicas se daban muchos casos de depresión y suicidio. Tuve suerte de que mi padre no viviera entonces con nosotros, si no probablemente me habría casado a los dieciséis y a esa edad no estás en condiciones de escapar. ¿Dónde podría haber ido?

A mediados de los ochenta, Kenia estaba sumida en un proceso de Islamización. Como tantas otras adolescentes, yo estaba en constante búsqueda, sobre todo bajo el influjo de mi maestra. Era una persona excepcional. La palidez de su rostro en forma de corazón que contrastaba misteriosamente con el pañuelo negro que le cubría la cabeza y con su largo vestido también negro. Podía hablar apasionadamente sobre el amor a Dios y nuestras obligaciones con Él. Fue entonces cuando experimenté por vez primera la necesidad de convertirme en mártir. Eso me acercaría a Dios. Sometimiento a la voluntad de Alá: en eso consistía todo. Repetíamos, como si de un mantra se tratara, una única frase: nos doblegamos a la voluntad de Dios. Me puse velo voluntariamente, llevaba atuendos

negros sobre mi uniforme de colegiala. Mi madre lo encontró estupendo, pero mi hermana se mostró menos entusiasta.

Entonces empecé a salir con un chico. Estaba prohibido. Nos besábamos. Eso estaba totalmente prohibido. Era un chico muy religioso, estricto en lo que respecta a hombres y mujeres, pero que en la práctica no se atenía a las reglas. En aquel momento me asaltaron las primeras dudas, sobre el hecho de que yo mentía, él mentía. Cuanto más religiosa me volvía, más mentía y engañaba. Algo no cuadraba.

Más tarde llegué a un campo de refugiados en la frontera entre Somalia y Kenia. Veía cómo violaban a las mujeres durante las guerras y eran abandonadas a su suerte. «Si hay un Dios, ¿por qué permite esto?», me preguntaba. No podía pensar eso, ni menos aún decirlo, pero mi fe sufrió un bloqueo irreversible. Sin embargo, me sigo definiendo a mí misma como musulmana.

El 11 de septiembre marca un momento crucial en mi vida. Justo medio año después, tras haber leído *Het atheïstisch manifest* de Herman Philipse, me atreví a admitir en voz alta que ya no creía. Marco, de quien me enamoré durante mis estudios en Holanda, me había regalado el libro ya en 1998, pero en ese momento no quise leerlo, acaso porque pensaba que un manifiesto ateo era un manifiesto diabólico. Me oponía. Pero hace medio año se me aclararon las cosas. El terreno estaba abonado. Me di cuenta de que Dios es una invención y que doblegarse a su voluntad no era ni más ni menos que someterse a la voluntad del más fuerte.

No tengo nada en contra de la religión como fuente de consuelo. Los rituales y las oraciones pueden ofrecer un asidero y no exijo a nadie que renuncie a ello, pero rechazo la religión como medida de la moral, como línea directriz de la vida. Y en especial el Islam, porque el culto a Dios es omnipresente, preside cada gesto de tu vida.

Se me reprocha que no hago distinciones entre religión y cultura. La circuncisión femenina no tendría nada que ver con el Islam porque ese ritual atroz no se practica en todas las sociedades islámicas. Pero el Islam exige que llegues virgen al matrimonio. El dogma de la virginidad se garantiza encerrando a las chicas en casa y cosiendo sus labios mayores. En este sentido, la circuncisión femenina tiene un doble objetivo: el clítoris se extirpa para limitar la sexualidad de la mujer y los labios mayores se cosen prietamente para garantizar la virginidad.

Es cierto que el ritual de ablación ya existía en algunas sociedades animistas antes de que llegara el Islam. En algunos clanes kenianos se circuncida a las mujeres para impedir un crecimiento anómalo del clítoris que provoque la asfixia del recién nacido durante el parto. Pero esas costumbres locales se extendieron, se fortalecieron y se sacralizaron gracias al Islam. En países como Sudán, Egipto y Somalia, donde el Islam tiene una gran influencia, la virginidad se enfatiza de un modo exacerbado.

También se me ha reprochado que mi imagen negativa del Islam procede de mis propios traumas. No digo que haya tenido una juventud color de rosa, pero he sobrevivido a ella. Sería egoísta guardarme mis experiencias y reflexiones para mí. Aunque tampoco podría hacerlo, porque entonces, por ejemplo, ni siquiera podría ver las noticias. Desde que vivo en Holanda todo gira alrededor de la inmigración y los problemas de integración, pero el problema principal es el Islam. Esto no se puede negar. Tenemos que afrontar los hechos y ofrecer a los inmigrantes aquello que en su propia cultura falta: dignidad como personas. Las jóvenes musulmanas en Holanda, a las que todavía les brillan los ojos, no tienen por qué pasar por lo que pasé yo.

Marco -el joven que me dio el ejemplar de *Het atheïstisch manifest*- vivía en la misma casa de estudiantes que yo. Tras dos meses de estrecha relación de amistad surgió el amor. No se lo conté a mis padres, pero sí a mi hermano, quien me conminó a dejar la relación, aunque no le hice caso. Marco y yo vivimos juntos durante cinco años. Nuestra relación fracasó al final porque ambos tenemos un carácter fuerte y ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder. Siempre acabábamos discutiendo. Además, yo soy caótica, y él escrupuloso y estricto. Eso también era un problema.

Aún nos seguimos queriendo, pero la relación es impracticable. En nuestro entorno veíamos relaciones que se sostenían contra viento y marea, con todo lo que esto implica, y nosotros no queríamos eso. En lo que a mí respecta, tomar la decisión de vivir juntos fue un gran paso, se oponía a lo que es habitual en mi cultura: casarse virgen.

El hecho de que no quisiera casarme a la fuerza -ni con un lejano canadiense ni con nadie- era incuestionable. «Mi niña, créeme si te digo que es lo mejor para ti», me decía mi padre. No le creí y por eso huí a Holanda a través de Alemania. Le escribí a mi padre una carta amistosa pero muy clara rogándole que me dejara ser libre. Él me devolvió la carta. En el margen había escrito con tinta roja que pensaba que esto era una traición, que no me quería ver más y que no me considerara nunca más hija suya. Dejamos de hablarnos durante seis años. Una noche de 1997 sonó el teléfono. Marco contestó, escuchó y me pasó el teléfono. «Creo que es tu padre», me dijo. Cogí el aparato y oí: «A bé», «mi niña». Me había perdonado y quería decirme que estaba muy orgulloso de que cuidara tan bien de mi hermana. Yo lloraba y lloraba. Fue uno de los días más hermosos de mi vida. Él me volvía a aceptar como hija.

No nos falléis. Permitidnos un Voltaire

Quien haya seguido los debates desde el 11 de septiembre de 2001, en periódicos y tertulias, difícilmente puede llegar a otra conclusión que difiera de ésta: la crítica al Islam, tanto en Holanda como en el resto del mundo occidental, se ha endurecido. Siempre queda la pregunta de si la forma actual del Islam es compatible con la democracia y el Estado de derecho tal y como lo conocemos en Holanda. ¿O acaso son necesarias una ilustración y una modernización del Islam?

La semana pasada se celebró en Bali un debate organizado por la editorial Van Genneep y por el diario *Trouw* con el título «Voltaire y el Islam». La pregunta era si el Islam necesitaba un Voltaire. ¿Dónde queda la mordaz crítica al Islam? ¿O tal vez el espíritu crítico de Voltaire se limita exclusivamente a la cultura occidental? Para poder dar una respuesta a la pregunta de si el mundo del Islam contemporáneo y el mundo occidental concuerdan, quizá fuera útil tratar de acercar ambos mundos.

El fundamentalismo islámico y el Islam político no surgen de la nada. Se necesitaban unos cimientos en los que la raíz pudiera brotar y florecer, y en los que incluso se pudieran transformar las peligrosas variantes que se han enfrentado desde el 11 de septiembre. Esos cimientos se forman con el Islam tal como es proporcionado a los musulmanes y el mundo islámico. Por eso debemos detenernos en primer lugar en las raíces del Islam. Aun teniendo en cuenta todas las diferencias existentes entre musulmanes, lo cierto es que la doctrina del Islam y la manera en la que se practica constituyen el sustrato principal del crecimiento del fundamentalismo y, por ende, también del terrorismo.

En el suplemento «Letter & Geest» del *Het Parool* del 10 de noviembre el escritor Leon de Winter nos señala una serie de aspectos nocivos en la práctica del Islam en buena parte del mundo creyente. Si bien no comparto la concepción de De Winter según la cual esto casi conlleva una Tercera Guerra Mundial, tiene razón en la descripción que nos ofrece del mundo islámico.

En su introducción, De Winter refleja de manera sobresaliente la ideología de los criminales del 11 de septiembre y de sus fervorosos seguidores. Ésta apela a las fuentes del Islam. Es una ideología religiosa cuyos pilares están formados por los conceptos de «fortaleza y debilidad, dominio y sumisión, eternidad y temporalidad, pureza y turbulencia», y cuya totalidad se defiende exclusivamente con la justicia divina.

Por experiencia propia puedo afirmar que el mundo islámico está fuertemente jerarquizado. Alá es todopoderoso y el ser humano es su esclavo, que debe someterse a sus leyes. Aquellos que creen en las palabras del Corán, en Alá y que reconocen en Mahoma a su profeta, están por encima de los cristianos y de los judíos; éstos, a su vez, en su calidad de «pueblos de las Escrituras», están por encima de renegados e infieles. El hombre está por encima de la mujer, los niños deben obediencia a sus padres. Aquellos que no se atengan a las reglas recibirán humillación o muerte en nombre de Dios.

La vida en la tierra es temporal y lo único que tiene validez es que el creyente puede mostrar su temor a Dios observando estrictamente sus mandatos y así ganar un lugar en el cielo. Los infieles están sobre la faz de la tierra únicamente para servir a los creyentes de ejemplo de lo que no debe ser. *Halal* (lo que está permitido) y *haram* (lo que está prohibido) son los conceptos centrales en la práctica diaria, aplicables a cualquier musulmán en cualquier parte del mundo. Estas reglas determinan, tanto en la vida privada como en las relaciones sociales, el cómo, qué y

sobre qué debes o no pensar, sentir y actuar. La *sharia* -la ley islámica- está por encima de todas las leyes promulgadas por los seres humanos, y es obligación de cada musulmán cumplirla de la manera más escrupulosa posible. En este sentido, los fundamentalistas se apresuran a mostrar que la vida de los musulmanes moderados entra en conflicto con la doctrina islámica.

Todo esto lo aprendemos los musulmanes en nuestra infancia, de nuestros padres, de las escuelas coránicas y en las mezquitas. Los musulmanes en Europa y en Estados Unidos reciben una educación especial a través de escritos como los de Yusuf Al-Qaradawi, a quien el arabista Marcel Kurpershoek (*NRC Handelsblad*, 3 de noviembre) considera un teólogo musulmán moderado y un interlocutor válido para dialogar con las instancias occidentales. En realidad, Al-Qaradawi es cualquier cosa menos un moderado. En su libro *The Lawful and the Prohibited in Islam* -que es preceptivo para musulmanes occidentales- escribe que es obligación de toda comunidad islámica aprender tácticas militares para poder defenderse de los enemigos de Dios y mantener el honor del Islam. Los musulmanes que no sigan este precepto -siempre según Al-Qaradawi- son culpables de un pecado espantoso. Incluso en esa misma obra hace saber que todas las leyes de los humanos son defectuosas e incompletas, dado que los legisladores se ciñen exclusivamente a asuntos materiales, descuidando así las exigencias de la religión y la moralidad. Los occidentales apenas se imaginan en qué medida Al-Qaradawi debilita con sus palabras el proceso democrático de legislación a los ojos de sus lectores musulmanes occidentales.

Con razón describe De Winter la práctica del Islam como un escenario donde una serie de «santos, espíritus, ángeles y demonios» desempeñan un papel importante. El musulmán conservador no descarta que sus enemigos dominen fuerzas sobrenaturales con las que urdir complots, fuerzas contra las que el musulmán medio no está preparado. En relación con ello De Winter cita al erudito israelí Emmanuel Sivan, un investigador del fundamentalismo:

Un mundo poblado de espíritus, almas de muertos, *jinn* (seres invisibles) inofensivos y dañinos; un mundo asediado por la magia del tentador Satán y sus demonios, donde el creyente puede ser liberado por santos varones y ángeles, y donde hacen falta los milagros; un mundo donde la comunicación con los muertos (sobre todo de la propia familia) es un acontecimiento diario y donde la presencia de lo sobrenatural se considera lo real, casi lo tangible.

Esta caracterización me resulta muy familiar. En todas partes los musulmanes hemos crecido con esta especie de sobrenaturalidad latente; en cualquier ámbito de la vida cotidiana siempre está presente el más allá. En ello se encuadra también la idea de que el martirio será premiado con el paraíso. Valdría la pena investigar en qué medida esta falta de comprensión juiciosa en la práctica cotidiana del Islam hace posible que tantos musulmanes se sientan atraídos por la ideología de Bin Laden.

El odio irracional a los judíos y la aversión hacia los infieles se enseña en varias escuelas coránicas y es un mantra que se repite a diario en las mezquitas. Y aún más: en libros y artículos, en casetes y en los medios de comunicación se presenta a los judíos como instigadores del mal. Cuanto más avanza esa doctrina, más me compadezco: la primera vez que vi a un judío estaba sorprendida de que pareciera una persona normal de carne y hueso.

De Winter escribe que la rabia que experimentan ahora muchos musulmanes -y que ha dado origen a fuertes sentimientos antiamericanos y a teorías del complot- no sólo se remonta a su atraso social y económico con respecto a judíos y cristianos. «La rabia viene también de una experiencia religiosa irracional conservadora en que Satanás es una figura viva.» Quiero ir aún más lejos en lo señalado por De Winter y subrayar que la vivencia religiosa no sólo tiene lugar entre musulmanes radicales y fundamentalistas, sino que también es habitual entre los musulmanes corrientes. La diferencia estriba en que los fanáticos no sólo odian, sino que están preparados para el terror.

Nosotros los musulmanes aprendemos a ver la vida en la tierra como una inversión para la otra vida, obedeciendo a las leyes y designios de Dios. Los valores sociales -honor y sometimiento- cuentan más que la autonomía del individuo. La religión no es un instrumento que dé sentido a la persona, sino que una persona se debe adaptar a la religión y ofrendarse a Dios, algo que está en perfecta concordancia con el significado literal de la palabra Islam: sometimiento a la voluntad de Dios.

Muchos de aquellos que viven y han crecido según la doctrina del Islam, tienden de manera comprensible al fundamentalismo y al radicalismo, pero también a las actitudes pasivas y al fatalismo. Aquel que practique el dogma islámico hasta las últimas consecuencias y al mismo tiempo quiera integrarse en una sociedad occidental lo tendrá difícil. Para el inmigrante musulmán el Occidente parece el mundo al revés.

Al contrario que en el mundo islámico, en Occidente se enfatiza precisamente la autonomía y la responsabilidad del individuo, y la necesidad de invertir en esta vida terrenal. La educación y el trabajo son símbolos de éxito, y no la devoción de un individuo. En la sociedad occidental no predomina una sola ideología, sino que son muchas las ideologías que conviven entre sí. La Constitución se ve como un texto mucho más importante que el libro sagrado de Dios. Y Dios importa, sí, pero únicamente en la esfera privada. Las relaciones y el trato entre las personas está regulado por leyes y reglas que fueron creadas por las propias personas y que no son eternas ni inamovibles, sino que se reemplazan y se completan con nuevas reglas. Todos los seres humanos son iguales ante la ley, incluso aquellos que viven de mi modo distinto a la mayoría. Las mujeres participan en todos los ámbitos (aunque en realidad no suceda así) y la homosexualidad no es un pecado que merece la pena de muerte ni tampoco una amenaza para la supervivencia de la humanidad, sino una forma de amar tan normal como la que se da entre heterosexuales. El amor no se limita al matrimonio, sino que se basa en el acuerdo recíproco entre personas. Hay todo tipo de medios para evitar el embarazo y para regularlo, así como para protegerse de enfermedades sexuales contagiosas.

Los judíos no son monstruos hostiles hacia los musulmanes, que quieren la guerra contra ellos, que buscan su destrucción y sembrar el pánico, sino gente normal que incluso ha pasado por un episodio espantoso -el Holocausto- en Europa. La prosperidad, o el atraso, no dependen de Dios, sino del resultado de las acciones del hombre. La convivencia es factible, todo está de tu mano; y la otra vida importa poco. Quien quiere creer en ella, ya sabe a qué atenerse, pero no hacen falta preparativos para alcanzarla. La sociedad occidental valora muchos aspectos que no están permitidos en el Islam, y sin embargo rechaza por atrasados muchos de los preceptos de cumplida obligación en el Islam.

Quien pretenda hacer un inventario de las reacciones de los musulmanes tras los atentados del 11 de septiembre y vea cómo reaccionan los musulmanes a las

críticas vertidas al Islam, advertirá que los musulmanes que consideran el Islam desde una perspectiva crítica son una minoría. Afshin Ellian en Holanda y Salman Rushdie en Inglaterra, por poner un ejemplo. En lugar de autocrítica escucharemos una larga retahíla de negaciones, o una suma de los factores externos y complots que son la «verdadera» causa de todo aquello que falla en el mundo musulmán.

Esa escasa capacidad de reflexión se agudiza además por la actitud de diversos pensadores y políticos occidentales. No sin la máxima precaución han presentado el fanatismo como un aspecto del Islam que conlleva la violencia. O se echan cómodamente hacia atrás diciendo: «Ah, nosotros también fuimos así; no tengas miedo, todo irá bien, el Islam seguirá su curso natural».

Está claro que el Islam actual no es compatible con las exigencias del Estado de derecho occidental. El Islam necesita honestamente una Ilustración. Pero es improbable que una Ilustración se origine en el interior mismo del mundo islámico. Escritores, científicos y periodistas que ejercen la crítica son obligados a huir a Occidente. Su trabajo está prohibido en su propio país.

Entonces, ¿qué debe suceder en verdad? A nivel internacional líderes políticos como Blair y Bush deben evitar declaraciones como que el Islam está secuestrado por una minoría terrorista. El Islam está secuestrado por sí mismo. Sería más útil si mostraran lo que ocurre en Arabia Saudí, donde el régimen represivo, la presión demográfica y el unilateral sistema de educación religioso son caldo de cultivo de extremistas.

En Europa y en Holanda la mayoría autóctona puede ayudar a la minoría islámica al dejar de banalizar la seriedad del estado actual del Islam y al desenmascararlo, así como al contribuir a resolver las preguntas y las críticas que se siguen vertiendo desde el 11 de septiembre. Las exigencias entretanto mayores a la integración de las minorías representan un desarrollo positivo, aunque no todos estén dispuestos a reconocerlo. Dando voz y voto a las voces disidentes es posible ofrecer un contrapeso a la unilateral y anquilosada retórica religiosa que millones de musulmanes deben escuchar a diario. Dejemos a los Voltaires de nuestro tiempo trabajar en un entorno seguro en el desarrollo de una época de Ilustración para el Islam, una oportunidad que, por otro lado, no se nos brinda frecuentemente en nuestros países. El Islam no ha iniciado esta Ilustración, y las sociedades islámicas luchan contra los mismos problemas que la cristiandad respecto a este proceso. El conocimiento de la razón liberaría el espíritu del individuo-musulmán del yugo del más allá, de los continuos sentimientos de culpa y de la tentación del fundamentalismo. También aprenderíamos a comportarnos de manera responsable con nuestros atrasos y nuestros problemas. No nos abandonéis. Permitidnos un Voltaire.

¿Por qué fracasamos al mirar hacia nosotros mismos?

Se ha repetido hasta la saciedad que el Islam no existe, que hay tantos Islams como musulmanes. Algún musulmán ve el Islam como su identidad, otro como su cultura, y un tercero como un asunto de pureza religiosa, y para otro más el Islam lo es todo simultáneamente: identidad, cultura, religión, política y un modelo social. Pero lo que todos los musulmanes tienen en común es el convencimiento de que los principios fundamentales del Islam no deben ser criticados, revisados o rebatidos en forma alguna. Es precisamente ante ese motivo que me gustaría formular la siguiente pregunta: ¿Tenemos miedo al Islam? Se trata, pues, de los principios fundamentales. Las fuentes del Islam son el Corán y las enseñanzas del Profeta (la *sunna*), y cada musulmán tiene la obligación en su moral y en la vida diaria de seguirlas lo mejor que pueda.

Las primeras investigaciones tras los terribles atentados del 11 de septiembre arrojaron el nombre del principal sospechoso, Mohammed Atta. Este joven dejó escrita una carta en la que aclaraba que cometió la acción terrorista en nombre de Alá y por la recompensa que él esperaba en el paraíso. En la misma carta aparece también una oración en la que le pide fuerza a Alá para que le acompañe en su misión.

Poco tiempo después pudimos ver al padre de Mohammed Atta en televisión. Se le enfrentó cara a cara con la acción que había cometido su hijo. El señor Atta estaba disgustado y al mismo tiempo triste. Tenía sentimientos contradictorios y no quiso ni pudo creer que su hijo fuera el responsable de las muertes masivas del 11 de septiembre. Su hijo, decía, era atento y amante de la libertad, había sido educado en los más altos valores egipcios y no tenía ninguna razón para implicarse en esa atrocidad. El profesor alemán de Mohammed Atta afirmaba que su alumno era un arquitecto prometedor. En definitiva, Mohammed atesoraba todas las virtudes del exitoso joven con un futuro prometedor, de lo que su padre sentía un orgullo descomunal. «No, no -gritaba el padre de Atta-, mi hijo no tiene nada que ver con eso: los judíos, la CIA, todos son culpables, excepto mi hijo. Gente malintencionada quiere manchar el buen nombre de mi hijo y el mío propio, y mancillar nuestro honor.»

En los días posteriores al 11 de septiembre, algunos musulmanes -autores, teólogos, imanes, musulmanas y musulmanes corrientes- tropezaban en la calle con la misma pregunta: ¿cómo es posible que diecinueve convencidos musulmanes hayan cometido un acto tan atroz en nombre de su propia fe? ¿Por qué Bin Laden hizo un llamamiento a todos los musulmanes para participar en la guerra contra los infieles? ¿Por qué algunos musulmanes indonesios, paquistaníes e incluso ingleses ofrecieron sus propias vidas en nombre del Islam para así dar solidez al llamamiento de Bin Laden?

Las reacciones de esos musulmanes fueron similares a las del padre de Atta: asustados y escandalizados de que el Islam se relacionara con el terrorismo. No, gritaban a coro y efusivamente: los criminales no eran musulmanes, algunos jóvenes beben y van a burdeles; son costumbres no islámicas que han adquirido de un Occidente corrupto; han sacado los versos del Corán de su contexto. No, Bin Laden no es musulmán; no, esos jóvenes alborotadores no han entendido correctamente el Islam: el Islam es una religión amante de la libertad, tolerante y caritativa. Quien ama a Alá y sigue a su Profeta nunca está dispuesto a importunar a otros, creyentes o no, o a dejarlos morir o a implicarse en actos terroristas.

Pero si realmente todo eso es así, entonces ¿cómo podemos explicar los hechos? ¿Qué debo pensar como musulmana si leo que

- los musulmanes fueron los responsables de once o tal vez doce de los dieciséis grandes actos terroristas que se cometieron entre 1983 y 2000;
- cinco de los siete Estados que apoyan a los terroristas y que como tal aparecen en la lista del Departamento de Estado estadounidense son países musulmanes, y que la mayoría de organizaciones extranjeras de dicha lista son también organizaciones musulmanas;
- según el *International Institute of Strategic Studies* en dos tercios de los treinta y dos conflictos armados en el año 2000 hay implicados musulmanes, mientras que sólo una quinta parte de la población mundial es musulmana?

Si no pasa nada en el Islam, ¿por qué son tantos los musulmanes refugiados? De los diez primeros países que más asilo solicitan en Holanda, nueve son países bajo un régimen islámico. ¿Por qué venimos a Occidente si al mismo tiempo lo condenamos? ¿Qué tiene Occidente que no tengamos nosotros? ¿Por qué es tan nefasta la posición de la mujer en los países musulmanes? Si los musulmanes fuéramos tan tolerantes y pacíficos, ¿por qué hay en los países musulmanes tanta división étnica, religiosa, política y cultural, y tanta violencia? ¿Por qué no podemos o no queremos ver que nos precipitamos solos hacia una situación catastrófica? ¿Por qué los musulmanes estamos llenos de sentimientos de cólera y malestar, y por qué albergamos en nosotros mismos tanta hostilidad y odio mutuo hacia los otros? ¿Por qué fracasamos al mirar hacia nosotros mismos?

Si tuviera que describir el Islam lo definiría como es el padre de Atta: disgustado, traumatizado, confuso y obstinado en su convicción. Así como el padre de Atta ha engendrado a su hijo, el Islam ha engendrado esa rama que a veces llamamos fundamentalismo y, otras, Islam político. De la misma manera que el padre se niega a admitir que su hijo posiblemente tenía otra vertiente, más oscura, así los musulmanes durante mucho tiempo nos hemos negado a creer que una religión pacífica, fuerte y sólida contenga en su seno elementos de fanatismo y violencia. Queríamos y queremos todavía una solución musulmana para todo. Hemos cedido siempre a Dios el curso de nuestra vida, el manejo de nuestra convivencia, nuestra política económica, la educación de nuestros hijos y las relaciones entre hombre y mujer. *Inshallah* (si Dios quiere) es la expresión más usada entre los musulmanes.

¿Ha fallado Dios? Los musulmanes hemos perdido de vista el equilibrio entre religión y razón. Y he aquí el resultado: pobreza, violencia, inestabilidad política, depresión económica y desolación humana. Así como el padre de Atta está orgulloso de su hijo, del mismo modo los musulmanes estamos orgullosos del Islam; no queremos ni podemos creer que Alá no tenga más respuestas a nuestras preguntas. Y si las tiene, se niega a dárnoslas.

Sin embargo, existen algunos musulmanes que tienen dudas y que han empezado una cuidadosa introspección, que han emprendido una búsqueda para escapar del laberinto en el que están prisioneros. Ahora son todavía una minoría y deben luchar contra la miseria y los fundamentalistas. Pero no sólo contra eso. También deben luchar contra las fuerzas reaccionarias que tan hábiles han resultado en el manejo de las libertades (constitucionales) de democracias que funcionaban bien, como es el caso de Holanda, y que movilizan con éxito a los medios para mantener la convicción en la que vive la mayoría de musulmanes.

Podemos reformular la pregunta de si debemos temer el Islam en otra: ¿debemos temer al padre de Atta? ¿Hasta qué punto se justifica el miedo hacia una entidad confusa y qué haces con ese miedo? Es inherente al ser humano sentir miedo hacia los aspectos negativos de una religión, como son el extremismo y el fanatismo, pero también lo es entender el dolor de los musulmanes y querer ayudarles.

Los regímenes reaccionarios de Oriente Próximo han conseguido convencer a Estados Unidos de que el único mal que hay que combatir es el del terrorismo, que procede del fundamentalismo islámico. La ceguera de Estados Unidos le impide ver que justamente esos regímenes y la clase religiosa que los mantiene en el poder son copartícipes del fanatismo, o del wahabismo, según se denomina en Arabia Saudí. Visto que los fundamentalistas forman la única, y por lo demás legítima oposición que se admite contra los regímenes reaccionarios, la política de Estados Unidos tendrá efectos contraproducentes. La imagen hostil de fanáticos como Bin Laden se confirma con el modus operandi de Estados Unidos. Ésta es la cruda realidad: el pueblo musulmán utiliza el Islam como medio político para limitar a los regímenes represivos, pero las promesas de los fundamentalistas musulmanes al pueblo no ofrecen ninguna perspectiva. De ahí la urgencia y la necesidad de que los musulmanes critiquen y revisen su religión desde dentro, pero con ayuda externa.

La clave para ello consiste en ayudarles a que se ayuden a sí mismos, y no asentir a su convicción eludiendo preguntas fundamentales. El sentimiento de compasión y la comprensión que uno pueda tener hacia el sufrimiento personal de otro no debe hacer perder de vista que ese sufrimiento personal es la inevitable consecuencia del modo en que los principios básicos del Islam toman cuerpo en casa, en la escuela, en la vida diaria y en los medios de comunicación (estatales). El problema es que los musulmanes carecen de la disposición y la osadía necesarias para plantear justamente este punto crucial. En el proceso de asimilación debemos pensar que existe una diferencia esencial entre el estado del padre de Atta y el del Islam. El hijo del señor Atta está muerto; su desahogo es permisible en tanto que debe asimilar el trauma de la pérdida. El Islam, nosotros los musulmanes, no tenemos ese privilegio.

¿Qué debe ocurrir, entonces? La primera tarea, tanto para musulmanes como para no musulmanes, es no minimizar el extremismo rencoroso del que los atentados del 11 de septiembre fueron un claro ejemplo. El temor a ese tipo de Islam está justificado. El fanatismo en el Islam es una realidad con cada vez más adeptos. Además, los occidentales y musulmanes que rechacen el fanatismo no deben echarse la culpa mutuamente ni sembrar desconfianzas recíprocas. Eso no soluciona nada. Aún más: los fanáticos se aprovecharán de ello.

La segunda tarea es un ejercicio de ilustración que deben realizar los musulmanes. Los musulmanes debemos ser conscientes de lo importante y urgente que es restablecer el equilibrio entre religión y razón. Hemos de trabajar duramente en su consecución. Para la grave situación en la que se hallan muchos musulmanes en todo el mundo la religión no ofrece una solución adecuada. Debemos reducir estructuralmente la religión al lugar al que pertenece: la mezquita y la vida privada. Los musulmanes somos muy dados a considerar valores universales como la libertad individual y la igualdad entre hombre y mujer como valores exclusivamente occidentales. Es un error. También tenemos que adaptar esos valores y trabajar en la construcción de instituciones políticas y jurídicas que protejan y alienten dichos valores. Asimismo, debemos tratar con mimo el ideal de lo factible y ocuparnos del análisis racional y científico. Es cierto que esos valores y métodos se aplicaron

primero y de forma masiva en Occidente, pero ello no impide que sean menos importantes para la gente de otras partes del mundo. De otro modo, toda esa gente no estaría huyendo en masa hacia Occidente. El logro de los objetivos ya mencionados exige un cambio fundamental de mentalidad por parte de los musulmanes. Y ello debe empezar con la crítica hacia las fuentes del Islam.

La tercera tarea la deben llevar a cabo sobre todo los no musulmanes que viven en Occidente y que hace tiempo que llevan recogiendo los frutos de la Ilustración. Su ayuda sería inestimable en nuestro afán de conseguir la Ilustración. Pensadores y gente con poder, por ejemplo en Holanda, nos podrían ayudar en un trecho del camino en nuestra búsqueda de la razón. El problema radica en que ellos mismos viven un dilema: ¿cómo pueden por un lado conservar una sociedad abierta, tolerante y basada en los derechos, combatir la extrema derecha y la intolerancia religiosa, y por otro lado ayudar a los musulmanes en su proceso de Ilustración? Hasta ahora políticos, gobernantes e incluso filósofos han reaccionado con temor a enfrentar a los musulmanes con ideas, costumbres y usos que proceden de su religión, pero que resultan extremadamente perniciosos para ellos mismos y la convivencia social.

En este momento, las fuerzas reaccionarias en el Islam están en manos de los vencedores. Como los regímenes en Oriente Próximo abusan del apoyo de Estados Unidos para consolidar su propio poder, una buena parte de las organizaciones musulmanas en Holanda consiguen que prevalezcan sus ideas conservadoras, por ejemplo en lo que atañe a la posición de la mujer. También la administración (nacional) está en manos de oportunistas de las fuerzas reaccionarias. Pongamos como ejemplo a Job Cohen, el alcalde de Amsterdam, quien con su llamamiento a insuflar vida a la fuerza vinculante de la religión pretendía contribuir a la integración de los musulmanes a la vida en Holanda. Pero los musulmanes estamos influidos desde nuestro nacimiento por la religión, y eso es igualmente la causa de nuestro atraso. Cohen, con su llamamiento, parece que quiera perpetuarnos para siempre en ese aislamiento religioso irracional. Por ello recibió, de manos de los reaccionarios, el título honorífico de *sheik*. Otro ejemplo es el ministro Roger van Boxtel, que prosigue obstinadamente su defensa de la educación islámica, a la par que justamente se mantiene nuestro atraso. Los reaccionarios lo galardonaron con el título de mulá por su labor.

El *sheik* Cohen y el mulá Van Boxtel deben darse cuenta de que estamos ya saturados de fe y de superstición. Lo que necesitamos son escuelas filosóficas y la liberación de nuestras mujeres. ¿Ha visitado Cohen alguna vez una casa de acogida en su ciudad? Entonces habrá logrado escuchar con su puro y paciente oído el sufrimiento en general oculto pero masivo de las mujeres musulmanas, del que nadie comenta nunca nada. Por lo que respecta al sufrimiento de la mujer la comunidad musulmana calla y las 753 organizaciones musulmanas subsidiadas en Holanda guardan silencio sepulcral. Sólo instancias de ayuda como RIAGG (Instituto regional de Psiquiatría ambulante), el Consejo para la Defensa de los Niños o el Punto Informativo de Niños Víctimas de Abuso -adonde acude una importante cifra de musulmanes- conocen ese sufrimiento. Pero tampoco éstas y otras organizaciones sociales pueden decir nada debido a la obligación de guardar silencio.

En las familias musulmanas recae un grave tabú a la hora de hablar de anticoncepción, aborto y violencia sexual. Este tabú se origina directamente en nuestra religión. Si una chica se queda embarazada debe permanecer en casa. La fuerza vinculante de su religión actúa únicamente de forma negativa, como puro

sometimiento. El resultado no es la unión o la solidaridad, sino el desgarramiento interior y la terrible soledad. La única salida es la clínica abortiva donde regularmente las chicas musulmanas reciben asistencia, un sufrimiento que en lo sucesivo ellas sobrellevarán en silencio. El 60 % de todos los abortos que se practican en Holanda es de mujeres extranjeras, en su mayoría jóvenes de origen islámico.

Así, vemos que el miedo al Islam también se ha instalado en Holanda. Políticos y gobernantes holandeses tienen miedo a enfrentarse con nuestra convicción. De este modo el miedo a ofender lleva a perpetuar la injusticia y el sufrimiento humanos.

Normas incompatibles. Sobre la integración como iniciación en la modernidad

El problema de la integración es una cuestión normativa por excelencia. Se espera de los inmigrantes que adopten normas y valores vigentes en Holanda y que actúen conforme a ellos. En el debate sobre la integración tendemos a rechazar la actuación de los musulmanes que se apartan de las normas establecidas, pero nunca se ponen en tela de juicio las fuentes de las que proceden; a veces, incluso se las protege. Condenamos la poligamia, las venganzas por honor y el abuso de mujeres; queremos combatir el atraso educativo y en el mundo laboral; percibimos la relación entre fracaso escolar y criminalidad. Sin embargo, preferimos no discutir sobre la naturaleza cultural y religiosa de estos abusos y problemas. El hecho de que las costumbres anticuadas y las ideas de la ortodoxia religiosa dificulten la integración es algo que con demasiada frecuencia pasa inadvertido.

Es evidente que las «viejas formas y pensamientos» todavía vivirán mucho tiempo entre los musulmanes. Velan por ello los imanes ultraconservadores, los matrimonios concertados, el auge de la enseñanza islámica y la visión de los canales de televisión de orientación islámica. Por lo mismo no debe seguir ignorándose en la política de integración la triste interacción entre el atraso cultural de buena parte de grupos musulmanes y su atraso social.

En la primera mitad de este ensayo abordaré el aspecto religioso-cultural. De la mano de tres escritores -Armstrong, Lewis y Pryce Jones- intentaré mostrar que la fe islámica se presta perfectamente a la perpetuación de usos y costumbres premodernos. Precisamente en el Islam cultura y religión apenas son discernibles. En este sentido, muchas de las prácticas inadmisibles según las pautas occidentales se legitiman con referencias a los versos del Corán.

A continuación, describiré brevemente los antecedentes de los inmigrantes musulmanes en Holanda y haré hincapié en las consecuencias de la mentalidad premoderna. Acto seguido esbozaré cuatro visiones de la problemática de la integración, que han influido en la reacción política del gobierno holandés en los últimos decenios. En este punto se comentará también desde una perspectiva crítica los aspectos político-jurídicos, lo (puramente) socioeconómico, la multiculturalidad y lo sociocultural, en un análisis exhaustivo de hasta qué punto toman en consideración los antecedentes religiosos y culturales de los inmigrantes musulmanes de los que hablo en la primera parte del discurso.

Mi hipótesis es que los principios básicos del Islam tradicional, colmados de viejas costumbres del grupo étnico específico, chocan frontalmente con valores y normas elementales de la sociedad holandesa. El no hacerse cargo de los valores vigentes en la sociedad de acogida, en este caso aferrándose a las normas de la cultura de origen, aclara en gran medida el atraso socioeconómico en el que viven muchos musulmanes en Holanda.

Relevancia social

¿Por qué este ensayo se centra solamente en los problemas de integración de los musulmanes? Al fin y al cabo, también hay ciertos problemas de integración con los surinameses, los antillanos (cristianos), los ghaneses y los chinos, por citar algunas etnias. Pero los musulmanes tienen problemas específicos, inherentes a su religión y cultura, a la hora de adaptarse a una sociedad moderna y occidental como la holandesa. Y es que sin un conocimiento del trasfondo cultural y religioso de los

musulmanes, toda relación se verá enturbiada. En ese sentido entendemos por «musulmanes» a aquellos que creen en la existencia de un solo Dios: Alá, cuyo profeta es Mahoma, y cuya enseñanza está recogida en el Corán. Estoy hablando de una forma de vida social basada en la «religión como un factor cultural determinante, con unas normas y valores derivados de las ideas en torno a la verdad divina, y que por lo mismo se consideran una manifestación literal de un orden moral más elevado»¹. Un descenso en las visitas a la mezquita por parte de los más jóvenes no significa en absoluto que se consideren menos musulmanes. Incluso entre muchos musulmanes no practicantes la fe sigue siendo el elemento central de la propia identidad y la fuente de normas y valores.

Los musulmanes a los que nos referimos son principalmente inmigrantes trabajadores de Turquía y de Marruecos, y sus hijos (a menudo ya nacidos en Holanda). En el año 2000, las personas registradas de esas comunidades ascendían, respectivamente, a 309.000 y 262.000. Además, en los últimos diez años ha habido un gran número de solicitudes de asilo de países como Irak (38.000 personas), Somalia (30.000), Afganistán (16.000) e Irán (14.000). Asimismo, hasta el año 2000 llegaron a Holanda procedentes de Pakistán, Túnez y Argelia un total de 35.000 personas². Como consecuencia de los nacimientos y la migración sucesiva se prevé un mayor crecimiento de estas comunidades en las próximas décadas. Algunos hechos:

- En la actualidad, los musulmanes constituyen la mayor categoría ideológico-filosófica nueva entre los inmigrantes³. En cifras absolutas el número asciende a 736.000 musulmanes, la mayoría de los cuales permanece vinculada fuertemente a su propia comunidad. Esto se desprende del alto porcentaje de «matrimonios importados» (casi tres cuartas partes entre los turcos y marroquíes) y del reducido número de matrimonios con autóctonos holandeses (probablemente menos del 5 %). «En una gran mayoría, que procede sobre todo de países islámicos, no se da una convergencia -dice el economista Arie van der Zwan-. Su perfil demográfico es tradicional, y lo más destacable es que la primera y segunda generación no se diferencia de ellos.»⁴ Según Van der Zwan este ajuste a las normas tradicionales (por ejemplo los casamientos tempranos y tener hijos) en una sociedad moderna es un obstáculo importante para la integración y movilidad sociales. Esto se da sobre todo entre los jóvenes que proceden de familias numerosas con poca formación, y que siguen los pasos de sus progenitores. «Y para la movilidad social supone, de nuevo, una ventaja contar con un extenso período de formación, que no se aviene con los matrimonios tempranos y con la consecuente concepción rápida de hijos.»

- Los musulmanes de Holanda residen principalmente en los barrios periféricos de las ciudades grandes y medianas. En general, los musulmanes

¹ T. von der Dunk, «De West en de Rest: over de gelijkwaardigheid van culturen», en *Socialisme en Democratie*, n.º 9, septiembre de 2001, pp. 391-399.

² Cifras extraídas de *Integratie in het perspectief van immigratie*. Nota del gobierno del 18 de enero de 2002, p. 66.

³ «Wetenschappelijke Raad voor het Regeringsbeleid», *Nederland als immigratiesamenleving*. Informes para el gobierno, n.º 60, La Haya, 2001.

⁴ A. van der Zwan, « Waar blijft de ombuiging in het immigratiebeleid? », en *Socialisme en Democratie*, n.º 4, abril de 2002, pp. 43-54. Véase también: A. van der Zwan, « Alarmerende uitkomsten! De wrp-studie integratie van etnische minderheden », en *Socialisme en Democratie*, n.º 9, septiembre de 2001, pp. 421-425.

inmigrantes poseen un bajo nivel educativo; la mayoría de turcos y marroquíes proviene de los estratos socioeconómicos más bajos de sus países de origen. También entre las demandas de asilo se imponen las de aquellos con baja o nula escolarización. Los niños procedentes de entornos musulmanes se enfrentan a un fracaso escolar relativamente alto. Incluso las chicas que acceden a una educación superior se ven forzadas a contraer matrimonio y con ello a interrumpir su formación. El desempleo entre los musulmanes es entre dos y tres veces más alto que entre los autóctonos. Muchos de ellos integran la población activa en un sector coyuntural de la economía, como comercio o restauración y hostelería, por lo que se acogen al subsidio de paro con frecuencia. La criminalidad es desproporcionadamente alta. Bovenkerk y Yesilgöz informan incluso de cifras de criminalidad alarmantes.⁵

- Desde el atentado de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 y el resultado de las elecciones del 15 de mayo la problemática de la integración de los musulmanes se ha incrementado enormemente. Y no sólo el tono se ha endurecido. La dimensión política radical del Islam recibe mucha atención mediática. Al mismo tiempo hay indicios que sugieren que una buena parte de los musulmanes de Holanda no son insensibles a esa facción del Islam.

El mundo del Islam

En su intento por comprender el Islam los investigadores han tendido a desvincular esta fe religiosa de su origen social. Si bien se ha descrito la pluralidad teológica de esta religión, la historia de la filosofía islámica o el Islam como viaje espiritual e interior, rara vez vemos desde una perspectiva sociológica el origen histórico (sociogénesis) de esta religión de carácter mundial.

Al parecer de los investigadores italianos Allievi y Castro tampoco es algo que deba sorprendernos, simplemente porque hasta hace poco el Islam estaba del todo ausente en Europa occidental. Atribuyen la falta de un análisis profundo al hecho de que el Islam se quedó como materia de investigación en el mundo de la orientalista clásica y por ende apresado en sus propios métodos de estudio e intereses. Además, señalan la práctica ausencia de investigación sociológica del Islam por parte de expertos académicos en el mundo islámico⁶. Es paradigmático que en el mundo islámico no se encuentre una obra parangonable a la investigación de la sociogénesis y psicogénesis del mundo musulmán realizada por el sociólogo alemán Norbert Elias⁷.

⁵ F. Bovenkerk y Y. Yesilgöz, «Multiculturaliteit in de strafrechtpleging?», en *Tijdschrift voor Beleid, Politiek en Maatschappij*, 1999 n° 4, p. 232.

⁶ S. Allievi en F. Castro, «The Islamic presence in Italy: social rootedness and legal questions», en S. Ferrari y A. Bradney (eds.), *Islam and European legal systems*, Vermont, 2000, p. 158.

⁷ Según la teoría de la civilización de Elias el proceso de integración social puede describirse como la creación de dependencias más o menos mutuas en una sociedad cada vez más desarrollada. El componente psíquico de este cambio social tiende a la formación de un autodomínio cada vez más generalizado, igualitario y automático. Este mayor autocontrol se desprende del hecho de que las costumbres y la moral se han vuelto menos estrictas y más refinadas en Europa a lo largo de los siglos. Las instituciones sociales implementan inicialmente los nuevos códigos de conducta, pero con el tiempo acaban menos internalizadas. Según Elias, habría que remontarse a la primera Edad Media para ver en marcha este desarrollo; los caballeros libres e independientes pasaron a depender del soberano, obligados a permanecer en la corte donde aprendieron a controlar sus

En los trabajos de Lewis y Pryce Jones hay tres rasgos, estrechamente interrelacionados, del mundo mental en el orden tradicional del Islam. La identidad religiosocultural de los musulmanes se caracteriza por:

- Instancias jerárquicas y autoritarias («El jefe es todopoderoso, los otros sólo le deben obediencia»).
- Identidad de grupo («El grupo se antepone siempre al individuo»; el que no pertenezca a un clan o tribu será mirado con recelo o, en el mejor de los casos, no se le tomará en serio).
- Institución patriarcal y cultura de la vergüenza (la mujer tiene una función reproductiva y debe obediencia al hombre; de no ser así, expone a su familia a la infamia).

La identidad islámica (ser humano-imagen del mundo) es una identidad de grupo y en ella ocupa un lugar fundamental el honor⁸ y la ignominia o la vergüenza. El «honor» se relaciona totalmente con la idea de grupo. Los grupos relevantes van desde la familia, clan, tribu hasta una unidad mayor: la comunidad de creyentes (*umma*).

Con respecto a la comunidad de creyentes, el hecho de que alguien se declare musulmán es una razón más que suficiente para considerarlo más cercano que a alguien que no lo es. Les une un vínculo emocional con los musulmanes oprimidos de cualquier otra parte del mundo. A menudo esta comunidad de creyentes se presenta como un cuerpo que sangra y siente dolor cuando los fieles de cualquier lugar sufren o son reprimidos (Cachemira, Palestina).

Con respecto a la tribu o al pueblo, alguien de la misma región o del mismo país se considera más cercano que alguien de un país lejano. No tiene por qué coincidir con la nacionalidad, que no es sino un concepto moderno. Un kurdo turco se sentirá próximo a un kurdo iraní o iraquí, y, como consecuencia de una larga historia de lucha y hostilidad, no se sentirá así con su vecino turco.

Con respecto a la familia y a los (sub)clanes, en el entorno familiar y del clan es motivo de honor concebir el número máximo de hijos varones. Ésta es la razón por la que los hombres, tarde o temprano, terminan casándose con más de una mujer. La posición subordinada de la mujer también es consecuencia del deseo de parir hijos varones, y ello es así por dos razones. En primer lugar, los niños de una mujer llevan siempre el nombre del padre, jamás el de la madre o su familia paterna (por ejemplo, tampoco llevarán el nombre del padre de ella). Un matrimonio con alguien que no pertenece al subclan implica que la mujer pare hijos sirviendo a

sentimientos y a ser diplomáticos. Esta cultura superior fue imitada por la alta burguesía y se extendió durante el siglo XX en amplias capas de la población, al menos parcialmente y tras una extensa ofensiva civilizadora. No fue un hecho automático. Trabajadores y campesinos sin tierras se vieron forzados a cumplir con las exigencias de una sociedad moderna e industrial (en particular viviendo el servicio militar obligatorio, la enseñanza obligatoria, el aprendizaje de la lengua estándar, etcétera). N. Elias, *Het civilisatieproces: Sociogenetische en psychogenetische onderzoekingen* (1939), Amsterdam, 2001. [*El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1988].

⁸ Pryce Jones describe el concepto específico de honor en el mundo islámico como sigue: «El honor es lo que hace que la vida valga la pena: la vergüenza es una muerte en vida, no para soportarlo sino para ser vengado. El honor implica reconocimiento, la estima admitida abiertamente de otros que convierte a una persona en segura e importante a sus propios ojos y frente a los demás [...]. El honor y su reconocimiento establecen los más sólidos y posibles códigos de conducta, en una jerarquía de defensa y respeto» (Pryce-Jones, *The Closed Circle*, 1989, p. 35).

intereses de un subclan enemigo. Por desconfianza hacia los otros (sub)clanes (nunca se sabe si llegará el día en que sean más fuertes y agresivos, y te ataquen) es habitual concertar matrimonios entre primos y primas. El deseo de parir tantos hijos varones como sea posible lleva a un crecimiento descontrolado de la población. Los matrimonios entre miembros de la misma familia también suponen un serio riesgo para la salud⁹.

En segundo lugar el comportamiento de una mujer puede mancillar el honor de su padre y, con ello, el de todo el clan, lo que por regla general conlleva consecuencias catastróficas. A modo de ejemplo, si sale de casa sin la vestimenta correcta o si mantiene relaciones sexuales antes de contraer matrimonio. Los castigos que se aplican van desde una mera advertencia verbal hasta el abuso, el destierro e incluso la muerte. El resultado es que nadie más querrá casarse con ella, y no sólo la familia pierde en respeto, sino que la mujer repudiada se convierte en una carga financiera. Su permanencia en el hogar paterno es un recuerdo constante de la ignominia que ha causado a su familia o a su clan.

El individuo está, pues, totalmente condicionado por el colectivo, y desde la infancia los niños crecen socialmente en la cultura de la vergüenza, en que los conceptos de honor e infamia ocupan el eje central. Valores como la libertad y la responsabilidad individual no desempeñan ningún papel en ese sistema de pensamiento. La primera virtud que el niño varón aprende es la obediencia a los miembros adultos de su familia, amén de atacar, pues el comportamiento agresivo es funcional en esta cultura para evitar la humillación por parte de terceros.

La cultura aquí descrita se parece mucho al concepto desarrollado por Jan Romein sobre el Patrón Humano General (PHG). Van der Loo y Van Reijen resumen los elementos más importantes del PHG como sigue: se trata de un patrón que hallamos en todas las culturas excepto en las modernas. El ser humano se siente parte de la naturaleza, y la quiere utilizar, pero no está poseído por el pensamiento de explorar a fondo sus secretos. El ser humano PHG piensa de una manera determinada, en forma concreta, en imágenes y no en abstracto y en conceptos. El cúmulo de incertidumbres con las que debe lidiar en este particular implican que la organización consciente y la planificación ocupan un lugar mucho menos prominente de lo que estamos habituados. El poder y la autoridad en el caso del PHG son absolutos e inexpugnables. Nadie puede resistirse contra la autoridad sin recibir por ello castigo. Por último, el trabajo no es una bendición sino una maldición y una carga. El no hacer nada es algo anhelado en todas partes, pero un lujo concedido sólo a unos pocos¹⁰.

⁹ El informe *Arab Human Development Report* hace hincapié en el estado de varios temas que atañen a veintidós países árabes, cuya población total suma 280 millones, de los cuales el 38 % tienen entre los cero y los cuatro años de edad y sólo el 6 % son mayores de sesenta años. En los pronósticos para el 2020 se perfilan dos escenarios. En el primero la población árabe alcanzaría en esa fecha los 459 millones y en el segundo, los 410 millones. UNDP, *Arab Human Development Report*, Nueva York, 2002, p. 37.

¹⁰ H. van der Loo y W. van Reijen, *Paradoxen van modernisering*, Bussum, 1997, p. 70.

Islam y mentalidad tribal

El Islam se origina en una estructuración social de carácter tribal. El monoteísmo del Islam significa una ruptura visceral con el politeísmo existente hasta ese momento en la península arábiga¹¹.

La nueva fe incitaba a la tribu de Mahoma a una permanente lucha contra las tribus vecinas. Además, Mahoma predicaba la piedad. No esclavizaron a las tribus vencidas cuando se convirtieron y sí lucharon en cambio contra tribus vecinas de infieles. De este modo la religión musulmana adquiere un carácter expansivo; en esta fe se concede un gran valor a la conquista y conversión de los infieles. Las costumbres preislámicas con usos espirituales como el rezo, dar o recibir limosnas se integran en el Islam. La relación de Mahoma y su Dios es vertical. Dios es todopoderoso, único, es el que manda y Mahoma el que obedece. La relación entre Mahoma y sus seguidores es simple: la voluntad de Mahoma es ley.

En el Corán se prescribe el orden social deseable, y estas prescripciones tienen por objetivo combatir la anarquía tribal existente hasta entonces, o sea, la violenta lucha extrema entre clanes o en el seno de los propios clanes. David Pryce Jones describe en *The Closed Circle*¹² el funcionamiento de este sistema tribal. Existía un círculo infinito de violencia en que una tribu intentaba someter a otra, y en el que dentro de las propias tribus, clanes y familias se daba una continua lucha por el poder. A la cabeza de cada familia, clan o tribu había un hombre, que a menudo conquistaba su posición con astucia y violencia. El gran éxito de Mahoma fue que triunfó en su cometido en cuanto a que buena parte de las tribus aceptaron las prescripciones políticas y sociales importantes (e incluso más tarde las normas económicas). Las prescripciones guardan relación con valores esenciales de la tribu como el cuidado del honor y la redistribución de la propiedad. Esa legislación permitía el fortalecimiento de los vínculos entre tribus, y si bien las luchas continuaron, no lo hicieron contra las tribus que habían ingresado en el círculo islámico.

En muchas prescripciones del Corán también se habla de la paz social dentro del propio grupo. Varias de esas normas atañen al honor del hombre y el de su familia o clan. Lo opuesto al honor es la vergüenza: cuanto más apasionadamente defiende un hombre su honor, tanto más fanático será a la hora de evitar el escándalo y la ignominia. También aquí la omisión desempeña un papel importante. Una cultura de la vergüenza es pues ignorar o negar sin rodeos lo que suele ocurrir con frecuencia en la realidad. Esto se acompaña de un fuerte y arraigado sentimiento de desconfianza, no sólo hacia los de fuera sino respecto a miembros de la propia familia o clan. En el propio grupo existe en gran medida un control social en el que la desconfianza sobre todo debe estar al servicio del honor del grupo a partir de rumores permanentes sobre la transgresión de las normas.

¹¹ K. Armstrong, *Islam. Geschiedenis van een wereldgodsdienst*, Amsterdam, 2001, p. 58. [*El Islam*, Barcelona, Mondadori, 2002]. Véase también: K. Armstrong, *Een Geschiedenis van God. Vierduizend jaar jodendom, christendom en Islam*, Baarn, 1993 [*Una historia de Dios: 4000 años de búsqueda en el judaísmo, cristianismo y el Islam*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996].

¹² D. Pryce Jones, *op. cit.*

Florecimiento y caída del Islam

A Bernard Lewis le asombra el modo en que las tribus árabes, ignorantes y abrumadas por las jerarquías, se han unido y crecido bajo el estandarte del Islam hasta conformar una civilización. En el siglo VII fueron conquistadas Siria, Palestina, Egipto y África del Norte. Nada parecía detener a la nueva religión. Durante el florecimiento del Islam existió una civilización de nivel comparable: la de China. Sin embargo, Lewis caracteriza la civilización china como limitada a una región y a un grupo racial, muy diferente de lo que pasó en la civilización islámica. Los islamistas crearon una civilización mundial, multiétnica, multirracial y universal¹³. Pero Lewis lamenta la situación actual de los pueblos musulmanes: en comparación con el mundo cristiano el del Islam ha devenido pobre, débil e ignorante.

A la pregunta de «What went wrong?» (¿Qué salió mal?) hay, según Lewis, dos aproximaciones factibles. La primera es la de los secularistas, quienes llevaron a debate el lugar de la religión en las comunidades islámicas. En su opinión, la ventaja de Occidente se origina gracias a la separación esencial entre Iglesia y Estado, y la creación de una sociedad civil que se atiene a una legislación secular. La segunda aproximación es de carácter sociopsicológico y es la que siguen sobre todo algunas corrientes feministas en su énfasis sobre el sexismo y la posición inferior a la que han sido confinadas las mujeres en el mundo islámico. Así, el Islamismo no sólo se ve privado del talento y la energía de la mitad de su población, sino que, en la práctica, aún se puede encontrar un problema más profundo: la educación de los niños, que, al fin y al cabo, se confía a mujeres analfabetas y oprimidas («*downtrodden mothers*»).

«Los productos de una educación así son iguales al hecho de crecer de manera arrogante o sumisa, incompatible, pues, con una sociedad libre y abierta», opina Lewis, que luego apunta la creciente popularidad entre los musulmanes de una respuesta perversa a la pregunta de «¿Qué ha fallado?» («*What went wrong?*»). Ésta sentencia, que nos hemos topado con el mal porque hemos desatendido nuestra herencia divina del Islam. Esa respuesta es tan simple como letal porque implica un retroceso hasta un pasado generalmente supuesto¹⁴. Ejemplos de ello serían la revolución iraní y los movimientos y regímenes fundamentalistas en algunos países musulmanes. En comparación con ello, la democracia secular nos ofrece más perspectivas. Por ese motivo Lewis se muestra positivo respecto a la república turca fundada por Kemal Atatürk. Pryce Jones es, en cambio, más cauto en cuanto a la medida en que el secularismo y otros desarrollos occidentales puedan ser instaurados en pueblos con una sistema de vida basado en estructuras tribales.

La posición de Lewis está clara, y en este sentido, el subtítulo «The Clash between Islam and Modernity and the Middle East» de su libro así lo atestigua. Los pueblos que alguna vez pertenecieron a la civilización islámica no han logrado entrar en un proceso de modernización drástico, doloroso pero al mismo tiempo liberador, algo que sí han logrado sus vecinos y rivales, el Occidente cristiano. El autor advierte de una espiral descendente de resentimiento, rabia y autocompasión, así como de pobreza y opresión. Lewis espera que los musulmanes pongan su talento y energía al servicio de la causa social, de manera que quizás en el futuro puedan volver a ser una civilización importante.

¹³ B. Lewis, *What went wrong? The clash between Islam and modernity in the Middle-East*, Londres, 2002, p. 6.

¹⁴ B. Lewis, *op.cit.*, p. 158

En este aspecto Lewis es más optimista que Pryce Jones. Lo que Lewis pide a los islamistas es que se desprendan de sus valores más preciados, aquellos que diariamente imprimen a sus hijos. Eso significaría despedirse del sistema basado en el honor y los vínculos de grupo, y oponerse a la estructura patriarcal familiar. Pero precisamente éstos son, según Pryce Jones, los rasgos más notables de la tribu, aquellos que la convierten en un círculo cerrado. Tan obvios son estos valores y esta identidad tribal que los que los poseen se obstinan en no querer ver los efectos catastróficos a largo plazo. En ese dar por sentado las cosas reside en gran medida la cada vez más repetida legitimación de todo tipo de ideas premodernas gracias al Corán. Ideas y costumbres de la sociedad tribal de Mahoma quedan sin significado fuera de su contexto histórico, trasladadas a un presente de comunidad urbana e industrial.

Sobre el paralelismo entre la identidad tribal del Islam y el proceso de modernización hay discrepancia de pareceres. Armstrong cree que los musulmanes han demostrado en el pasado que pueden delimitar razón y religión. La historia nos dice que los musulmanes también conocieron alguna vez grandes filósofos, conquistaron tierras y fundaron una civilización de alcance universal. Según Armstrong, el problema radica no tanto en los musulmanes y su religión como en el comportamiento de Occidente respecto a los países de doctrina islámica. Por culpa del imperialismo y el dominio comercial de Estados Unidos los musulmanes han perdido la ocasión de desmarcarse de los problemas.

Lewis se muestra escéptico en ese particular. No refuta que, desde el siglo XIX, tanto británicos como franceses dominaron política y económicamente a los pueblos musulmanes. En ese período se pusieron en marcha también cambios culturales radicales, como el éxodo a las ciudades en el siglo XX, cambios que transformaron la vida de los pueblos musulmanes, en lo bueno y en lo malo. Asimismo, reconoce que los estadounidenses defienden intereses estratégicos en la región (debido al abastecimiento de petróleo). Pero, según Lewis, todo esto no puede aducirse como causa del atraso en los países islámicos: más bien es una consecuencia, como la invasión mongol del siglo XIII, que fue posible gracias a la debilidad interna del entonces reino islámico.

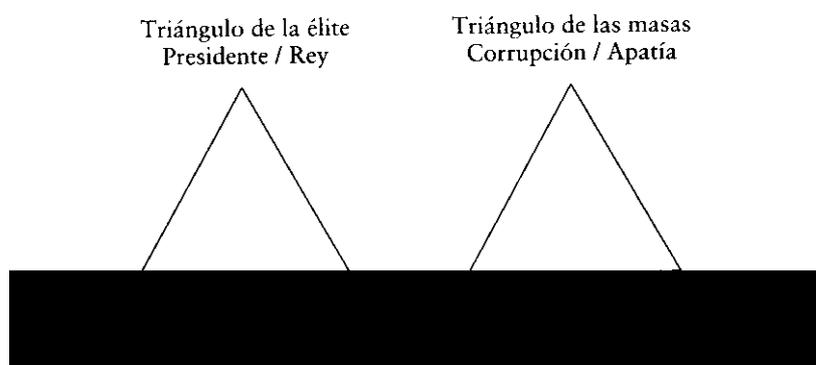
Lewis, pero también otros críticos como Pryce Jones, refieren como causa principal del declive la incapacidad por parte de los islámicos de fundar instituciones democráticas que garanticen la libertad de los individuos, de adoptar el conocimiento científico y la fe religiosa en su justa medida (la investigación científica queda interrumpida allá donde supone una amenaza para el dogma religioso) y de rectificar las consecuencias sociales y psicológicas que se derivan del sometimiento de las mujeres. No aseguran que el lamentable estado de las cosas sea, en buena parte del mundo islámico, consecuencia del Islam como religión, pero sí se desprende de su análisis que la práctica religiosa dominante en el mundo musulmán (entre ortodoxos y fundamentalistas) significa un serio obstáculo para el desarrollo social y la emancipación.

En julio de 2002 apareció el *Het Arab Human Development Report* del Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, que recogía los índices de la expectativa de vida, nivel educativo y calidad de vida en veintidós países islámicos. Este informe da la razón a Pryce Jones y a Lewis, pues hace mención de las profundas deficiencias institucionales en los países investigados, que constituyen un obstáculo para el avance del desarrollo humano. A modo de conclusión, la región se ve azotada por «tres déficits principales que pueden considerarse características específicas»:

- Déficit de libertad.
- Déficit en el proceso de emancipación de las mujeres.
- Déficit de conocimientos y capacidades humanas¹⁵.

El destino del pueblo

¿Cómo reacciona el pueblo en la práctica ante el declive descrito por Lewis? A continuación esquematizamos esta reacción en forma de triángulo sobre las masas. Además aparece un triángulo de poder o de élite, que reseñamos aquí por primera vez.



En concordancia con la cultura tribal, el poder en los países de origen de los inmigrantes musulmanes (con la importante excepción de Turquía) se concentra en un triángulo formado por un liderazgo político autócrata (presidente o rey), un mando militar y un clérigo oficial (*ulema*). Estos tres sectores se mantienen en un equilibrio frágil, y a menudo sus miembros son de una misma familia, clan o tribu, que además perpetúan su relación mediante matrimonios concertados. Su posición de poder se basa parcialmente en esos enlaces. Para esos potentados el Islam no es sino un instrumento, un medio con el que consolidar las relaciones de poder existentes. En países como Egipto, Irak y Siria los líderes religiosos está controlados por el gobierno secular de manera que se puede hablar de un estado islámico. Los que detentan el poder del Estado y del ejército controlan todos los medios oficiales de violencia (ante la falta de un poder judicial independiente), las fuentes de ingresos (impuestos y comercio), los medios de comunicación (radio, televisión, diarios) y la economía. El resultado de todo ello es el estancamiento social¹⁶.

El triángulo de las masas esquematiza la reacción del pueblo.

Por lo que respecta a la corrupción y la apatía: una parte de la población accede a los servicios públicos gracias al clan o los vínculos tribales¹⁷. Se

¹⁵ UNDP, *Arab Human Development Report*.

¹⁶ H. Jansen, «Bush versus Bin Laden, het Westen tegen de Islam?», en *Internationale Spectator*, n.º 11, noviembre de 2001

¹⁷ N. N. Ayubi, *Over-stating the Arab state: politics and society in the Middle-East*, Nueva York, 1995, p. 125.

aprovechan de la corrupción endémica del funcionariado y de la vida empresarial. También se pierde una parte de los ingresos de ayuda procedentes de países occidentales o de organizaciones internacionales. Ese grupo dominante intenta enriquecerse y para ello se vale con frecuencia del soborno y la extorsión; una situación aceptada por una buena parte de la población, porque nadie tiene memoria de que nunca haya sido de otra manera.

Por lo que respecta al fundamentalismo: los fundamentalistas son el grupo social creciente que rechaza con mayor fuerza las relaciones de poder existentes. El fundamentalismo está arraigando incluso entre profesionales altamente cualificados (abogados, médicos, etcétera), desengañados de las ideologías seculares como la democracia liberal, el nacionalismo o el comunismo. Los fundamentalistas creen que a la pregunta de Lewis «¿Qué salió mal?» cabe responder que la miseria social proviene del descuido de las normas y los valores islámicos. Prueba de ello lo constituyen la Hermandad Islámica, la Al Qaeda de Bin Laden, y los Gurús Mille de Erbakan, en Turquía, grupos que reprochan sobre todo a Estados Unidos que apoye la tiranía en sus países. Los fundamentalistas son descritos en ocasiones como la única oposición auténtica en el mundo islámico, ignorando así el hecho de que en muchos países existe asimismo una oposición democrática o secular. El poder de los fundamentalistas se basa en un trabajo misionero muy activo, la aversión contra los clérigos apoyados por el Estado, la violencia de los desesperados (terror y martirio) y unos centros religiosos propios, como la Universidad Al-Azhar en Egipto.

Por lo que respecta a los refugiados y emigrantes: los grandes perdedores del estancamiento son los campesinos sin tierra, quienes, debido al éxodo masivo a las ciudades, terminan completamente desarraigados y condenados a ejecutar trabajos poco cualificados, a causa de los cuales no es infrecuente que sean tratados con crueldad y de forma inhumana en la cultura del honor y la vergüenza. Normalmente apenas han recibido educación o son analfabetos. Otros muchos, sin el entorno familiar adecuado (trabajadores autónomos, artesanos, pequeños funcionarios, etc.), se arriesgan a vivir miserablemente. Desde los años sesenta, una (mínima) parte de la masa de procedencia campesina se ha establecido en la Europa occidental como *gastarbeiter* (trabajadores huéspedes). A eso cabe añadir que otros tantos han huido de países assolados por las guerras civiles y las hambrunas, y de este grupo son una minoría los que han llegado a Europa como inmigrantes o asilados, ya que la mayoría de los refugiados se queda en sus países vecinos, sobre todo en campos de refugiados administrados por el ACNUR. El informe Arab Human Development constata particularmente que para muchos musulmanes el anhelo de huir a países occidentales es especialmente alto.

Los musulmanes en Holanda

La mayor parte de los musulmanes que vinieron a Holanda (turcos y marroquíes, así como algunos asilados) no eligieron este país conscientemente, sino por necesidad. Estos inmigrantes proceden del campo, donde aún predomina la tradición tribal.

Si definimos la cultura como un conjunto de conocimientos, símbolos, costumbres, ideas, capacidades y reglas de comportamiento de una sociedad¹⁸,

¹⁸ N. Wilterdink y B. van Heerikhuizen, *Samenlevingen: een verkenning van het terrein van de sociologie*, Groninga, 1993, página 24.

entonces la mayoría de musulmanes, en sus expresiones culturales, se halla en tiempos premodernos. Su entorno cultural tiene tres rasgos importantes: una entidad autoritaria y jerárquica; una estructura familiar patriarcal en que la mujer cumple una función reproductiva y debe obediencia al hombre, y que, en caso de no ser así, expone a su familia a la vergüenza; y por último un pensamiento de grupo que prevalece sobre el individuo, donde existe un fuerte control social y una estricta vigilancia del honor que hace que la gente evite obstinadamente exponerse a la vergüenza y la ignominia, y donde la mentira se convierte en un hecho aceptable, porque en una cultura de la vergüenza es normal y aceptable ignorar o negar con rodeos lo que sucede en realidad. Ese mundo del pensamiento tradicional está impregnado de concepciones religiosas estereotipadas.

Es de esperar que de ello deriven grandes problemas de integración.

Un ejemplo es la disfuncionalidad del pensamiento autoritario en el trabajo. Un marroquí desempeñando su cargo como jefe de almacén de un supermercado se dirigirá a sus subordinados sirviéndose de la intimidación y la violencia verbal, un comportamiento acorde a las normas culturales vigentes de su grupo. Con esa actitud intentará instaurar su autoridad y proteger su honor; la orientación «de consenso» de los trabajadores será un signo de debilidad. Una instrucción que empiece con «podrías por favor...» es, en su cultura, algo impensable que un inferior nunca dirá a un superior y viceversa. Sin embargo, la escala de valores de los trabajadores dictará el comportamiento del jefe de almacén marroquí como inaceptable. En caso de que el marroquí no se adapte y se adscriba a los valores de sus trabajadores holandeses, será él quien pierda, no podrá continuar y acabará sin empleo.

Estas situaciones se producen a diario, y conducen a una desconfianza y falta de entendimiento mutuas; de ahí que muchos musulmanes se quejen de discriminación y los empleadores prefieran no contratar a ningún marroquí. Por este motivo, para un musulmán en Holanda es siempre más útil el principio de entendimiento razonable y la eventual negociación -en que todos ganan y pierden algo- que el maximalismo de la actitud autoritaria. Apelar a la propia razón o aspirar al propio interés está en el trasfondo de los códigos sociales holandeses y toma en consideración los derechos individuales y los intereses de los compañeros. De ello se deriva que el recién llegado debe desarrollar su identidad como individuo al tiempo que debe también distanciarse del honor tradicional y de la cultura de la vergüenza. En lugar de centrarse obsesivamente en el otro (honor e ignominia) ha de esforzarse en crear un ritmo interior propio para poder mantenerse en una sociedad moderna y occidental.

Otro buen ejemplo es el comportamiento entre hombres y mujeres. Lo que podría considerarse como normal en lo que respecta a valores de orientación fuertemente patriarcal, en la vida social moderna es simple y llanamente inaceptable. En ese contexto, todos esos valores patriarcales son anticuados e ignominiosos. El culto a la virgen o a la prostituta, la obligación de traer al mundo la mayor cantidad posible de hijos varones, la circuncisión de las niñas (normalmente amparada en un llamamiento a la fe), el matrimonio forzado de las hijas... todo son atributos de una mentalidad basada en el honor. Como grupo -es decir, tanto hombres como mujeres- los musulmanes deben renunciar a esas prácticas y a los valores subyacentes en ellas, y si este proceso se enlentece o se desarrolla en un grado insuficiente la emancipación de los musulmanes se resiente. O, en palabras de Arie van der Zwan:

[...] el abismo entre el entorno cerrado de los inmigrantes de origen no occidental y la sociedad occidental a la que llegan no puede distanciarse del retraso en el que se halla la sociedad de la que provienen. Después de todo proceden de un mundo islámico, y hay una corriente creciente de literatura internacional en que se plantea la pregunta sobre los fallos de ese mundo islámico: «¿Qué se ha hecho mal?». En lo científico, en lo cultural y en lo económico son pocos los avances que, desde el siglo XVIII, se dan en el mundo islámico mientras que en períodos más tempranos sus aportaciones eran notables¹⁹.

Hay un aspecto positivo en la formulación de Van der Zwan en cuanto menciona tanto el aspecto internacional (estancamiento como uno de los factores que desencadenan la migración) como el aspecto nacional (problemas culturales en la integración como tarea para la sociedad de acogida). En su artículo expone el conjunto de causas tanto del fenómeno migratorio como de la obstinación de los musulmanes por aferrarse a valores y normas que no se ajustan a la vida moderna.

En un primer momento los políticos holandeses interpretaron la migración laboral del mundo musulmán (Marruecos y Turquía) como un fenómeno temporal. Los recién llegados eran «trabajadores huéspedes» (*gastarbeiders*). Los musulmanes incluso adoptaban una actitud similar, en tanto que su objetivo se limitaba a ganar dinero por un tiempo en el extranjero para luego proseguir construyendo su futuro en su lugar de origen. Pero cuando quedó claro que los musulmanes, como otros autóctonos de origen no occidental, permanecerían en Holanda empezó a surgir un debate sobre el mejor modo de llevar a cabo una política de integración en la sociedad holandesa. En ese debate cabe diferenciar cuatro posturas:

La postura político-jurídica

Desde este enfoque, para poder ser partícipe de la sociedad holandesa los recién llegados establecidos legalmente deben gozar de todos los derechos y obligaciones que ya poseen los autóctonos del país. Ésa es la principal condición para poder participar plenamente en la vida social. Por lo demás, la administración no debe lanzarse a otras consideraciones ni caer en vanas lamentaciones, si bien la lucha contra la discriminación y el racismo continúa siendo importante.

El problema de esta visión es el abismo entre los derechos formales por un lado y la ciudadanía efectiva, y la participación y la emancipación por otro. El uso de los derechos civiles y políticos en la práctica es bastante limitado. La participación en las elecciones es, por ejemplo, descorazonadora. Junto con la limitada implicación en la sociedad holandesa está también el escaso conocimiento de los propios derechos. Paradójicamente, los derechos formales, además, en la práctica se usan de un modo contraproducente en relación con la integración: sobre todo para separarse, en tanto que comunidad, del resto de la sociedad, tomando como base su religión (etnicidad), y cuyo ejemplo más trágico lo constituye la educación islámica subsidiada por el gobierno. Otra de las desventajas de esta política errónea es la facilidad con la que se pueden conseguir prestaciones sociales, lo que conlleva que muchos emigrantes vivan en una situación de permanente subsidio.

¹⁹ A. van der Zwan, «Waar blijft de ombuiging in het immigratiebeleid? ».

El enfoque jurídico-político no toma en cuenta el entorno de los musulmanes en Holanda. Como modelo de referencia maneja la propia historia de modo que los derechos civiles y políticos son el punto de partida de una rivalidad eterna entre grupos. Puesto que la distancia mental entre los inmigrantes musulmanes y la sociedad holandesa no se reconoce suficientemente, este enfoque nunca ha afrontado las principales desventajas que plantea.

La perspectiva socioeconómica

Los autóctonos de países no occidentales se definen como ciudadanos desfavorecidos. La administración, por ello, debe promover oportunidades en el ámbito de la educación, el trabajo y los ingresos, salud y vivienda. Los retrasos en esos ámbitos no se buscan en los rasgos culturales o religiosos del grupo mismo, sino más bien en factores socioeconómicos²⁰. La legislación socioeconómica debe fomentar nuevas oportunidades para los ciudadanos desfavorecidos.

Una ventaja de este enfoque es que parte de una perspectiva de los mecanismos exclusivos y los procesos de segregación, como la concentración en barrios pobres y la formación de escuelas ilegales, pero presenta una desventaja: parte de la historia social holandesa, sobre todo de la lucha entre trabajo y capital y la creación de un Estado del bienestar nacido tras la Segunda Guerra Mundial. Así se emancipó la clase trabajadora hasta convertirse en clase media burguesa. El contexto de desigualdad es para la mayoría de musulmanes en Holanda algo totalmente diferente que para las clases sociales bajas autóctonas de aquella época. Por eso este enfoque tiene dos grandes objeciones: en primer lugar, propicia un pensamiento victimista donde todos los problemas se atribuyen a factores externos (administración, sociedad holandesa...); en segundo término, favorece una identidad de grupo negativa, en la que se desconfía del mundo fuera del propio grupo, lo que causa más tensiones y recriminaciones.

Además, las prestaciones del Estado del bienestar, como la ayuda económica o los subsidios para el alquiler de vivienda, suavizan las consecuencias cuando no se puede seguir el mismo ritmo social. Así, como para sobrevivir no es en absoluto necesario adaptarse a la sociedad holandesa, el proceso de modernización de grandes colectivos de musulmanes se puede paralizar en una situación de subsidio en que uno se queda al margen de la sociedad aferrándose a unos valores y a unas normas que impiden la propia emancipación.

El multiculturalismo: «Integración conservando la propia identidad»

El multiculturalismo aspira a la coexistencia pacífica de culturas basándose en la igualdad y conforme a reglas de respeto mutuo, dentro de unas relaciones de Estado; pero lo que los partidarios del multiculturalismo defienden son los derechos de las minorías. Esta visión surge en su origen para garantizar los derechos de los pueblos autóctonos en países como Canadá (indios e inuits) y en Australia (aborígenes). En Holanda son cada vez más las personas que defienden esta visión. Así, la filósofa rotterdamesa especialista en Derecho, M. Galenkamp, rechaza propuestas como las que hizo el primer ministro Balkenende para temas referentes a las normas y valores holandeses, derechos humanos o separación de Iglesia y Estado como puntos de partida fundamentales para conseguir una política

²⁰ P. de Beer, «PvdA moet terug naar de oorsprong», en *NRC Handelsblad*, 6 de julio de 2002.

de integración. Según Galenkamp eso es imposible, porque en Holanda ya no existe un sistema de vida homogéneo; tampoco es deseable, ya que lleva a la polarización y el perjuicio de la cohesión social; y, suscribiendo las palabras del filósofo decimonónico J. S. Mill, es innecesario: el mejor punto de partida lo constituye el principio del perjuicio, según el cual las personas que allí hacen uso de sus libertades no perjudican a otras personas²¹.

La visión multiculturalista es la que más influencia ha ejercido en la política del gobierno holandés, como consecuencia de una historia de divisiones ideológicas, de la reacción ante la Segunda Guerra Mundial y al pasado colonial. El inconveniente de este enfoque es que niega las consecuencias perniciosas de las normas culturales y religiosas que frenan el proceso de emancipación de los musulmanes. No nos debe extrañar, ya que en este marco de pensamiento los fenómenos culturales no se califican como «mejores» o «peores»; simplemente no son comparables entre ellos. El subsidio de la educación privada posibilita la existencia de escuelas propias e internados para chicas y chicos, donde las jóvenes son socializadas para sus futuras tareas como madres y amas de casa.

Enfoque sociocultural

Van der Zwan constataba recientemente que los factores socioeconómicos objetivos no constituían una explicación suficiente para la deficiente integración. Los factores socioculturales son igualmente importantes, porque son la causa, en interacción con los atrasos socioeconómicos, de la problemática de la integración. De ahí que diferencie a los alóctonos que no proceden de países occidentales. Por un lado están los surinameses y antillanos, por otro marroquíes y turcos. En su alusión al ya mencionado estudio del Consejo Científico para la Política Gubernamental²², Van der Zwan concluye que los dos primeros grupos conforman un subgrupo que apenas se diferencia de otro subgrupo autóctono holandés. En el caso de los marroquíes y los turcos constata sin embargo algunas diferencias cualitativas y cuantitativas, producto de su posición sociocultural. Sólo un tercio de los colectivos de población turca o marroquí logran integrarse verdaderamente; para los dos tercios restantes, la perspectiva de integración es francamente mala.

La mitad de este colectivo consta de personas de más de cuarenta y cinco años, la mayoría de las cuales ya no trabajará más. La otra mitad la componen la segunda y la tercera generación de turcos y marroquíes. Van der Zwan caracteriza a este colectivo como inasible: «Ya no existe el anclaje en el propio grupo, mientras que la integración social todavía no se ha dado, y este panorama debe ser considerado con todas las precauciones». Este colectivo vulnerable, desarraigado, si bien está libre de las tentaciones de la sociedad occidental (libertad, drogas, cultura de salidas, etc.), prescinde de los mecanismos de control y de comportamiento de dicha sociedad. La amenaza proviene del descarrilamiento social: la educación y la participación laboral pueden adolecer de exaltación social, pero la criminalidad y la orientación hacia grupos fundamentalistas conforman rutas competitivas de desarrollo.

²¹ M. Galenkamp, «Multiculturele samenleving in het geding», en *Justitiële Verkenningen*, 2002, n.º 5.

²² Wetenschappelijke Raad voor het Regeringsbeleid, *Nederland als immigratiesamenleving*.

Conclusión

Es esclarecedor entender el concepto «integración» como un proceso de civilización de colectivos específicos de inmigrantes musulmanes dentro de la sociedad occidental de acogida. Por ello, el debate aparente sobre la equidad de las culturas resulta superfluo. Lo que un inmigrante u otro debe adoptar o a lo que debe renunciar lo determinan las exigencias de la sociedad receptora para poder funcionar correctamente. Además, el inmigrante puede ser consciente de que se halla en un determinado estadio de desarrollo y por ello comportarse según las normas y valores del país de acogida. Ése es un sentimiento más atractivo que el de tener la sensación de que te arrebatan algo. Una tercera ventaja de hablar en términos de proceso de civilización es que los autóctonos pueden ponerse más fácilmente en la piel del inmigrante, lo que conllevaría un mayor entendimiento entre todos al saber que aquél está inmerso en un profundo y drástico cambio de mentalidad.

La gran mayoría de autóctonos ha tenido más de cien años para hacer propios los valores de la modernidad. Por ello, en la actualidad tienen otra mentalidad, más propicia para la vida occidental que el hombre o la mujer que pasean por las montañas del Rif o el campo de Anatolia. La negación de esas realidades sería contraproducente; pero esa forma de entendimiento es muy distinta a la de estimular a los inmigrantes a proseguir con sus tradiciones y valores, sólo porque han crecido con ellos. Es una lástima que el gobierno holandés haya ignorado tanto tiempo la dimensión cultural de la situación de atraso de los musulmanes. Los enfoques más influyentes de los últimos años fueron el político-jurídico, el socioeconómico (puro) y el multicultural. Los tres aderezados, además, con las típicas tradiciones políticas, económicas y culturales holandesas. Así, los multiculturalistas han acogido positivamente la formación de colectivos representativos musulmanes porque tienen la ilusión de que tales grupos fomentarán la emancipación. «Con los católicos ha funcionado», se plantean. Esto muestra un peligroso desconocimiento del entorno cultural de la mayor parte de los musulmanes en Holanda. En una sociedad como la holandesa un colectivo así sólo fortalecerá la tendencia a orientarse hacia el propio grupo. Únicamente el enfoque que reconozca la interacción entre el retraso socioeconómico y los factores culturales ofrecerá la perspectiva de una integración exitosa. Los dos frentes deben ser analizados en su relación mutua. Si no, el tema de la integración no se solucionará. Y para los grupos más débiles, en especial mujeres y niñas, ello tendría consecuencias catastróficas.

La política daña mi ideal¹

1. Yo soy tu amo, tu Dios. No tendrás más dioses junto a mí

Mi religión ha sido una religión del miedo. Miedo a hacer las cosas mal. Miedo a que Alá se enfadase. Miedo a ser arrojada al infierno. Miedo de las llamas, del fuego. Alá era como el gobierno: en todas partes, omnipresente, preparado para llevarse a mi padre y encarcelarlo. Así fue mi relación con Alá: en tanto me dejó tranquila he conseguido estar más contenta. Oh, sí, he rezado cuando sentía dolor, he suplicado a Alá que me protegiera de los golpes de mi madre, pero tal como llega un día en que los niños entienden que Santa Claus no existe, así acepté yo que no cabía esperar nada de Él. Creo que, por naturaleza, soy atea, pero me ha llevado algún tiempo encontrar reflejado por escrito ese convencimiento. Tal vez suene arrogante, pero pienso que la mayoría de las personas que se autodenomina creyente es, en esencia, atea. Evita la pregunta de si verdaderamente cree en Dios y se pierde en nimiedades. Deberíamos iniciar un debate en Holanda sobre la siguiente cuestión: la moral, ¿procede de nosotros, los seres humanos, o está dictada por Dios? Y entonces podríamos iniciar un análisis del comportamiento de Jan-Peter Balkenende. ¿Lo has escuchado con atención alguna vez? Siempre habla de los valores y normas bíblicas, nunca de las cosas que Dios nos pide o nos deja hacer. Balkenende, el científico, el hombre que debió aprender a rebatir para llegar a una determinada verdad, ¿acaso piensa que el mundo fue creado en seis días?, ¿que Eva surgió de una costilla de Adán? Eso no existe. Los científicos no creen. Estoy convencida de que Balkenende no es cristiano.

2. No harás de ti un ídolo, y tampoco de nada que esté en el cielo o en la tierra, ni tampoco de aquello que se halla en las aguas

Con la primera disposición Mahoma quería aislar a la sana razón y con la segunda se sometió a vasallaje el lado hermoso y romántico de la humanidad. Me parece verdaderamente atroz que tanta gente quede al margen del arte. En ese sentido, el Islam es una cultura superada. Ello significa, pues, inmutable, petrificada. Todo aparece ya en el Corán y no es necesario retocarlo. Personalmente, sigo pensando que la doctrina de Mahoma está anticuada, pero puesto que no pude, como política, entrar en un debate con gente que me reprocha haberle llamado atrasada, he vuelto a retomar ese punto. En efecto, he de decir que he matizado mis palabras: pienso que el Islam -el sometimiento a la voluntad de Alá- es un punto de partida paralizante, lo que no quiere decir que considere atrasados a los seguidores de esa religión. Ellos se encuentran detrás de su tiempo. Lo que es otro cantar. Siempre será posible que avancen.

¹ Entrevista de Arjan Visser, publicada en la serie «The Ten Commandments in Daily Newspaper», del diario *Trouw*, el 25 de enero de 2003.

3. No invocarás el nombre de Dios, tu Dios, en vano

Ofender al profeta, Mahoma, se castiga con la muerte. Esto lo aprendió de Dios el propio Profeta, que recibía frecuentes mensajes a su conveniencia. Repásalo en el Corán: robó a Zayneb, la mujer de su discípulo, alegando que era la voluntad de Alá. Y peor aún, se enamoró de Aisha, de nueve años, la hija de su mejor amigo. «Te ruego que esperes a que llegue a la pubertad», le dijo el padre de Aisha, pero Mahoma hizo oídos sordos a su súplica. ¿Qué sucedió entonces? Pues que recibió un mensaje de Alá conminándole a que Aisha se dispusiera a complacer a Mahoma. Ésa es la enseñanza manifiesta de Mahoma: está permitido arrebatarse la hija a su mejor amigo. Mahoma es, según las reglas occidentales, un hombre perverso. Un tirano. Está en contra de la libertad de expresión. Si no haces lo que dice acabarás mal. Y esto me lleva a pensar en los megalómanos dirigentes del Oriente Próximo: Bin Laden, Jomeini, Saddam. ¿Te parece raro que incluya a Saddam Hussein? Mahoma es su ejemplo. Mahoma es un ejemplo para todos los musulmanes. ¿Te parece raro que tantos musulmanes sean violentos? Te asombrará que diga estas cosas, pero cometes el error que comete la mayoría de holandeses autóctonos: olvidas de dónde vengo. He sido musulmana, sé de lo que hablo. Me parece terrible que yo, viviendo en un país democrático, en el que la libertad de expresión constituye nuestro bien máspreciado, tenga algo que ver con el chantaje póstumo del profeta Mahoma. En Holanda el señor Aboutaleb puede leer el Corán y pensar: este Mahoma es fantástico. Y yo puedo pensar: Mahoma, como individuo, es despreciable. Mahoma dice que la mujer debe quedarse en casa, que debe llevar velo, que no tiene que realizar determinados trabajos, que no tiene los mismos derechos de herencia que el varón, que debe ser lapidada si comete adulterio. Yo quiero mostrar que hay otra realidad más allá de la «verdad» que, con la ayuda del capital saudí, se ha extendido por todo el mundo. Sé que las mujeres que al hablar de sí mismas afirman ser musulmanas no me entenderán, pero algún día abrirán los ojos. Debemos promover la socialización a través de todos los canales -familia, educación, medios informativos- para procurar que las mujeres musulmanas sean autónomas y tengan ingresos propios. Esto exige muchos años, pero algún día la mujer, como yo antes, será consciente y dirá: no quiero la vida de mi madre.

4. Recuerda que el sabbat es sagrado. Puedes trabajar durante seis días a la semana, y en todo tipo de actividades. Pero el séptimo día es el sabbat de Dios Nuestro Señor, y no debes trabajar

Cuando estoy ocupada pienso: debo volver a mí misma. Entonces quiero estar sola. Ir en pijama, leer un libro. O simplemente no levantarme. Sí, remolonear. Finalmente te resulta. Hubo un tiempo en que podía remolonear hasta tres días seguidos, pero en los últimos meses no ha habido ocasión. Pienso que el domingo, tal y como lo viven los cristianos, me resulta de gran ayuda.

5. Honrarás a tu padre y a tu madre

Alá dice: «Primero me obedecerás a mí, luego obedecerás al profeta Mahoma y después a tu padre y a tu madre». En todo. Sin embargo hay un momento en que puedes desobedecer: cuando te piden que no creas en Alá. He esperado mucho hasta poder enunciar mi ruptura con el Islam. Temor a las consecuencias: pérdida de mi familia. He nadado entre dos aguas hasta que no he podido más. Todo lo que hago ahora, todo lo que escribo y digo, me hubiera sido imposible de haber permanecido en esa disyuntiva. Ahora hay un gran Dios vacío entre nosotros; mi familia no quiere saber nada más de mí. Así de perversa puede llegar a ser la religión: se infiltra en las relaciones íntimas y obliga a los padres a elegir entre los hijos y Dios.

Están siempre en mis pensamientos. Hay vacío. Tristeza. Sin embargo, puedo aligerar el lastre de mis sentimientos de culpa desde el preciso instante en que no creo que mi desobediencia deba suponerme un lugar en el infierno. Lo que me entristece es el pensamiento de que todo esto era innecesario: ¿por qué no me aceptan como soy? Me gustaría que mi padre estuviera presente cuando preste juramento en el Congreso de los Diputados. Quiero que me abrace y me haga arrumacos, como antes. Pero no sucederá. Quiero mandar dinero a mi madre, pero sé que no lo recibirá. Me gustaría saber si está bien, pero no me atrevo a llamarla. Eligió a Alá, no a mí.

Mi madre es estricta, una mujer con una gran fuerza de voluntad. Sabe manipular a su entorno, y si no lo consigue golpeará, romperá lo que haga falta. En casa estaba todo averiado. Era fría, distante, perfeccionista. Si en la escuela yo respondía mal una sola pregunta de diez, sólo me preguntaba por esa respuesta incorrecta. Le tenía miedo, pero también la he admirado. Siempre estaba ahí para nosotros y tuvo que empezar sola de nuevo. Mi padre era, en el momento en que conoció a mi madre, el hombre más importante de Somalia. Fue poco después de la independencia. Mi padre dedicaba las veinticuatro horas del día a la política, constituyendo un Parlamento, alfabetizando. Cuando el movimiento democrático se paralizó y mi padre terminó en prisión, mi madre le fue muy leal. Lo visitaba todos los días y le llevaba comida. Pero en los momentos duros, cuando ella lo necesitaba, mi padre la abandonaba. Una y otra vez. Hemos tenido que ir con él a otros países, donde ella -la orgullosa hija de un destacado juez- no hablaba la lengua, donde debía salir de casa -en tanto que Alá le pedía que se quedara- para hacer compras en un árabe defectuoso. Puedo entender su enojo. Es una comparación deshonesta, pero inevitable: añoro más a mi padre que a mi madre. Él era atento, nos hacía arrumacos, jugaba con nosotros. Mi padre me decía que yo era hermosa. E inteligente. Me elogiaba. Cuando mi padre estaba en casa, yo me sentía feliz. Pero siempre volvía a irse. Sin siquiera despedirse. La última vez me dijo: «Vuelvo el próximo fin de semana», pero regresó diez años más tarde. Y sin embargo... sí, tal vez la pérdida de contacto con mi padre ha sido el precio más alto que he debido pagar. Querría ir a buscarlo, pero sé que me cerrará la puerta. Él prefiere vivir en la ilusión de que estoy espiritualmente enferma, pero voy a volver otra vez, y otra vez más. Cuando lo eche de menos. Cuando sienta la urgencia de hablar con él. Cuando desee que me abrace de nuevo. Soy realista, lo suficiente para saber que ahora no me va a escuchar, pero también soy lo suficientemente idealista para seguir esperando que un día él se abra a mí nuevamente.

6. No matarás

Cualquier fanático religioso querría matarme porque soy atea y, porque, al darme muerte, pensaría en ganarse el cielo; pero en el fondo creo que, sobre todo, represento una amenaza para los musulmanes que temen que yo esté en condiciones de cambiar la opinión de los holandeses, y que ello derive en una limitación de determinados subsidios étnicos o la clausura de escuelas islámicas. Pero no olvides esto: hay muchos musulmanes holandeses que me apoyan, aunque aún no lo demuestren. Pero tan pronto como lo hagan, tan pronto como las cosas cambien y sean ley, matarme ya no tendrá ningún sentido. Para mí es simplemente una cuestión de perseverar. ¿Cuánto tiempo habré de llevar guardaespaldas? Nunca más. Y no se trata sólo de mí. El Islam y el modo en que personas y partidos se han puesto en marcha para defender la doctrina de Mahoma han devenido en un tema internacional, que aparece citado en los informes de Naciones Unidas. Bin Laden y sus secuaces han logrado precisamente lo contrario de lo que yo considero. En primer lugar empeorará la situación -y el ataque a Irak nos dará una idea de cuánto-, pero el 11 de septiembre, toma buena nota de ello, fue el principio del fin del Islam.

7. No cometerás adulterio

Me casaron con un primo lejano con la idea de que formáramos una familia en Canadá. Cuando huí, mi padre me repudió. Con el tiempo, le pesó e hizo todo lo posible por conseguirme un divorcio. Pensaba que me debía casar de nuevo porque la expectativa de que yo muriera sin hijos le parecía intolerable. El proceso de divorcio ha finalizado este verano, pero naturalmente las buenas noticias se enturbian al saberse que en todos estos años yo no he sido fiel a mi marido. He tenido varios novios y he vivido cinco años en pareja. No se lo he contado a mi padre, pero con toda seguridad la comunidad somalí en Holanda -que vigila con mucho cuidado todos mis pasos- le ha hecho llegar la información. No se me presentan los mejores augurios: por cometer un acto de libertinaje merezco, según el Corán, cien estacazos y por cometer adulterio me arriesgo a ser lapidada. Hablando de amenazas...

Fuera del contexto religioso siempre he sido leal. He percibido que a la gente le cuesta entablar una relación conmigo. Marco, el joven con el que he estado viviendo en pareja, decía siempre que yo era inasible. «No te abres -comentaba-, nunca sé cómo proceder contigo.» Es cierto: pienso que me cuesta mucho apegarme, pero aun así lo hago. Las rupturas son más fáciles durante las reyertas. Ahora ya puedo avanzar con Marco, tanto que incluso ha llegado a preguntarse por qué no volvemos a vivir juntos; pero sé lo irascible que puede llegar a ser y no quiero sufrirlo de nuevo. No me puedo enfadar. No me quiero enfadar. Provengo de una familia en la que siempre se formaba bulla, y yo necesito justo lo contrario.

8. No robarás

A mi madre, las clases de deporte le parecían inmorales, tanto que se negaba a darme el dinero extra que se pedía para esas actividades. Por eso yo lo robaba. Y lo mismo ocurría con las clases de canto, o los lápices de colores que debíamos

comprar en la escuela. Tan pronto como se percató de que había desaparecido dinero de su monedero empezó a maldecir, me tiró de los pelos y me arrastró por toda la habitación. Tenía magulladuras por todas partes. Me golpeaba con las manos, con una estaca o con cualquier cosa que tuviera a mano. También he robado comida de la despensa de mi madre para dársela a los que venían a casa a pedir. La primera vez mi madre se puso a reír, pero la segunda vez, cuando una multitud se agolpó delante de la puerta, y se dio cuenta de que nuestras provisiones para un mes entero habían desaparecido, se puso furiosa.

¿Una santa, yo? En absoluto. He hecho cosas malas: burlarme de chicas en la escuela, tocar timbres y salir corriendo, provocar a mi abuela. ¿Que eso no es maldad suficiente? Entonces explicaré cómo conseguí que nuestro maestro de Corán fuese estigmatizado. Después de que mi madre advirtiese que no queríamos asistir a la escuela coránica, buscó un profesor particular para que nos diera clase en nuestro hogar. Con él fabricábamos la tinta para poder copiar extractos del Corán en tablas, que después lavábamos y volvíamos a usar para empezar de nuevo. Cada sábado se repetía la misma historia. Pasado un tiempo ya estaba saturada, y en connivencia con mi hermana, decidimos encerrarnos en el baño. No abrimos a nadie: ni al profesor, ni a mi madre, ni a mi abuela. Prorrumpí en los exabruptos más terribles en contra del profesor, y exclamé que escribir en tablas no estaba de moda ni en el siglo XVI. En un momento dado el profesor replicó a mi madre: «Aquí tiene su dinero. No quieren recibir clases de Corán. Estoy muy cansado, dejémoslo correr». Apenas un rato después -yo estaba sola en casa- vi que el profesor volvía. Corrí hacia la puerta, pero era demasiado tarde. Entró en la casa, me puso una venda en los ojos y comenzó a pegarme. Golpeó y golpeó hasta que se me cayó la venda. Entonces me cogió la cabeza y empezó a estrellarla contra la pared. Una y otra vez. Oí un «crac» y perdí el conocimiento. Fractura en la base del cráneo.

Tuvo que pagar los doce días que pasé en el hospital, más daños y perjuicios. Nunca se le volvió a ver. Estigmatizado por el resto de sus días. Eso pesará siempre sobre mi conciencia: provoqué a alguien hasta límites inconcebibles.

9. No dirás falsos testimonios a tus semejantes

Domino el arte de la mentira, pero ahora que la mentira ya no es necesaria - Dios no existe, por lo tanto no tengo por qué decir la verdad para cumplir su voluntad- he decidido conscientemente no hacerlo nunca más.

10. No codiciarás la casa del prójimo; no codiciarás a la mujer del prójimo, ni a su siervo, ni a su sierva, ni su ganado, ni su burro, nada que sea, en definitiva, del prójimo

Depende de lo que codicies. A mí me gustaría escribir, como Karl Popper, pequeños textos filosóficos. Paradójicamente, el acceso a la política es pernicioso para mi ideal. Me gustaría convertirme en filósofa y desarrollar mis propias teorías. Disponer de un espacio para escribir, alguien que se ocupe de la limpieza, no preocuparme del pan de cada día, implicarme en verdaderos debates en lugar de hablar sobre nada. Eso me haría feliz.

La pesadilla de Bin Laden¹

La escritora canadiense-ugandesa Irshad Manji fue expulsada de la escuela a los catorce años por formular críticas al Islam. Pero no se dejó apartar del terreno de juego. Siguió estudiando su religión, en la soledad de la habitación de su casa. A continuación se reveló, ante los ojos de muchos musulmanes, como una traidora, ya que publicó duras críticas al Islam en varios artículos de prensa, así como en libros y conferencias. Además, ha mostrado públicamente sus inclinaciones lésbicas.

Con motivo de la publicación de su libro Mis dilemas con el Islam, he mantenido una entrevista con Irshad Manji.

AYAAN HIRSI ALI: Me llama la atención que en tu libro hables de tus correligionarios musulmanes... ¿te sigues considerando una musulmana?

IRSHAD MANJI: Sí, soy musulmana. Quiero serlo, porque estoy convencida de que el Islam se puede reformar. Créeme, cuando fui expulsada de la escuela aprendí más del Islam por mi cuenta que todos los musulmanes entre las cuatro paredes de la escuela. Si más musulmanes hicieran lo mismo, reflexionar por su cuenta, nuestra religión tendría otra perspectiva. He constatado que muchos jóvenes musulmanes lo desean también. Cuando he tenido ocasión de exponer mis argumentos en una universidad, al terminar muchos estudiantes se acercan a mí y me dicen: «Ayúdenos. Necesitamos oxígeno en esta religión asfixiante». Por ello he escrito este libro.

AHA: Pero ¿te sientes musulmana porque forma parte de tu identidad o porque simplemente has crecido en ese sistema?

IM: No, no se trata de una cuestión de identidad. Se trata de derechos humanos. No puedo callar ante la humillación de la que son objeto las mujeres en nombre del Islam. También les digo a mis correligionarios: no seáis tan egoístas. Levantaos y hablad. Las mujeres que quieren llevar velo y *niqaabs* aducen siempre que eso es asunto de ellas. Pero, entonces, mi respuesta es: que puedas elegir el vestido que te pones está muy bien para ti. Pero piensa en tus hermanas que suspiran bajo un régimen estricto, obligadas a llevar velo, y donde son sometidas y maltratadas si no lo hacen. Lucha por ellas. El propio Mahoma dijo: « La religión es cómo debemos comportarnos con los demás». En pocas palabras: si desconoces tus responsabilidades, no eres musulmán.

AHA: Pero Mahoma también se casó con una niña de nueve años. ¿Acaso eso no es espantoso?

IM: Por supuesto. No conozco tampoco a Mahoma, nunca lo he conocido personalmente. Así que no puedo afirmar si era profeminista o simplemente un misógino. Pero el Corán recoge una serie de declaraciones de él que son muy progresistas. Entonces les pregunto a los musulmanes: ¿por qué llevas barba y un

¹ La entrevista de Ayaan Hirsi Ali, realizada con la colaboración de Carine Damen, fue publicada en *Algemeen Dagblad*, el 19 de junio de 2004.

atuendo árabe del siglo XVII y sin embargo no sigues las ideas progresistas que Mahoma incluyó en el Corán?

En teoría el Islam es una religión fantástica, tolerante. El problema estriba más bien en que el Islam está sometido al yugo del imperialismo árabe, que es el que dicta que las mujeres deben renunciar a su individualidad por el honor de la familia convirtiéndolas en posesiones colectivas. Una chica violada recibe 180 azotes porque ha mantenido relaciones sexuales antes de contraer matrimonio. Ahí debemos empezar.

AHA: Sin embargo es muy difícil. El Islam surge como bien cultural árabe. Antes del año 610, cuando un hombre concibió ciertas ideas mientras estaba en una cueva, no existía el Islam.

IM: Y por eso es tan difícil reformar el Islam. En la cultura árabe ni siquiera se alienta la reflexión, aun cuando es la única opción que el Islam tiene. Convencer a miles de millones de musulmanes de pensar por sí mismos, no, eso no funciona. Pero sí creo que un grupo crítico puede arrastrar a los otros. No se trata de que un conjunto de *mulás* nos diga qué debemos pensar sino que nosotros, los musulmanes occidentales, porque en ellos he depositado mi esperanza, nos planteemos el reto de descubrir cuán ambiguo y contradictorio es el Corán y lo que ellos mismos piensan al respecto.

AHA: ¿Y cómo llevas a los musulmanes occidentales tan lejos?

IM: Necesitamos políticos que se atrevan a hablar, que no tengan miedo a la controversia o a ser tildados de racistas. Así como el Corán no se puede seguir en sentido literal, la sociedad multicultural tampoco es un dogma. Todavía ocurre que la gente, sea o no musulmana, tiene derecho a ser respetada, si a la vez respeta a los otros. Así es que no se deben utilizar dos criterios distintos cuando se trata de derechos humanos.

AHA: ¿Por qué los occidentales liberales, seculares, tienen tanto miedo de posicionarse contra los abusos del Islam?

IM: Coincido con tu apreciación. Hace mucho tiempo que yo me pregunto lo mismo. ¿Por qué tenéis tanto miedo?, les pregunto a mis amigos occidentales. ¿Por qué no os manifestáis contra las violaciones de los derechos humanos en los países islámicos y sí cuando suceden en Israel?

AHA: En Holanda los musulmanes dicen que son víctimas de la prensa. Esto los lanza a los brazos del terrorismo.

IM: Ningún periodista obliga a nadie a nada. ¿Acaso pertenece tu cabeza a alguien más que a ti mismo? Lo que hagas aquí, en el mundo occidental, responde a tu propia decisión. ¡Sé adulto de una vez! ¡Asume tus responsabilidades! Ese es precisamente el meollo de la cuestión con los musulmanes, que nunca lo han tenido claro. Recuerdo que en las clases de Corán siempre nos leían la cartilla diciendo que el Islam era superior. Es innegable que el Corán, desde un punto de vista histórico, es posterior a la Torá y por ello es la última palabra de Dios. No obstante, ese principio es en sí mismo peligroso porque por esa razón nunca se han criticado

todos los abusos que se cometen en el nombre del Islam. Ningún musulmán, tampoco de nivel educativo medio o alto, puede someter su fe a discusión. Lisa y llanamente porque nunca hemos aprendido a hacernos preguntas sobre el Corán.

AHA: En Holanda los musulmanes se amparan enseguida en el argumento del racismo cuando alguien hace una crítica al Islam.

IM: Eso me parece sumamente hipócrita. El racismo que sufren los árabes en el mundo occidental no es nada comparado con el trato que pueden llegar a recibir los no árabes en el mundo árabe. A los musulmanes no se les pone aquí ninguna traba. Aun al contrario: contra la mutilación genital femenina nadie puede alzar la voz porque «ésta es nuestra cultura». ¿La cultura es razón suficiente para consentir el sufrimiento humano? ¿Por qué no puede actuar la policía cuando un padre amenaza a su hija con matarla si no quiere ser circuncidada? Entonces la consabida respuesta es que también las mujeres occidentales están manipuladas por patrones de belleza dominantes, y eso las empuja a someterse a la cirugía plástica. Pero existe una gran diferencia: no sé de ningún padre que haya desheredado a su hija porque no quiera aumentarse el tamaño de los pechos, pero sí porque se niegue a ser circuncidada o porque no desee casarse. Lo peor es que ese miedo a discriminar a las mujeres musulmanas hace el pozo más hondo. ¿A quién favoreces con tu silencio? Es egoísta no querer ser racista.

AHA: En internet he visto que te llaman «La pesadilla de Bin Laden»...

IM: Soy abiertamente lesbiana. Que esto se considere un pecado no responde más que a un punto de vista que se ha impuesto a los musulmanes. Así pensamos desde hace cientos de años, añaden. ¿Acaso es ése un argumento para rechazar la homosexualidad, que llevéis haciéndolo muchos años? En el Corán se dice que la diversidad en la naturaleza es una bendición. ¿Entonces?

Situaciones extrañas. Discurso en Memoria de las Víctimas de la Segunda Guerra Mundial

A veces me encuentro en situaciones extrañas en las que siento que la vida me arrastra a cualquier lado. En los últimos tiempos ha ocurrido con mayor frecuencia. Así, por ejemplo, me he convertido en una política, y lo que es aún más increíble: de las filas del partido VVD. Quién lo habría pensado. Yo, en todo caso, no.

Hace algunas semanas, mientras estaba almorzando en el Nieuwspoort, un restaurante en los bajos del Congreso de los Diputados frecuentado por periodistas y políticos, se me acercó un hombre agradable y encantador a preguntarme si quería pronunciar algunas palabras sobre la libertad de expresión el 4 de mayo.

El simpático señor se llama Caspar Bakx y es el nuevo gerente del Nieuwspoort. A él le parecía extraño que yo estuviera bajo amenaza en Holanda por hacer uso de mi libertad de expresión. ¿Acaso no es extraño tener siempre guardaespaldas a tu alrededor siendo un representante del pueblo?

Así es, me pareció, y principalmente por ese motivo accedí a su petición.

No fue hasta que estaba inmersa en la preparación del discurso en que me percaté de la fecha: 4 de mayo, día de homenaje a los muertos, el día más significativo y emotivo del año. Un símbolo para el período más espeluznante de la historia moderna de Holanda y de Europa. Sólo en Holanda perdieron la vida 240.000 personas, entre las cuales más de 100.000 eran judíos. ¿Con qué estaba de acuerdo cuando dije que sí? ¿Qué puede una somalí de nacimiento como yo, que apenas lleva diez años residiendo en Holanda, decir en una fecha tan señalada? ¿No podía encontrar el señor Bakx a otra persona que hablara con conocimiento de causa de lo que simboliza el 4 de mayo? Por ejemplo, un superviviente de la resistencia -en la que participaron activamente unas 15.000 personas-, o tal vez familiares de quienes lucharon en ella. Y si de libertad de expresión se trataba, ¿no se requiere algo más que únicamente protección para recorrer el edificio del Parlamento? Durante aquella época aparecieron unos 1.200 periódicos ilegales. Aún debe de vivir gente en Holanda que se jugó la vida para escribir, imprimir y mantener en circulación esos diarios. Sin el lujo de tener guardaespaldas. ¿Por qué no se lo han pedido a ellos, pues?

Hoy es 4 de mayo y me percaté desde mi posición que ustedes, invitados, esperan de mí una lectura llena de significado. ¿Puede una inmigrante decir algo con sentido en relación al 4 o al 5 de mayo? ¿Acaso formo parte de esa memoria colectiva del holandés o del europeo? Por lo demás, ¿por qué debería recordar a estos muertos mientras que en mi país y en mi continente de origen mueren infinidad de personas que nunca son objeto de recordatorio alguno?

Pero, al fin y al cabo, mirado con detenimiento, tal vez no sea tan extraño que se le haya pedido esto a una inmigrante. La guerra terminó hace cincuenta y ocho años, y la mayoría de los holandeses tiene la impresión de que todo ha acabado. Formalmente ha habido una reconciliación con los alemanes. Y las jóvenes generaciones nacidas tras la guerra aún lo ven más lejano en el tiempo. La libertad se ha convertido en una experiencia diaria en Holanda, y también la libertad de expresión. En la Europa actual las palabras pueden surtir todavía un fuerte efecto: nos conmueven, provocan nuestro enfado, nos agravian. Pero eso rara vez desemboca en persecución o amenazas. La libertad de expresión es algo ya natural y obvio. Tal vez demasiado obvio y natural. Precisamente la experiencia de sometimiento y carencia de libertad de muchos inmigrantes debería contribuir a que

este homenaje a las víctimas sea más que un ritual que pierde su significado con el paso del tiempo. La cultura de la palabra libre forma a generaciones de inmigrantes y obliga a muchos a replantearse sus tradiciones e incluso a rechazarlas; pero también utilizan la palabra libre para formular preguntas sobre la memoria colectiva como la que, con el correr de los años, se ha instalado en Holanda. Una memoria en la que difícilmente se abren paso gran cantidad de cuestiones que, en ocasiones, sólo ahora, transcurridos más de cincuenta años desde la guerra, han encontrado un reconocimiento oficial, cuando la reina (en el discurso «Memoria a los cincuenta años» del 5 de mayo de 1995) ha dicho en la Sala de los Caballeros: «Para formarse una imagen justa no se puede ocultar que junto a acciones valerosas hubo también comportamientos pasivos y un apoyo activo a la ocupación».

Y, en efecto, Holanda todavía lucha contra su propio pasado colonial. Más aún, desde la perspectiva del inmigrante, fueron europeos los que fundaron colonias en África y que se aferraron a ellas incluso después de finalizada la Segunda Guerra Mundial. ¿O acaso no fueron holandeses los que después de liberarse del invasor alemán se comportaron de manera implacable en Indonesia? Eso siempre me resultará muy difícil de entender.

La renovada discusión sobre la libertad, la seguridad y sobre todo la libertad de expresión ha estallado con toda su intensidad tras la llegada de inmigrantes. Entre éstos, huérfanos de memoria de la Segunda Guerra Mundial, y los europeos han estallado grandes y pequeños conflictos, y prácticamente cada uno de estos conflictos remite a los autóctonos a algo relacionado con la guerra: declaraciones y programas políticos de partidos de extrema derecha que nos hacen revivir las redadas de Hitler. «Oh, no, nunca más Auschwitz.» La tercera generación de árabes en Europa que se identifica con los llamados Hermanos Árabes de Palestina gritan con convicción en las manifestaciones del Dam de Amsterdam: «Hamás, Hamás, que vuelvan los judíos al gas».

Cada inmigrante está interiormente desgarrado entre la lealtad a su país de origen, a su familia y a su pasado, por un lado, y al país de acogida y de futuro, por otro. Desde mi más tierna infancia no escuché más que cosas terribles contra los judíos. Mi recuerdo más antiguo se remonta a mediados de los años setenta en Arabia Saudí. Algunas veces no salía agua del grifo. Entonces oí decir a mi madre y a nuestra vecina que los judíos actuaban (otra vez) malévolamente. Los judíos odiaban tanto a los musulmanes que eran capaces de cualquier cosa con tal de dejarnos morir de sed. «Judío» es el peor insulto en somalí y en árabe. Más tarde, en la pubertad, desde la segunda mitad de los años ochenta, en Kenia y en Somalia rezábamos para que se produjera el exterminio de los judíos. Imagínenlo: cinco veces al día. Nosotros rogábamos encarecidamente por su exterminio habida cuenta de que jamás habíamos conocido a un solo judío. Con esos antecedentes, y mi lealtad a una variante política, cultural y religiosa del Islam que yo (y otros tantos millones de personas) heredamos del pasado, llegué a este país. Aquí tomé contacto con otra visión de los judíos completamente distinta. Como ser humano, para empezar. Pero más trágico aún me parecía el inconmensurable agravio cometido contra todas aquellas personas tildadas de judías. El Holocausto y todo lo que le precedió en términos de antisemitismo es incomparable con cualquier otro método de limpieza étnica. En ese sentido, la historia de los judíos en Europa es excepcional.

Menos excepcionales son la motivación y la determinación con la que algunas personas cometen un genocidio. Los hutus contra los tutsis en Ruanda y los serbios contra los musulmanes en la antigua Yugoslavia son prueba evidente de la

capacidad de las personas para organizar el odio y gestionarlo. Antes de que eso estalle hay intimidaciones, sometimientos y falta de libertad. A veces gracias a autoridades y otras (cada vez con más frecuencia) debido a una ausencia de ellas. En el proceso de cultivar el odio, organizarlo y comercializarlo suele transcurrir mucho tiempo y también acostumbra a haber una deliberación previa. Los disidentes que advierten estas acciones que derivarán en el exterminio empiezan a incitar a la resistencia contra ellas y tratan de advertir e inspirar a otros para que no se sumen a la aniquilación. Para ello es necesario un entorno en que las instituciones garanticen la palabra libre.

No soy la única que ha emigrado a Holanda, a Europa o a Occidente en busca de la libertad. Son millones. Tras haber vendido todas sus pertenencias, llegan en aviones por mediación de traficantes de seres humanos. Los emigrantes originarios de países en los que la libertad es inexistente llegan en camiones, caminando días y días, o en frágiles pateras. Miles de personas han muerto en su carrera hacia Europa.

Lo que ha conseguido Europa en los últimos cincuenta y ocho años, gracias al recuerdo de los muertos y la celebración de la libertad, es la idea de que la libertad, y con ella la paz, requiere un esfuerzo permanente, exige un cuidado. La experiencia de la propia identidad y el reconocimiento del pluralismo son posibles realmente cuando los derechos de cada individuo están garantizados. La noción de convivencia no es otra cosa que saber manejar el conflicto. Y para ello hacen falta las palabras. Y la palabra, la palabra libre, constituye la llave para acceder a una convivencia estable.

Es aquí, en Europa, donde inmigrantes como yo conocen la palabra sin por ello temer a sufrir graves sanciones: expulsión, prisión, quema de libros, prohibición de lecturas o decapitaciones. Cada día sigo leyendo, a veces no sin dolor, el efecto de las palabras, porque lastiman, ofenden, malentienden llamamientos; pero también aclaran, clarifican e iluminan. A los inmigrantes de países donde no existe la libertad de expresión les será difícil acostumbrarse a las libertades. Difícil, pero necesario.

Necesitamos palabras para entendernos en el presente. Necesitamos palabras para asumir nuestro pasado. Palabras para interpretar las chocantes lealtades que la experiencia de la inmigración trae consigo, este sentimiento de estar desgarrado entre dos mundos. Palabras para describir la conciencia de nuestras culturas y religiones que al mismo tiempo son la causa de que hayamos dejado nuestro hogar.

En calidad de inmigrante en Europa estoy en condiciones de comparar el modo de vida en mi país de origen con el del país de acogida. Necesito palabras para compartir mis observaciones con quienes han corrido la misma suerte que yo. Decirles: quizá las normas y los valores de nuestros padres, su religión, no son tan fantásticos como nos creíamos.

Y aún añadido: en los últimos tiempos vivo periódicamente situaciones extrañas y tengo la impresión de que la vida me arrastra a cualquier parte. Pero sé dónde ha comenzado la vida: en el hospital Digfeer, en Mogadiscio, actualmente muy deteriorado por la violencia de la guerra. Y siempre me hago la misma pregunta: ¿a cuántos de los niños que nacieron allí en el mismo momento que yo les habrá ido bien?

La jaula de las vírgenes¹

En muchos sentidos, la cultura árabe -que, a través del Islam también se extendió a sociedades no árabes- va muy por detrás de Occidente. Hay visos de mejora, pero no exento de dificultades. Los informes *Arab Human Development* de Naciones Unidas, redactados por científicos árabes, dan un paso en la dirección correcta. Publicados en 2002 y 2003, sus autores pusieron el dedo en la llaga, pues llegaron a la conclusión de que en el mundo árabe existía una grave carencia de libertad (individual), conocimiento y derechos de las mujeres. La riqueza aún presente está basada exclusivamente en el petróleo que las empresas occidentales extraen del subsuelo, el crecimiento económico es el más bajo del mundo (con la excepción de Sudáfrica) y el analfabetismo está extendido y es persistente. En el mundo árabe apenas se traducen y publican 300 libros extranjeros por año (sólo en Holanda se editan anualmente 5.000)². También la situación de los derechos humanos deja mucho que desear. Las autoridades árabes cometen actos de violencia contra su propio pueblo y los diferentes grupos cometen actos de violencia entre ellos. Se somete a los ciudadanos y, en mi opinión, la situación de las mujeres no es en ninguna parte tan mala como en el mundo islámico. En los informes de la Organización de las Naciones Unidas se constata que las mujeres están prácticamente marginadas de la vida pública y política, y que la legislación respecto al matrimonio, divorcio, derecho de herencia y adulterio sigue perjudicando a la mujer de manera extrema.

La situación en el mundo islámico se refleja a pequeña escala en la posición de los inmigrantes musulmanes dentro de Europa occidental (también en Holanda)³. Los musulmanes que emigraron a Europa occidental han traído sus propias convicciones. Es llamativo que los hombres musulmanes occidentales están sobrerrepresentados en las prisiones y las mujeres musulmanas en centros de acogida para mujeres maltratadas y de asistencia a las víctimas. Una gran parte del colectivo musulmán tiene graves deficiencias en educación y problemas en el mercado laboral, en el sentido de que hace poco o mal uso de las disposiciones educativas que ofrece Occidente y de las oportunidades en el mercado laboral. En definitiva, no aprovecha suficientemente las libertades en Europa, que tan escasas son en sus países de origen.

Entonces, ¿qué es lo que apoya el progreso de los musulmanes? ¿Por qué no pueden cerrar ese abismo con Occidente y por qué no pueden limitarse simplemente a participar en la sociedad occidental?

Ese atraso de los musulmanes se explica, según los expertos, a partir de diferentes factores, como por ejemplo el imperialismo occidental y las circunstancias climáticas desfavorables. Además, el atraso también cabe hallarlo en el hecho de que muchas naciones-Estado islámicas fueron establecidas de manera súbita y

¹ Las tres carencias que se mencionan en el Informe «Desarrollo Humano Árabe» -falta de libertad, falta de conocimiento y falta de derechos de las mujeres- también se detectan en los países no árabes que han abrazado el Islam y que usan las prescripciones coránicas y del *hadith* (cómo debe manejarse una sociedad) a modo de hilo conductor político y económico. En países como Pakistán, Irán y en menor medida grandes regiones de Indonesia, Malasia, Nigeria y Tanzania, se ve que tras la introducción del Islam tiene lugar un visible retraso en lo tocante a la libertad individual, en el alcance del conocimiento (científico) y en los derechos de las mujeres.

² Informe estadístico 1997 de la Fundación Speurwerk.

³ Por musulmanes entiendo aquí personas que se someten a la voluntad de Alá y que encuentran tal voluntad en el Corán y en el *hadith*, una recopilación de declaraciones atribuibles al profeta Mahoma

artificial, degenerando en regímenes dictatoriales, cuyos líderes, en muchos casos, han recibido la ayuda de Estados occidentales cuando el régimen peligraba o de Estados Unidos para mantenerlo.

La hipótesis de que los factores antes mencionados sean la causa del atraso a nivel mundial de los musulmanes ha sido rebatida convincentemente por el historiador Bernard Lewis, que incide más bien en el sentimiento de ofensa que muestran los musulmanes respecto a los occidentales. Durante centurias los musulmanes consideraron que los occidentales eran tontos y atrasados. Pero desde el siglo XII el Occidente judeo-cristiano no sólo ha adelantado a la civilización islámica, sino que incluso la ha superado.

Islamistas como Sayyid Kutb y Hassan al Banna, los fundadores del Islam radical, ofrecen una explicación desde el interior del propio Islam. En su opinión la *umma*, la comunidad de los creyentes, prospera sólo si se atiene literalmente al Corán y al *hadith*, las tradiciones del profeta Mahoma. Piensan que los musulmanes han abandonado el camino correcto trazado por el Profeta, y de este modo han llevado la desgracia sobre sí mismos. Este planteamiento ha sido comprobado empíricamente por sus secuaces en diferentes países, estableciendo regímenes fundamentalistas cuya única pretensión es hacer cumplir al pie de la letra la tradición islámica. Visto que esos regímenes están a punto de caer en Irán y en Arabia Saudí, y que el de Afganistán de los talibanes, apoyado por Bin Laden, ya ha sido definitivamente derrotado, la teoría islámica, por ende, debería ser ya refutada. La política que el Islam sigue al pie de la letra ha fracasado estrepitosamente. Y el Islam no dispone de un modelo político fidedigno y factible. Pero debo dar la razón a los Islamistas en su planteamiento de que la inmensa mayoría de los musulmanes no logra vivir como creyentes puritanos que siguen escrupulosamente los preceptos y prohibiciones de Alá.

Los problemas -agresión, estancamiento económico y científico, sometimiento, epidemias y malestar social- a los que debe hacer frente la mayor parte de los cerca de 1.200 millones de musulmanes en todo el mundo, extendidos en los cinco continentes, no se pueden explicar con uno o dos factores. El que busque una explicación precisa hallará una combinación de factores que varían en él tiempo y que a veces remiten a un carácter regional. En mi opinión existe un elemento en la bibliografía correspondiente a estos esquemas de explicación al que no se le ha dado la atención que merece: la moral sexual del Islam⁴. Una moral que es propia de una sociedad tribal premoderna, pero que está sacralizada en el Corán y que después fue elaborada en las tradiciones del Profeta. Para muchos musulmanes esta moral llega a ser la expresión de la obsesión por la virginidad, a la que se otorga tanto valor que al final uno termina por no ver las catástrofes humanas y sociales que esa obsesión conlleva⁵.

«Una chica que ha perdido la virginidad es como un objeto usado», acostumbra a oír una muchacha musulmana. Un objeto que sólo puedes usar una vez, se entiende, y que después pierde por completo su valor. Una mujer cuyo himen no está intacto no encontrará marido y está condenada a vivir confinada para siempre en el hogar paterno. Puesto que la desfloración ha tenido lugar fuera del matrimonio habrá deshonorado a su familia posiblemente hasta el décimo grado de parentesco. Y encima otras familias harán correr habladurías sobre ello del tipo «tal o cual familia es conocida por sus mujeres ligeras de cascos que se entregan al

⁴ Originariamente una moral tribal, elevada en el Islam a la categoría de dogma.

⁵ La obsesión del dominio de la sexualidad de la mujer no es exclusiva del Islam. También aparece en otras religiones como la cristiana, la judaica o la hindú.

primero que se les ponga delante». La chica recibirá un castigo por parte de la familia, desde una riña hasta la expulsión o el encierro, o incluso un matrimonio forzado con el hombre que la desvirgó o con cualquier extraño generosamente dispuesto a borrar la «vergüenza» de la familia⁶. Estos «hombres generosos» a menudo son pobres, deficientes mentales, viejos, impotentes o todo ello al mismo tiempo. En el peor de los casos se dará muerte a la joven. Naciones Unidas informa de que cada año 5.000 chicas son asesinadas por este motivo en países islámicos, entre ellos la liberal Jordania⁷.

Para evitar este destino aciago las familias de las muchachas hacen todo lo posible para que éstas lleguen sin mácula al matrimonio. El método varía según el país, las circunstancias específicas en las que viven o los medios de los que disponen. Pero en todas partes existen códigos de conducta exclusivos para que ellas, las poseedoras del himen, sepan salvaguardar su virginidad... pero nunca dedicados a los hombres que pueden romperlo.

En lo que respecta a su sexualidad, los varones en la cultura islámica pasan por ser bestias irresponsables y atroces que por el solo hecho de ver a una mujer pierden toda capacidad de autocontrol. Esto me lleva a un recuerdo de mi primera infancia. Mi abuela tenía un macho cabrío. Nosotros jugábamos delante de casa, y justo antes de que anocheciera todas las cabras volvían en una larga fila hacia su redil. Era un panorama encantador. Pero tan pronto como el macho cabrío de mi abuela vio a las cabras, corrió al trote y montó a la primera que agarró, un hecho que, por lo demás, era bastante común a nuestros ojos infantiles. «¿Qué es lo que está haciendo el macho cabrío?», le preguntamos a la abuela. Su respuesta fue que ella no tenía nada que ver con ese asunto; si los vecinos no querían que sus cabras fueran montadas debían buscar otro camino para volver a casa.

En el Islam el hombre está representado por el macho cabrío. Cuando ve a una mujer desprotegida, salta sobre ella de inmediato. No es una hipótesis. Un musulmán no tiene ninguna razón para aprender a controlarse. Y no lo hace. Tampoco se le enseña, los hombres no reciben ningún tipo de educación sexual. Y si en ocasiones una se topa con un hombre educado en estos términos, es por pura suerte y casualidad. La moral sexual se dirige exclusivamente a las mujeres.

Desde una edad muy temprana las niñas viven en un entorno de celos y desconfianza. En la infancia se les inculca su condición de seres bajo sospecha y susceptibles de suponer un peligro para el clan. Algo en ellas enloquece a los hombres. El año pasado conocí en una escuela islámica a Ahmed, un padre de familia que afirmaba que en otros tiempos había sido musulmán no practicante: bebía, tenía relaciones fuera del matrimonio y apenas practicaba la doctrina del Islam. Pero según sus palabras, hacía pocos años que se había convertido, leía el Corán y quería educar a su hija conforme los preceptos islámicos. Le pregunté por qué su hija, una niña de cinco años, debía llevar un pañuelo en la cabeza. «Conozco el Islam -le dije-, un pañuelo tiene utilidad cuando la chica ya ha entrado en la pubertad.» «Sí -respondió él-, pero debe aprender a llevarlo, de modo que se

⁶ El otro día justamente un portavoz del ministerio turco de justicia, el profesor Dogan Soyasian, declaraba que todos los hombres deseaban casarse con una mujer virgen, y que los hombres que lo niegan son hipócritas. Una mujer violada hará lo adecuado casándose con su violador, con el pretexto de que el tiempo cura todas las heridas. En algún momento la mujer llegaría a amar a su violador; podrían incluso llegar a vivir felices juntos. Cuando a la mujer, en cambio, la violan varios hombres las posibilidades de éxito de una boda en esas circunstancias serían menores, porque el marido siempre la vería como una mujer deshonrada.

⁷ Diario *Trouw*, 2 de octubre de 2003.

convierta en algo natural», y a continuación me explicó las reglas del Islam respecto al uso del pañuelo y añadió: «Aquí en Holanda las mujeres van casi desnudas en verano; luego ocurren desgracias». Acto seguido, Ahmed me relató cómo había sido testigo de una de esas desgracias. El verano anterior vio cómo un camión chocaba contra otro camión. «El conductor del camión que ocasionó el choque no miraba de frente sino a las piernas desnudas de una mujer que caminaba junto a él.»

Por esa razón las chicas deben cubrirse, tornarse invisibles, y por eso se sienten permanentemente culpables y avergonzadas, porque es casi imposible vivir con normalidad y ser invisibles de cara a los hombres. Las chicas siempre piensan que están haciendo algo malo. Y no sólo afecta a su libertad de elección respecto a ir o estar donde quieren, sino que su propia libertad interna se ve constreñida. Un día mi tía puso un pedazo de grasa de oveja al sol. Ante tan succulento manjar, acudieron miles de hormigas y las moscas revoloteaban alrededor de él. «Los hombres son como las hormigas y las moscas; a la vista de una mujer no pueden refrenar sus impulsos», dijo mi tía. Yo veía la grasa sometida a la invasión de hormigas y moscas al sol. El rastro que dejaban era asqueroso. Y no sólo en el suelo.

La virginidad de las chicas se protege de diversas maneras. Una de ellas es el arresto domiciliario desde la pubertad. Para salvaguardar la virginidad, millones de mujeres musulmanas están condenadas a permanecer en sus casas, presas de un hastío insoportable, ocupándose de las tareas domésticas. Aunque es altamente improbable, sólo les estará permitido salir de casa en caso de llevar la cabeza tapada, y vestida con un atuendo que la cubra de arriba abajo. Ésa será la señal inequívoca para los hombres de que no está sexualmente disponible⁸.

Una segunda manera de proteger el himen es, en el caso de hombres y mujeres que no estén unidos por un primer grado de parentesco pero que vivan en la misma casa, hacerlos ocupar espacios separados. Una forma grave del arresto domiciliario. En Arabia Saudí, el más importante del Islam en que se encuentran las dos casas sagradas de Alá (La Meca y Medina), esta separación se lleva a extremos increíbles. En los otros países petrolíferos relativamente ricos así como en Irán, Pakistán, Sudán y Yemen, hay un afán parecido.

La forma más extrema de salvaguardar la virginidad es la mutilación de clítoris, junto con la extirpación de los labios mayores y menores, y por último un raspado de las paredes vaginales con un objeto punzante: un trozo de vidrio, una cuchilla de afeitar o un cuchillo de cocina. A continuación se atan juntas las dos piernas, de modo que las paredes vaginales se toquen. Esta práctica se lleva a cabo en más de treinta países, entre ellos Egipto, Somalia y Sudán. Si bien es cierto que no aparece prescrito en el Corán, para aquellos musulmanes que quieren evitar que la joven trabaje fuera de la casa esta práctica de origen tribal se ha convertido casi en una obligación religiosa; y como tal es defendida. Los partidarios argumentan que la ablación genital ya existía en los tiempos de Mahoma, incluso antes, y que el

⁸ «Quédate en casa y no muestres tu belleza», Corán, capítulo 33, versículo 34. «Y diles a las mujeres creyentes que mantengan baja la mirada y que dominen sus pasiones, y que no muestren su belleza ni la hagan visible, y que lleven un pañuelo que les cubra hasta el regazo, y que no muestren su belleza excepto a su marido, o a su padre, o al padre del marido, o a sus hijos varones, o a los hijos varones de su marido, o a sus hermanos, o a los hijos varones de sus hermanos, o a los hijos varones de sus hermanas o sus mujeres, o a sus esclavas, o a los sirvientes varones hacia los que no existe deseo sexual, o a los niños pequeños, que nada saben de la desnudez femenina». Y el capítulo 33, versículo 60: «¡Oh, profeta! Di a tus mujeres y a tus hijas y a las mujeres de los creyentes que oculten su rostro con un pañuelo. Es lo mejor, así no se diferenciarán las unas de las otras y no se las podrá molestar».

Profeta no había sido vehemente en la prohibición. La llamada infibulación (literalmente «cerrado con agujas») o sutura ofrece una garantía extra a los guardianes ojos de madres, tías, abuelas y otras vigilantes femeninas.

La desconfianza hacia las mujeres alcanza su cota máxima en la noche de bodas. Ahí tendrá lugar el test definitivo: ¿es o no es virgen la novia musulmana? El *apartheid* sexual que destierra a las mujeres de la vida pública implica que ningún hombre musulmán pueda conocer a una mujer de la cual podría enamorarse. El varón ha delegado la elección de su pareja a la familia, porque sólo ésta sabe dónde puede hallar una verdadera virgen. Los miembros de la pareja recién constituida no se conocen; pero aun así, deben tener trato carnal la noche de bodas. Incluso si la muchacha se niega, por miedo o aversión, debe hacerlo de todas formas. Y su marido tal vez tampoco quiera, pero debe demostrar que es un hombre, que puede hacerlo. Afuera están los invitados esperando ver las sábanas manchadas de sangre. Esta relación forzada es, de hecho, una violación consentida y junto con ella se revela un severo desprecio a la dignidad individual.

Un matrimonio no es nunca simple, pero el matrimonio musulmán se inicia con un signo de desconfianza, seguido de una acción de violencia. Y es en ese contexto de desconfianza y violencia al que se incorporará la siguiente generación de niños y en el que crecerán.

Muchas jóvenes musulmanas que viven en países occidentales han ideado todo tipo de argucias para disfrutar de las relaciones sexuales antes de contraer matrimonio, aun teniendo en cuenta la obsesión de su familia por el himen. Por ejemplo, introducen algún objeto en su sexo con el fin de provocar el sangrado en la noche de bodas. Y para aquellas chicas de determinadas familias que ejercían controles rigurosos, en Occidente existe -también en Holanda- la posibilidad de restaurar la virginidad, una práctica hasta hace poco cubierta por la Seguridad Social: si perteneces a una cultura en la que se practica la ablación y has tenido relaciones sexuales antes de tu boda, entonces te haces suturar de nuevo a demanda del hombre; si eres una mujer somalí en Europa, te renuevas las suturas vaginales con el ginecólogo sudanés que ejerce en Italia; si eres sudanesa, entonces acudes al médico somalí en Italia. Las direcciones son conocidas.

Pero la boda no mitiga la desconfianza hacia la mujer. Tan pronto como la novia esté desvirgada, el miedo del cónyuge alcanza proporciones aún mayores si cabe, y sus posibilidades de controlar si la recién casada ha estado en la cama con otro hombre se acaban de esfumar. La única manera de evitar que ella lo engañe es prohibirle cualquier acceso al mundo exterior: necesitará su autorización o su compañía para dar cualquier paso tras los muros del hogar. Alá le confió esa atribución⁹.

Una buena esposa obedece al marido y es complaciente¹⁰. Siguiendo el ejemplo del reputado y gran califa Umar Al Khattab (quien para los suníes tiene un

⁹ ¿Por quién tocan a muerte las campanas de los árabes?, así cita, con detalle, Marcel Kupershoek al imam Al-Ghazzali, del siglo XI, un extraño ejemplo de la sabiduría en el contexto de la ortodoxia. En sus escritos se lee: «La mujer bien educada... no sale de su casa excepto con consentimiento expreso, y además lleva vestimenta vieja y poco atractiva». También dice: «Antepone los derechos del marido a los suyos propios y a los de su familia. Es esmerada y está siempre preparada para procurarle goce sexualmente».

¹⁰ Corán, capítulo 4, versículo 35: «Los hombres son tutores de las mujeres porque Alá dispuso que los unos sobresaliesen sobre las otras y porque a ellos les pertenecen las riquezas. Las mujeres virtuosas son las que son obedientes y se mantienen discretas, que es lo que Alá espera de ellas. Y aquellas que no guarden obediencia serán amonestadas, y permanecerán solas en su lecho, y recibirán castigo».

estatus similar al del propio Mahoma), una mujer recibirá trescientos latigazos si cuatro creyentes testifican que miente. Por fortuna, los golpes se reparten a lo largo de tres días de modo que las heridas queden localizadas.

Pero las mujeres musulmanas también son seres humanos, e idean alternativas. Tal como estipula el Corán, los hombres musulmanes no deben mantener relaciones sexuales con una mujer que tenga el período, y eso les provee a ellas de una excelente protección. Así, cuando una mujer musulmana no tiene ganas de sexo ni quiere quedarse embarazada por enésima vez, le dice a su marido que tiene la regla y alarga el período menstrual. Ésta es una excusa socorrida entre las mujeres musulmanas, algo así como el dolor de cabeza para las mujeres occidentales. También usa anticonceptivos, si están accesibles y sin que su marido lo sepa. Incluso hay mujeres que optan por el aborto sin conocimiento de su marido. Esto significa que se miente hasta sobre lo más íntimo, en aras de una estrategia de supervivencia que llega a convertirse en una actitud ante la vida. Si un hombre descubre que su mujer miente, reforzará la idea de que ella es maligna, algo que él siempre ha pensado.

Los hijos son testigos cada día de que su madre miente. Si bien ellos pueden dar fe de que salió de casa sola, con su testimonio enfurecerían a la suegra y al marido. Entonces, éste es un terreno abonado para la mentira y la negación. Nada se puede admitir, porque conllevaría la pérdida de la familia y un más que probable ejercicio de la violencia. En muchas familias los niños no reciben ningún dinero para sus gastos. En caso de que un chico cogiera algo de dinero del fondo para gastos domésticos y la familia llegara a enterarse, lo humillarán y lo sacarán de la escuela; así que si alguien le pregunta al respecto lo negará, porque si lo hace, su padre también lo podrá negar de cara al mundo exterior. Los niños aprenden de sus madres que si no quieren ser castigados deben inventar excusas. Mentir recompensa.

La jaula de las vírgenes no sólo tiene consecuencias para las mujeres, sino también para los propios hombres y los niños. La jaula de la virginidad es realmente una doble jaula: en la jaula interna están encerradas las mujeres y las niñas, pero alrededor de esa jaula femenina hay una aún mayor en la que está encerrada toda la cultura islámica. El enjaulamiento de las mujeres para vigilar su virginidad no sólo comporta frustración y violencia a los individuos implicados, sino también un atraso socioeconómico para toda la sociedad. Tiene una influencia nefasta sobre los hijos educados por sus madres, sobre todo para los pequeños varones.

Al marginar a las mujeres de la educación en el mundo islámico se las mantiene idiotizadas. No hay que olvidar que esas mujeres no sólo paren niños, sino que además se ocupan de su educación. Así, su limitado conocimiento se transferirá a éstos y, por extensión, también a los hombres, lo que origina un círculo vicioso de ignorancia, de generación en generación.

La mayoría de madres musulmanas de la primera generación en Occidente a menudo sólo ha recibido una educación básica, o es analfabeta y no sabe nada de la sociedad en la que ha tenido que asentar su futuro. Con una dosis de suerte, a una edad tardía los niños tendrán la oportunidad de acceder a la educación, pero en tanto perviva el hilo conductor sociocultural y de la moral sexual el progreso socioeconómico será difícil, cuando no imposible.

Para muchos musulmanes la moral sexual en el Islam tiene aún ulteriores consecuencias. Con frecuencia algunas mujeres no pueden exteriorizar el odio que sienten hacia sus maridos, así que lo vierten sobre los niños. Si bien esto no se

aplica en todos los casos, el comportamiento entre padres e hijos casi nunca suele ser el habitual de una sociedad individualizada como es Holanda¹¹.

Existe una descompensación enorme entre las inhumanas y estrictas exigencias del Islam a sus creyentes y lo que ellos, en tanto que seres humanos, pueden cumplir.

En el Corán se recogen valores como la confianza, la verdad y el conocimiento. Ya hemos descrito una parte de cómo se presentan, en la vida diaria, la confianza y la verdad. Se trata de una situación miserable. La desconfianza domina a sus anchas y la mentira es la reina.

Para poder relativizar de alguna manera la estricta moral sexual que prescribe el Islam es necesario investigar y analizar las consecuencias de dicha moral en la práctica. Las relaciones entre sexos hay que describirlas y explicarlas de manera crítica y objetiva. Basándose en los resultados obtenidos han de hacerse propuestas para cambiar el modo de relacionarse entre hombres y mujeres.

Del informe Arab Human Development parece desprenderse que el alza sistemática de conocimiento no es el valor más desarrollado en los países árabe-islámicos. Según el Corán los creyentes deben esforzarse continuamente por el conocimiento, pero también dice que Alá todo lo sabe y que la fuente de conocimiento es el propio Corán. Cumplir las dos exigencias simultáneamente es imposible. Así, para los niños musulmanes, la historia o la biología pueden resultarles confusas. Después de todo, la historia empieza incluso antes del propio Corán, y la teoría de la evolución contradice la historia de la creación recogida en el Corán. Para enfrentarse a la contradicción que puede suscitar ese contrasentido, la mayoría de exégetas dice a los musulmanes que el Corán, cuando alude a la «búsqueda de conocimiento», se refiere a la necesidad de seguir leyendo el sagrado texto hasta que de manera espontánea -a través de sucesivas lecturas- se abran las puertas del conocimiento.

Los valores del Corán son en verdad inalcanzables para los humanos. Cuando un chico o una chica quiere guiarse por la obligación de permanecer virgen hasta el matrimonio, las hormonas de uno u otra les llevarán a inclinaciones o pensamientos que entrarán en conflicto con tal exigencia y que por lo tanto serán pecaminosos. La duda surgirá tan pronto como uno se percate de que las rigurosas prescripciones del Corán son imposibles de llevar a la práctica. Y dudar no está permitido; no se puede dudar ni del Corán ni de la *sunna* (una recopilación de vivencias de la vida de Mahoma), porque la vida de Mahoma es sobre todo ejemplar. La duda se castigará de inmediato, y si no lo hace el entorno social, lo hará el propio Alá. No obstante, sin la duda, sin una posición intelectual, no se puede adquirir conocimiento. Así quedan atascados los seguidores del Islam que se toman en serio su fe.

Este callejón sin salida interior conduce a hombres y mujeres a la confusión. Una sociedad que vive conforme a los preceptos de Mahoma y el Corán se convierte de inmediato en una sociedad patológica. Pero muchos musulmanes buscan la culpa de sus miserias no dentro de su propia sociedad, no en la moral

¹¹ La violencia contra las mujeres ocurre asimismo en el seno de las familias occidentales, pero los occidentales rechazan la violencia, mientras que en la mayoría de las familias musulmanas se percibe este tipo de violencia como algo que las mujeres se buscan por no atenerse a las normas. La familia y el entorno social no la desapruera. Razonan: si un hombre te golpea, algo debes haber hecho. Los convecinos occidentales, la familia y los amigos no creen que el maltrato a las mujeres sea un método educativo aceptable.

sexual que su religión impone, sino siempre fuera de todo ello; así lo quieren Alá, el demonio o las circunstancias.

Sus reproches a los judíos, los estadounidenses y el colonialismo como causantes de sus miserias son esquemas de negación conocidos. Y los musulmanes no quieren reconocer que la aspiración a una vida basada en su propio libro sagrado es la causa principal de sus miserias. Y si pese a todo ello algunos musulmanes han conseguido estar bien no es por otra razón que porque han hallado otro camino. «No pienso preguntar a mi mujer si es virgen. No es asunto mío. Lo dejo en manos de Alá», dicen, y siguen con sus vidas.

La única esperanza verdadera para los musulmanes reside en que practiquen la autocrítica y que pongan a prueba los valores morales recogidos en el Corán. Así podrán romper la jaula en la que están encerradas sus mujeres, y por añadidura, ellos mismos. Los quince millones de musulmanes que viven en el mundo occidental gozan de condiciones favorables para que esa esperanza se haga realidad.

En primer lugar, porque en los países occidentales hay derechos civiles y libertades, y no menos importante es la libertad de opinión. Un musulmán que mira al trasluz los fundamentos de su fe no debe temer al castigo de ser encarcelado o, como ocurre en los países árabe-islámicos, ser condenado a muerte por el propio Estado.

«Ni Putes Ni Soumises», el grupo de mujeres musulmanas en Francia -cuya precursora es Samira Bellil, víctima ella misma de una violación en grupo- que se ha alzado contra las violaciones en grupo cometidas por sus correligionarios, hace uso de la libertad de expresión. Una demostración tal es prácticamente imposible en cualquier país islámico.

Otro ejemplo es el panfleto *Weg met de sluier!* [Fuera el velo] de la iraní Chahdortt Djavann. Una publicación así no podría aparecer en Irán, donde el uso del velo es obligatorio.

Algunos escritores y pensadores con antecedentes islámicos hacen uso de ese espacio que les brinda Occidente. Ejemplos de ello en Holanda son el novelista Hafid Bouazza y el filósofo Afshin Ellian. Quizás algún día su obra se traduzca al árabe y al persa, pero por ahora su difusión está prohibida en la mayoría de los países islámicos. Quien ha puesto más consistentemente el dedo en la llaga es el filósofo de origen paquistaní Ibn-Warraaq, autor de *Why I am not a Muslim*. El hecho de que un hombre valeroso escriba bajo pseudónimo demuestra que incluso en Occidente no se siente seguro.

En segundo lugar, los musulmanes que viven en Occidente tienen un acceso más fácil a la información. Pueden recabar conocimiento en bibliotecas, universidades y, también, a través de otras personas, gracias a las cuales es posible que los musulmanes arrojen una mirada crítica sobre su propia religión. Además, en Occidente existe una larga tradición de crítica hacia las religiones.

Y la última razón por la que los musulmanes se vuelven más críticos en el mundo occidental es que algunos estados occidentales, con Estados Unidos a la cabeza, lideran una guerra contra el terrorismo islámico. Paradójicamente, los atentados del 11 de septiembre han supuesto una enorme fascinación, no pretendida, hacia el Islam. Esa fascinación -que en parte deriva del instinto de conservación occidental- otorga a los musulmanes que viven en el Occidente la oportunidad de liberarse de su jaula.

A pesar de las circunstancias desfavorables, lamentablemente los musulmanes occidentales están más influidos por el pensamiento islámico

conservador que por las ideas de los pensadores liberales, como la socióloga Fátima Mernissi.

Soy consciente de que de los quince millones de musulmanes no todos tendrán una actitud crítica hacia el Profeta, y que algunos incluso se servirán de la amenaza y la intimidación o decidirán tomar la justicia por su mano y asesinar al adversario. Más aún: muchas mujeres deberán resistirse vehementemente contra todo cambio, por ejemplo usando el pañuelo de manera ostentosa. Pensemos, si no, en aquellas mujeres que afirman que no llevaban ningún pañuelo en la cabeza en Turquía, pero sí tras su llegada a Holanda. La permanente confrontación con tales testimonios a buen seguro sumirá a los musulmanes europeos progresistas en el desaliento.

En Occidente se pueden distinguir tres clases de musulmanes. En primer lugar, una minoría silenciosa que quizá ya no vive según los preceptos del Islam y que comprende que el futuro está en el individuo. En silencio, estas personas toman distancia del Islam. Trabajan y, si pueden permitírselo, fijan su residencia en barrios mejores, envían a sus hijos a la universidad y no intervienen en el intenso debate que tiene lugar en Occidente sobre el Islam.

Un segundo grupo se siente vejado por las críticas vertidas desde el exterior hacia su religión. A lo largo de generaciones, esos musulmanes han aprendido que la culpa de sus problemas hay que hallarla lejos de ellos, del Corán y del profeta Mahoma.

Por último, tenemos a los musulmanes progresistas, un grupo integrado por individuos que dicen: «Ahondemos en nosotros mismos e intentemos ver lo que está mal». Ellos sí podrían romper la jaula poco a poco y de esa manera procurar que cada vez más personas pudieran huir de ella. Pero mi esperanza y mi sueño de que todo esto se dé en Occidente se frustra debido a las vehementes reacciones negativas de ciertos occidentales seculares. Los únicos musulmanes ilustrados se ven obstaculizados por relativistas culturales occidentales que con sus supuestas proclamas antirracistas dicen: «Si te muestras crítico hacia el Islam, ofendes a esa gente, y en consecuencia eres un racista, un Islamófobo o un fundamentalista de la Ilustración». Y aun añaden: «Forma parte de su cultura y no se la puedes arrebatarse». Y así se va manteniendo la jaula por más tiempo. Existe un pacto con el diablo entre los occidentales que viven de la defensa de los intereses, la asistencia social y la ayuda al desarrollo y los musulmanes que tienen interés en conservar la jaula. Un interés egoísta a corto plazo.

Hace cinco años yo pertenecía todavía a la segunda categoría. «Ahora vivimos en un país libre -pensaba-. Si como mujer eres golpeada y lo toleras, entonces eres responsable de tu propia desgracia. Si yo fuera tú, habría huido. No voy a hacer reconstruir mi himen. Si yo fuera tú sería la dueña, aquí y ahora, de mi propia vida.» Ahora pienso de manera distinta. Ahora veo la importancia de la educación, porque en ella no sólo empieza la vida, sino que a partir de ella, en el mundo islámico, se erige la jaula. Muchas chicas musulmanas reciben una educación según el Corán y el ejemplo del Profeta para llevar una vida sumisa y de sometimiento, y para ellas es muy difícil liberarse cuando llegan a la edad adulta. Sí, a todo musulmán se le requiere el sometimiento a la voluntad de Alá, pero la verdad es muy otra: son realmente la mujer y la niña las que se deben someter. Ahora percibo que la educación puede tener una influencia tan grande sobre las mujeres hasta el punto de que jamás puedan salir de la jaula. Hicieron suya la opresión y concluyeron que ésta, vista desde fuera, no era más opresión sino sentimiento de

culpa. Las mujeres que dominan estrategias de supervivencia deben estar orgullosas de ello.

Las mujeres del movimiento turco Milli Görüs, a las que he visitado, eran muy asertivas, bulliciosas, casi agresivas. Furiosas, defendían su propio sometimiento: «Quiero llevar pañuelo, quiero obedecer a mi marido». También he conocido mujeres marroquíes que decían: «Quiero llevar pañuelo porque Alá, el Altísimo, así lo pide». «Vaya -comenté entonces-, si quieres hacer todo lo que Alá el Altísimo dice entonces te quedas en la jaula.» Esta actitud guarda ciertas similitudes con el llamado Síndrome de Estocolmo, en el que los secuestrados se identifican con sus secuestradores y establecen con ellos un contacto profundo e íntimo. Pero es un contacto enrarecido. Como los esclavos que no sólo se han convertido en esclavos de hecho sino en esclavos psíquicos y que prefieren la seguridad de su estatus de esclavo a una libertad incierta.

Entretanto, son muchos los que esperan que se produzca una Ilustración en el seno del Islam. Pero la Ilustración no viene por sí misma. Debe cambiar la forma en que los musulmanes piensan el Islam; deben aprender a pensar de manera diferente sobre cómo manejar su religión, sobre la vida, sobre la filosofía y sobre su moral sexual. Los pocos musulmanes que han luchado por su individualidad son los que acaso sirvan de espejo a la sociedad de la que proceden. Un espejo en el que confrontar su individualidad aún no del todo desarrollada. Un «yo» que cada vez se ve oprimido y constreñido por los dogmas, los preceptos y la asfixiante cultura del rumor que reina en la mayoría de sociedades islámicas. La emancipación no significa liberar a la comunidad de creyentes, ni para protegerse de fuerzas adversas procedentes del exterior -como el colonialismo, el capitalismo, los judíos y los estadounidenses-, sino la liberación del individuo de la propia comunidad de creyentes. Para liberarse uno mismo como individuo, uno debe antes pensar de manera distinta sobre la sexualidad.

¿De qué forma puede la cultura islámica liberarse del retraso en que se halla? Dejando de echarle la culpa de ese atraso a terceros y pensando de modo distinto sobre uno mismo. Hay que describir minuciosamente la moral sexual existente. Luego hay que ver cómo la moral prescrita se maneja en la práctica. ¿Cuánta gente se puede avenir a la norma de que todos han de llegar vírgenes y puros al matrimonio, como Alá pretende? Conocemos perfectamente las reglas que rigen entre cónyuges, prescritas en el Corán y en las tradiciones de Mahoma. Pero ¿cómo se aproximan entre sí hombres y mujeres? ¿Hasta qué punto la violencia familiar y la violencia contra las mujeres son las consecuencias indeseadas de la aspiración de un ideal inalcanzable para conquistar un lugar en la otra vida? ¿Es la superpoblación en los países islámicos una consecuencia directa de la moral sexual existente? ¿Sería eso aplicable también al tabú que silencia las enfermedades de transmisión sexual, sobre todo el sida, en dichos países? ¿Y a las crecientes cifras de abortos en Occidente?

En lugar de invertir sumas considerables de energía y dinero en la creación de una bomba atómica más sofisticada -como hacen en Irán y Pakistán, posiblemente para llegar más rápidamente al cielo-, el mundo islámico pasa revista a su propia moral sexual y a su papel asfixiante en la mirada crítica de la sociedad y aporta algunas propuestas de cambio.

La investigación científica es, pues, urgente, pero no basta. Para conseguir que la gente cambie de conducta son de capital importancia algunos estímulos culturales audaces. Casi todas las obras que los musulmanes escriben sobre el Islam son libros de texto o guías sobre cómo comportarse conforme a los preceptos

del Corán y el *hadith*. Disertaciones teológicas con escasa aportación creativa. Evidentemente se publican también novelas de musulmanes sobre el amor, la política y la criminalidad, pero en ellas se elude escrupulosamente el papel del Islam y del profeta Mahoma. El matiz moral es que uno debe tener siempre como referente los preceptos religiosos, porque de lo contrario todo irá mal. Las telenovelas que actualmente se emiten vía satélite no sólo tienen en común, en gran parte, una pésima interpretación sino que, además, las relaciones entre sus personajes principales siguen una trama fija que concuerda con la moral sexual islámica: si dos jóvenes se unen por amor están condenados a que les vaya mal; si se juntan por acuerdo entre las respectivas familias, entonces todo sale correctamente y la felicidad alcanza su punto culminante en una boda esplendorosa con mucho oro y lágrimas de alegría.

Pero lo que la cultura musulmana necesita son libros, telenovelas, poesía y canciones que muestren qué ocurre en realidad y que sepan burlarse de los preceptos religiosos, como por ejemplo sucede en *Costumbres y usos en el Islam* o *Guía para la educación islámica*. El libro *Un atisbo del infierno* en el que se nos explica lo que nos aguarda en el más allá, podría ser una fantástica parodia adaptada al cine. Tan pronto como aparezca *La vida de Brian*, con Mahoma en el papel principal, bajo la dirección de un Theo van Gogh árabe, habremos dado un gran paso adelante. ¿Y un *Like a prayer* de una Madonna marroquí? ¿Sería factible en el mundo árabe un director de cine como David Potter, que hace una película en la que aparece la marca del lápiz labial de una mujer árabe en el cuello de un general iraní?

La burla es una necesidad amarga, pero debe darse. Quiero a Mahoma como un verdadero personaje, con sus nueve mujeres, en una película como *Ben-Hur*. Los poetas árabes piensan que ellos pueden escribir mejor poesía que Shakespeare. Pero ¿dónde está el Romeo y Julieta islámico?

Los quince millones de musulmanes que viven en Occidente tienen ahora la oportunidad de poner en marcha este cambio. Ello no quiere decir que en Turquía, Marruecos, Indonesia y en otros países no se puedan dar tímidos pasos hacia la modernización. Obviamente, los partidarios de la modernización del Islam deberán hacer frente a una fuerte oposición. Ahí tienen que poner a prueba su ingenio. La oposición vendrá encarnada en los hermanos y hermanas musulmanes que prefieren seguir permaneciendo más centurias en la jaula. He aquí una tarea importante para los occidentales autóctonos. No deben sentirse tentados a proteger a los musulmanes «airados». Tanto desde el mundo musulmán, como desde el occidental, debe alentarse una cultura pujante de crítica entre los musulmanes que se apoye cuanto sea posible. El mundo islámico se halla en una gran crisis que también constituye una amenaza para Occidente, no sólo configurada por el terrorismo, sino también por las corrientes migratorias y el riesgo de que se originen guerras civiles en Oriente Próximo, la gran fuente petrolífera para los occidentales. La amenaza puede desaparecer cuando el mundo musulmán se reforme culturalmente desde dentro, asistido por Occidente. Una reforma del mundo islámico que sería en interés de ambos.

Cuatro historias en la práctica islámica somalí

En 1991 mi padre me casó con un pariente mío que residía en Canadá. Por más que me resistí a sus planes, mi padre siguió adelante con su decisión. Una vez en Alemania, camino de Canadá, vi la posibilidad de huir a Holanda. Aquí aterricé en un Centro de Acogida para solicitantes de asilo, en Zeewolde. Yo era la única que podía explicar su historia de refugiada en inglés. Dos chicas somalíes que vinieron a vivir conmigo en mi bungalow me pidieron que las acompañara al centro de refugiados para explicar su historia; y no sólo allí, pronto fuimos a otros centros. Tenían piojos, de modo que debíamos procurarnos atención médica. Me fui con ellas al servicio de extranjería, a la oficina de Ayuda Legal, a los centros de asistencia social. Entré en contacto con otros solicitantes de asilo somalíes a quienes hice de intérprete sin cobrar. Los asistentes sociales pronto me aconsejaron que me dedicara a ello profesionalmente, pues los intérpretes profesionales ganaban mucho dinero. Al principio mi neerlandés no era demasiado bueno, así que traducía del somalí al inglés. Los asistentes me lo solucionaron: «Empieza con el neerlandés, y si la cosa no funciona, volvemos al inglés».

En 1993 salí del centro de solicitantes de asilo y presenté mi solicitud al Centro de Intérpretes de Holanda. Aunque saqué buena puntuación en los exámenes me dijeron que me llamarían cuando llevase tres años en Holanda. Fue por aquel entonces en que advertí que cada vez eran más los somalíes que venían a Holanda, y me fui al Servicio de Naturalización e Inmigración, donde me inscribieron en una lista de intérpretes a los que llamaban en caso necesario, y desde entonces nunca me faltó el trabajo. He trabajado de intérprete de 1995 a 2001. En decenas de casos se trataba de mujeres y hombres que habían contraído una enfermedad de transmisión sexual (sida, sífilis, gonorrea, clamidia, etc.) y de mujeres que sufrían embarazos no deseados. Entre los recién llegados de países del Tercer Mundo existía un gran tabú respecto a la sexualidad, se producían muchos más casos de embarazos no deseados que en sociedades con mayor libertad sexual, como Holanda.

He aquí cuatro historias recopiladas durante mi experiencia como intérprete.

«No estoy embarazada, soy virgen»

Una chica somalí de diecinueve años acudió al Servicio Médico del Centro de Acogida de Solicitantes de Asilo en 's-Gravendeel aduciendo algunas molestias. El análisis de orina que se le hizo indicó que estaba embarazada. El médico quería hablar con ella y me pidió que le tradujera la conversación por teléfono.

La chica se aterrorizó y prorrumpió en un llanto terrible. Yo la oía llorar al teléfono y me di cuenta de que no le salían las palabras. Estaba totalmente desesperada. Cada vez que lo pienso se me pone la piel de gallina.

Entonces dijo: «No puede ser, soy virgen, no estoy embarazada». Y continuó negándolo. Añadía que podía probar que era virgen. «Tengo una sutura.» Ella no podía haberlo hecho con ningún chico, porque la sutura estaba intacta.

El médico intentaba calmarla y le prometió que volvería a hacerle otro análisis de orina.

Un tiempo después me llamaron por teléfono. La misma historia. El médico explica a la chica somalí que tras analizar de nuevo su orina era irrefutable: estaba embarazada. Él le preguntó si no había tenido ningún tipo de instrucción sexual, a lo

que ella respondió: «¿Para qué necesito información sexual? Me tengo que casar virgen».

Explicó que apenas llevaba un mes en Holanda. Un chico somalí que llevaba un tiempo residiendo en el país y que hablaba neerlandés la había ayudado en todas partes. Siempre la había acompañado a su abogado. Un día la invitó a ella y a dos amigas somalíes a su casa, en Dordrecht. Allí intentó conquistarla. La llevó al dormitorio y las dos amigas se quedaron en la sala de estar. Quería llevársela a la cama y la desvistió. Él prometió no desvirgarla. Le recordó que la había ayudado y que ella ahora debía ser para él.

El médico tuvo que sonsacarle la historia. Ella explicó que el chico no la había penetrado con su pene, sino que sólo se había restregado contra sus partes externas. Eyaculó sobre ella, pero su sutura quedó intacta. Tanto en la experiencia de la chica como en la del chico ella había permanecido virgen.

El médico le explicó cómo podía quedarse embarazada, para lo cual era necesario que un hombre y una mujer tuvieran una relación sexual. Le explicó que algunas mujeres son más fértiles que otras y que en un ciclo hay períodos más fecundos y menos fecundos. Ella tuvo la mala suerte de que aquel día estaba en sus días fértiles, y por ello se quedó embarazada con tan sólo, quizás, una gota de esperma.

De sus reacciones se desprendía que no sabía nada de relaciones sexuales ni de reproducción.

El médico le explicó que tenía varias opciones; podía dar a luz al bebé, optar por un aborto o dar al niño en adopción.

La consternación en la joven era patente. «Sólo llevo un mes aquí -gritó histérica-, no puede ser. Mi familia ha invertido mucho dinero para hacer posible mi viaje a Holanda y ahora les recompensan con esto. Soy una vergüenza para ellos. Esto no puede ser. Me tengo que esconder.»

Cuando el médico le indicó la posibilidad de un aborto -era aún factible-, ella dijo: «No, no, no, me he apartado de la gracia de mi familia, y no quiero quedarme sin la gracia de Alá matando a mi bebé». No quería abortar. Imposible negociarlo. «Voy a arder en las llamas del infierno.»

Según el Islam un embarazo fuera del matrimonio es ciertamente motivo de gran escándalo para la familia, aunque a los ojos de Alá aún es aceptable. Pero el aborto, matar a un bebé inocente, es un pecado mortal para el que no existe perdón posible.

Entonces el médico sugirió dar al niño en adopción. Tras unos minutos de titubeo, rechazó también esa opción. « He cometido un error -dijo ella-, debo asumir la responsabilidad. »

Así pues, el médico añadió que debía acudir a controles periódicos y que podía recibir ayuda psicológica. Cuando él le propuso que el padre de la criatura la acompañase, ella accedió. De ahí dedujimos que a ella el muchacho le gustaba.

Esta chica no sabía nada de nada. Nunca recibió ningún tipo de educación sexual porque, según su cultura, era innecesario. Para el matrimonio el sexo es siempre algo prohibido, ya que se llega virgen al mismo. Disfrutar de información sexual llevaría a la gente a tener pensamientos equivocados.

Este tabú también conlleva que los musulmanes no sepan, efectivamente, lo que es el sida y cómo se puede contraer. Creen que es una enfermedad que afecta a los homosexuales, a los cristianos y a los no creyentes. A los musulmanes o a los somalíes, no. He hecho de intérprete a hombres que llevaban una vida sexual activa y que solían ir a burdeles. Cuando los análisis apuntaban a la posibilidad de que

habían contraído el virus del sida decían: «No puede ser, soy musulmán». Como si el virus lo supiera.

Las chicas somalíes han crecido con el lema: conserva la sutura. La prueba tendrá lugar la noche de bodas. Si para entonces no tienes ya sutura, eres una prostituta. Coser los genitales de las mujeres no es una práctica islámica. El profeta Mahoma, a quien le fue confiado el Corán, prescribe la circuncisión masculina, pero no la femenina. La sutura es una práctica preislámica que el Islam adoptó como auténtica, lo mismo que el árbol de Navidad precristiano fue adoptado por la cristiandad. Los eruditos musulmanes nunca han rechazado esa práctica porque en el seno del Islam siempre se impuso que la mujer llegara virgen al matrimonio. Así que cuando conocieron esta costumbre tribal de coser a las mujeres, debieron pensar: «Así puedes garantizar perfectamente tu virginidad. ¡Qué bien!». La sutura genital es una práctica habitual en varios países africanos como Somalia, Eritrea, Sudán, Egipto, pero también en Indonesia.

La historia de Anab

Anab y Shukri eran dos solicitantes de asilo menores de edad. Al llegar a Holanda se les preguntó si tenían familia en este su país de acogida. Llegaron a casa de Said, su medio hermano, que vivía con su mujer en Holanda desde hacía cinco años. En lugar de asignarle un tutor oficial, la fundación De Opbouw -la responsable de las tutorías de todos los menores solicitantes de asilo que estaban solos- le cedió la tutoría a Said. La fundación debería haber estado atenta.

Las dos niñas sufrieron un abuso sexual sistemático por parte de Said; Anab, la mayor, por más tiempo y de modo más violento. La historia salió a flote cuando Shukri fue a la asistente social de la fundación De Opbouw y lo explicó todo. La fundación presentó una denuncia y recurrió además a la Protectora de Niños. Said fue detenido y encarcelado.

En la oficina central de la policía en La Haya conocí a una hermana de Anab y Shukri. Me pidieron que hiciese de intérprete para esa mujer somalí en avanzado estado de gestación y con la cabeza tapada. Nada más verme me saludó y me soltó de inmediato: «¿De quién eres?», lo que en verdad significa: «¿De qué clan eres?». Le dije que yo, como intérprete profesional, no tenía por qué responder a esas preguntas. Pero como soy una mujer somalí ella quería saberlo por todo lo que iría saliendo a la palestra. Me negué de nuevo e hice valer mi derecho a guardar silencio.

Me explicó que tanto ella como sus dos hermanas y su medio hermano pertenecen a la misma línea patriarcal. Dentro de la línea de descendencia el medio hermano estaba considerado un hermano. La policía le preguntó detalles sobre el delincuente: sobre el abuso sexual, si había abusado ya antes de otras mujeres y niñas, si seguía siempre el mismo patrón de comportamiento, etcétera. A continuación, ella se tomó una media hora para explicar que su familia no era tan impura, que eso era algo que pasaba con los chicos, que el abuso sexual no se da entre somalíes, que eso es una maldición. Y que ella, además, deseaba saber lo que había sucedido. La mujer estaba totalmente confundida. Incluso se preguntaba cómo debía rectificar.

Entonces supe algunos detalles sobre el asunto: cómo y cuándo empezó todo, quién presentó la denuncia, y que Said no sólo había abusado de las dos menores sino que con frecuencia solía también violar y maltratar a su mujer.

Aproximadamente una semana después llegó mi prima Maryan para vivir conmigo. Me preguntó si podía recogerla durante el fin de semana en una casa de Zuid-Holland; había ido a visitar a una amiga, a la que conocía desde el tiempo en que ella llegó a Holanda. Ambas estuvieron en su momento bajo la tutoría de la fundación De Opbouw y se hicieron amigas: se divertían juntas y calzaban zapatos con tacones muy altos.

En aquella dirección de Utrecht me encontré un lío fenomenal. La casa entera apestaba a orina. Dos niños pequeños de unos dos años correteaban con pañales que nadie les cambiaba. Había pañales sucios arrojados por toda la habitación. La amiga de mi prima, en cuya casa estábamos de visita, se llama Anab. Tras ofrecernos té, se dirigió a la cocina donde permaneció un buen rato.

Mientras permanecía sentada en un banco con Maryan, allí en Utrecht, y Anab preparaba té (creo que fue incapaz de encontrar lo necesario, pues nunca vimos el té en cuestión), Maryan dijo: «¿Ves aquellas cintas de vídeo? Son sólo porno. Porno duro. El marido de Anab las alquila y la obliga a que las vea y a hacer todas las locuras que aparecen en ellas. La ha violado analmente. Le hace cosas tremendas».

En ese momento reconocí las historias: esta joven es la misma Anab que conocí en la oficina de la policía de La Haya. Mientras su violador está entre rejas, la familia ha decidido que la abusadísima Anab se desposaría con un primo, puesto que ya no era virgen. Al abuso sexual, «que jamás sucede en nuestra familia», se le ha echado tierra encima. El nombre de la familia ha quedado limpio.

Tras hacer algunas indagaciones, resultó que casaron a Anab después de que cumpliera dieciocho años, la edad en que la fundación De Opbouw se desentiende de la vigilancia. Probablemente, su primo padecía algún tipo de deficiencia, y de otra manera nunca hubiera podido tener una mujer. Así que la familia le dijo: «Tenemos una mujer para ti, y será tuya, pero debes mantener la boca cerrada sobre todo aquello que le sucedió». Después de años de padecer abusos de su medio hermano, ahora era el primo con el que la habían casado quien abusaba de ella.

Anab se había escapado en un par de ocasiones, y el servicio social la atendió. Pero acabó volviendo siempre a casa. Según una vecina, Anab había estado un tiempo en una casa de acogida, adonde la fue a buscar su marido. Said sigue preso porque ha abusado de Anab, pero su marido, quien incluso ha abusado de ella de un modo más brutal si cabe, vive en libertad.

La familia de Anab y Shukri había pagado una cantidad importante a unos traficantes de personas para que sus niñas pudieran ir a la escuela en Holanda. Lo hicieron con esperanza y optimismo, y he aquí el final. Sin quererlo.

La historia de Anab es la historia de una joven sacrificada para salvar el honor de la familia en nombre del culto a la virginidad. Y no es sólo Anab la que sufre las consecuencias del mito de la virginidad; también su marido y sus hijos son víctimas. Su marido le hace cosas horribles que él justifica diciéndose a sí mismo: «No era virgen, entonces era una puta». Y sus dos niños crecen literalmente entre ruinas. ¿Cómo van a salir adelante?

La hermana menor de Anab, Shukri, huyó para siempre. Escapó y no quiere volver a saber nada de su familia.

El ama de casa honesta

Tiene entre treinta y cuarenta años, es madre de dos hijos y está embarazada del tercero. El médico le dice que debe hacerle una exploración a causa del embarazo y que le ha de comunicar el resultado del análisis de sangre. Tiene el virus del sida.

La mujer reacciona con estupefacción: «No es cierto. He llevado una vida correcta, me he mantenido virgen. He seguido estrictamente los preceptos del Islam y de mi familia. Y cuando era joven ni siquiera miraba a los chicos. Nunca he estado a solas con uno. Queda totalmente excluido que pueda haber contraído una enfermedad sexual».

A continuación, el médico le aclara que, aun así, ella ha contraído el virus y le pregunta: «¿Qué tal la vida sexual de su esposo?».

La mujer le explica que su marido es muy bueno con ella y con sus hijos, que se comporta de manera particularmente responsable y que procede de una buena familia. Es imposible que su marido tenga el sida, habida cuenta, además, de que se trata de una enfermedad que los musulmanes no pueden contraer. Es una enfermedad que afecta a cristianos y, sobre todo, a homosexuales. Ni ella ni su marido han recibido transfusión alguna, así que no puede ser.

La exploración a la que se sometió el marido arrojó un resultado en apariencia similar: también estaba afectado por el virus. Él llegó a Holanda antes que ella y, en el cuadro de la reunificación familiar, la mujer hacía poco que había viajado al país de acogida. En el tiempo que él permaneció solo, seguramente llevó una vida sexualmente desordenada y prolífica o frecuentaba los prostíbulos.

«Después del aborto debo seguir siendo virgen»

El médico me llamó. «Tengo en la consulta a una chica somalí -me explica-, con algo serio que contar; pero no quiere intérprete. No obstante, acabamos de saber que aceptaría una intérprete por teléfono. ¿Quieres ocuparte tú?»

La chica se negaba a que interviniera un intérprete porque, como somalí, se avergonzaba de explicar sus problemas en presencia de otra somalí. Para ganar su confianza le aclaré que como intérprete estaba obligada a guardar secreto profesional. Ella no quería decir su nombre. Tenía diecisiete años, pero era muy astuta. Cuando le prometí que no contaría nada, me respondió: «Más te vale no hacerlo».

-Estoy embarazada y quiero abortar -le dice al médico.

-¿Cómo sabes que estás embarazada? -pregunta éste.

-He comprado Predictor y el test da resultado positivo -responde ella-. Lo sospechaba, porque no me venía la regla.

A continuación el médico le dice que aún es menor de edad, razón por la que no la puede enviar a una clínica abortiva. Los tutores de la fundación De Opbouw deben implicarse en la decisión.

-No, eso no -fue su respuesta-. No quiero que lo sepan.

El médico concluye que, en ese caso, no puede ayudarla.

-De acuerdo -dice ella-, entonces iré a Rotterdam. Allí hay una mujer de Cabo Verde que podría estar dispuesta a hacerlo.

-Entonces, bien -acepta el médico, no sin cierto temor por lo que podría suceder en Rotterdam-. Yo quiero ayudarte, pero para ello también quiero que la intérprete esté presente, porque es mi obligación como médico explicarte un montón de cosas.

Ella explica cómo reaccionarían en su comunidad ante su embarazo: «Si se percatan me encerrarán». En el centro de acogida comparte habitación con otras dos mujeres somalíes. Para evitar que ellas puedan llegar a saberlo quiere que el aborto tenga lugar lo antes posible.

Me aceptó como intérprete y en connivencia con el médico hablamos con ella para explicarle que en Holanda no se puede practicar un aborto así, sin más. Le pedimos que se tomara un par de días para reflexionar sobre las preguntas que le formularían («¿De cuánto tiempo estás?» «¿Quieres implicar al padre de la criatura en esto?»). Debía profundizar en estos aspectos para tomar una decisión. Debía estar segura de que quería que le practicaran un aborto. Pero su decisión parecía firme; entonces se fue a la clínica abortiva en Leiden y yo la acompañé.

Tanto la sala de espera de la clínica como las habitaciones de recuperación estaban llenas de mujeres extranjeras, particularmente turcas y marroquíes, aunque también chinas. A la joven a quien yo acompañaba como intérprete le hicieron las mismas preguntas y de nuevo se le dio un tiempo para pensárselo. A la pregunta de si quería que el padre de la criatura estuviera presente, dijo: «No, me prometió no penetrarme totalmente y sin embargo lo hizo. No lo quiero implicar en esto».

Exigió que el aborto no le desgarrara la sutura. Ésta debía quedar intacta. El médico miró la sutura y le comentó que no era posible. «Entonces, quiero que me cosan de nuevo después de abortar», dijo ella.

Una vez finalizada la operación, el médico le dijo que antes de proceder con la sutura ella debía restablecerse. Presuntamente, eso no llegó a pasar. Es probable que la joven no tuviera una autorización para que la suturasen tras abandonar la clínica abortiva. Eso lo tenía que hacer otro médico; los médicos holandeses no lo hacen.

La asistencia social holandesa no conoce en profundidad los problemas que tienen los musulmanes, por lo que contribuye sin pretenderlo al mantenimiento de la jaula de la virginidad. Los psicólogos holandeses están acostumbrados a acercarse a sus pacientes en tanto individuos. En mi calidad de intérprete he experimentado que hacen lo mismo con las mujeres musulmanas. Y la pregunta importante siempre es: «¿Qué es lo que quieres tú?». Son muchas las mujeres que, como respuesta, se quedan calladas y se encogen de hombros. «Lo que diga mi marido», susurran tímidamente, o «Lo que quiera Alá», e incluso hay mujeres que les dicen a los asistentes sociales: «Lo que usted quiera». Nunca han aprendido a querer algo por sí mismas. «¿Qué deseas para tus hijos? ¿Qué decisión tomarías por ellos?» son cuestiones que las mujeres musulmanas tampoco han aprendido, y que por lo tanto desconocen. Los asistentes sociales no comprendían y quedaban confusos y frustrados. Lo único que podían hacer era enviarlas a otras instancias, pero ¿hasta qué punto puedes hacerlo?

Hay una especialidad que surgió en el contexto de la asistencia social y que se dio en llamar bienestar intercultural (o algo que suena igual de mal). Allí recogen por ejemplo, y por separado, a las mujeres musulmanas que han sido maltratadas, como en la casa rotterdamesa de acogida Saadet. Las mujeres que llegan allí no aprenden cómo ser capaces de defenderse, cómo llegar a ser autónomas. No, los cursos de asertividad sólo están reservados para las víctimas de violencia que son autóctonas. Para las mujeres extranjeras se concibe como solución la «mediación» entre la víctima, su familia y su marido. Esa actitud de los asistentes sociales tiene su origen en los consejos de las comunidades de intereses de extranjeros que se

quieren organizar bien por la vía religiosa, bien por la vía étnica. Los portavoces de esas instancias étnico-religiosas -subsidiadas por el gobierno- son hombres, y en los últimos tiempos algunas mujeres interesadas en mantener un determinado statu quo.

Musulmana, exige tus derechos

Nací en Somalia y me crié en una familia islámica. Como musulmana que soy, me casaron con un primo, después de lo cual mis días amenazaban con irse agotando en el aislamiento de madre y ama de casa. Pero huí y llegué a Holanda. De eso hace ya diez años. En Holanda pude estudiar y trabajar, y también se me ha permitido expresar libremente mi opinión, que no siempre ha sido bien entendida e interpretada. Se me pregunta con frecuencia por qué soy tan crítica con el Islam y con la posición de las mujeres en él. Por mi actitud y lo que expreso desacreditaría esa religión. También parece que esté creando una imagen en la que todos los musulmanes varones son unos groseros estúpidos y violentos que someten a sus mujeres. También se me recrimina que aliente con mis palabras a populistas y racistas, quienes harían un uso abusivo de mis puntos de vista con el fin de someter a los musulmanes. Me han llamado infinidad de veces para que explique por qué soy tan crítica con el tratamiento que reciben las mujeres dentro del Islam. Todo esto lo hago por cuatro motivos.

Con mi conocimiento y experiencia de la religión musulmana espero contribuir a acabar con el tratamiento degradante de las mujeres y niñas musulmanas. Creo de corazón en los derechos humanos universales. Como miembro del consejo de Amnistía Internacional me parece desolador que la mayoría de las mujeres musulmanas viva encarcelada en el dogma de la virginidad. Esta condena las obliga a llegar puras e intactas al matrimonio: la experiencia previa en el amor y en la sexualidad son un tabú absoluto. Un tabú que, por otro lado, no se aplica a los hombres. Además, hombres y mujeres no comparten los mismos derechos u oportunidades dentro de su cultura musulmana específica. Muchas mujeres, simplemente, no tienen la posibilidad de llevar una vida autónoma y de tomar conciencia de sí mismas.

No puedo sufrir el Islam. Soy perfectamente consciente de los aspectos positivos que ofrece esa religión, como la misericordia, la hospitalidad y la solidaridad con los pobres y los débiles. Pero por lo que respecta a las mujeres es importante fijarse bien en que la religión musulmana no consta sólo de bondad y amor a la paz. En nombre del Islam se cometen prácticas horribles y atroces. ¿Acaso no es normal que un ciudadano se esfuerce en denunciar abusos tales como la circuncisión femenina y el repudio social? Cuando una científica reconocida como Margo Trappenburg critica desde su columna del periódico *NRC Handelsblad* las ideas misóginas de los demócratacristianos en el nuevo gabinete, ninguna persona bienpensante osaría acusarla de odio a la cristiandad. Naturalmente, no todos los varones musulmanes son misóginos o violentos, tengo la suerte de conocer a muchos hombres musulmanes fantásticos que se comportan de manera correcta con sus madres, hermanas y esposas. Además, los varones son, quiérase o no, también víctimas del culto a la virginidad, aunque sea de una manera indirecta. En ese particular les falta la educación de una madre sana, justa y bien instruida, lo que supone un retraso en el terreno de la enseñanza, el trabajo y el desarrollo social.

Debido a una influencia desproporcionadamente fuerte de una educación bajo el prisma de la masculinidad y a la separación mental entre sexos, el hombre apenas tiene la oportunidad de desarrollar sus capacidades comunicativas, necesarias para vivir y moverse en los vínculos familiares. No es excepcional que muchas mujeres musulmanas en Holanda se quejen de que sus maridos apenas

hablan con ellas¹. El matrimonio a una edad temprana y concertado por la familia coloca al hombre en una posición incómoda, en una responsabilidad no elegida con respecto a una joven que apenas conoce. Todo ello conlleva a menudo incomprensión, ira e impotencia. Si como hombre has crecido con la idea de que puedes pegar a una mujer, el paso que darás hacia el uso de la violencia será pequeño. Las casas de acogida tienen por ahora una gran afluencia de mujeres musulmanas, y para aquellas chicas que abandonan la casa paterna se han creado incluso otras casas-refugio adicionales.

Además, se mantiene una situación en que la opresión de las mujeres la producen otras mujeres. Léase, si no, lo que Fátima Katirci, una imán turca de Amsterdam, dice sobre el versículo del Corán en que se concede al varón el derecho a golpear a su mujer:

Sí, pero el desacuerdo debe tener relación con algo más que un asunto cotidiano. Debe tratarse de un asunto esencial, como una cuestión de honor o una relación extramatrimonial; cuando la mujer, con su comportamiento, afrenta al honor de la familia. A algunas mujeres les basta una buena charla, otras reflexionan cuando se recurre a camas separadas y otras son verdaderas neuróticas. Para estas últimas unos golpecitos pueden ser el único medio para hacerles ver su falta. Entendedme bien: estoy en contra. Golpear es humillante, pero si no se puede hacer otra cosa, entonces hay que recurrir a ello².

Esa declaración muestra que tampoco las mujeres letradas se libran con frecuencia de las ideas con que se han alimentado de niñas. En las sociedades musulmanas tradicionales a menudo encontramos madres que tienen a sus hijas metidas en un puño y suegras que hacen la vida imposible a sus nueras. Tías y sobrinas hablan mal sin cesar de unas y otras, y de terceros. Ese control social conduce a mantener el propio sometimiento.

El segundo motivo de mi crítica es el peligro de que sin la emancipación de las mujeres musulmanas se mantenga el retraso social de los musulmanes. Veo una relación directa entre, por una parte, la mala posición de las mujeres y, por otra, el atraso de los musulmanes en el terreno de la educación y en el mercado laboral, la alta criminalidad entre jóvenes y su gran dependencia de los clichés sociales. De hecho, la educación de las niñas musulmanas es una negación de su autonomía y su propia responsabilidad, mientras que esos valores son esenciales para avanzar en un país como Holanda.

Es un mal principio para la emancipación de las mujeres musulmanas que la edad para contraer matrimonio haya bajado en los últimos años. Casar a alguien, en este caso una mujer joven o una niña, es ponerla a disposición de un hombre extraño que puede abusar de ella sexualmente. Cuanto más joven sea la novia, aumentan las posibilidades de que sea virgen. En esencia, se trata de una violación programada y con el consentimiento de la familia. Un casamiento implica que la chica deba dejar su formación. Desgraciadamente, son incontables las muchachas musulmanas que se suman todavía a esa práctica.

Las chicas que no han conseguido mantenerse vírgenes o a las que les atenaza el miedo (a pesar de no haber mantenido antes relaciones sexuales) de no sangrar la noche de bodas, buscan la manera de operarse para reconstituir su

¹ *NRC Handelsblad*, 8 de julio de 2002

² *NRC Handelsblad*, 8 de julio de 2002

himen. Cada mes se realiza en nuestros hospitales un promedio de entre diez y quince operaciones.

Como consecuencia del tabú sobre el sexo -y por lo tanto sobre la educación sexual- muchas mujeres musulmanas se quedan embarazadas o sufren contagio por alguna enfermedad de transmisión sexual. Además, las estadísticas reflejan un aumento en el número de abortos practicados con la afluencia de mujeres turcas y marroquíes.

El tercer motivo para alzar la voz es que apenas se les presta oído a las mujeres musulmanas. La mayoría de los que, desde estamentos oficiales, defienden sus intereses son sobre todo varones. Hay muy pocas organizaciones sociales y partidos políticos que -vista la naturaleza del sufrimiento de las implicadas- efectivamente se interesen por mejorar la suerte de las mujeres musulmanas. Los portavoces de las organizaciones musulmanas y los políticos extranjeros de origen musulmán y otros defensores de los derechos de grupo se caracterizan por negar, banalizar o eludir los grandes problemas de las niñas y mujeres musulmanas en Holanda.

En una entrevista para el diario *NRC Handelsblad* del 8 de julio de 2002, Khadija Arib, miembro del Congreso de los Diputados por el partido PvdA, ha dicho a propósito de la posición de las mujeres musulmanas: «Se piensa que las mujeres inmigrantes quieren quedarse en casa todo el día aisladas, pero eso ocurre fundamentalmente porque no tienen ningún lugar a donde ir».

En la inauguración, esta primavera, de un hogar para madres y niños en el barrio amsterdams Bos y Lommer se presentó un espacio en el que las mujeres pueden desarrollar actividades todo el día. Con iniciativas como ésta la política ignora el meollo del problema. En una amplia capa de la sociedad musulmana sigue vivo el pensamiento de que las mujeres no deben llevar a cabo ningún movimiento de liberación y que las mujeres no deben trabajar fuera de casa. Una crítica clara a esa forma de pensamiento ayudaría más a las mujeres musulmanas que la creación de «centros de actividades» para mujeres.

Mi último motivo: estoy convencida de que enfatizar la identidad musulmana recurriendo a los derechos grupales implícitos es dañino para la mujer musulmana. En Estados Unidos la feminista y emérita en politología Susan Moller Okin estuvo implicada en 1999 en una discusión entre los defensores del multiculturalismo - partidarios del fomento y mantenimiento de los grupos culturales islámicos (y otros)- y sus opositores, a los que la propia Okin pertenece. En su opinión, la política de muchos gobiernos occidentales que promocionan el mantenimiento de estos grupos culturales está en contradicción con sus textos constitucionales: después de todo, la libertad individual y la igualdad entre hombre y mujer salen malparadas. Su crítica se centra sobre todo en que los multiculturalistas no tienen en cuenta la dimensión privada de las culturas que defienden. Y es justamente en la esfera privada donde más se evidencian las diferencias de poder y sometimiento de la mujer.

Finalmente, la mujer musulmana en Holanda se verá beneficiada con las normas del mundo occidental, que le brinda grandes oportunidades de elegir la forma de vida que quiera. Soy el testimonio vivo de ello. Por lo mismo, me siento también responsable del mantenimiento y custodia del sistema democrático, al que tanto le debo. Todos los holandeses musulmanes disfrutaban formalmente de los mismos derechos, pero a causa de sus obsoletas convicciones religiosas apenas están en condiciones de darles forma. Esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres y lo considero perjudicial.

Los correligionarios de las mujeres sometidas que han hecho algo por la sociedad holandesa (su número es, comoquiera que sea, escaso) deberían, en mi opinión, salir más en defensa de sus hermanos y hermanas.

A mujeres como la escritora Naima El Bezaz, que escribe con valentía sobre mujeres y sexualidad, me gustaría incitarlas a rebasar el obstáculo espiritual y preguntarse sobre el origen del culto a la virginidad (Corán, *hadith*, tradición y todas las prácticas que de ella se derivan) en lugar de permanecer al margen de la tradición establecida. Todo ello por su propio interés y el de aquellos que han tenido menos oportunidades de desarrollo. Apelo a la responsabilidad de representantes del pueblo como Khadija Arib, Nebahat Albayrak, Naima Azough y Fátima Elatik. Debemos establecer prioridades, esto es, resolver los asuntos más importantes en primer lugar. Temas menos serios como la «formación de una imagen del Islam» deben por ello ceder. ¿No es absurdo pensar que Alá mismo, en toda su grandeza, se preocupa de su imagen?

Invito a los defensores de la sociedad multicultural a tomar conocimiento de la deplorable situación de las mujeres que, en nombre de la fe, se ven confinadas en sus casas. ¿Acaso debes ser deshonrada, violada, encerrada y oprimida para poder ponerte en el lugar del otro? ¿No es hipócrita excusar ciertas prácticas o tolerarlas mientras tú mismo disfrutas en libertad de los progresos de la humanidad?

Le recuerdo al primer ministro Balkenende su promesa de que no convertirá, para las elecciones de mayo, a la sociedad multicultural en un objetivo en sí misma. ¿Qué es lo que hará realmente contra la enseñanza Islámica y aun contra otras organizaciones islámicas que se autosegregan contribuyendo así a la permanencia de una tiranía sin futuro sobre mujeres y niños? ¿O se trata tan sólo de retórica electoral?

Abordemos la violencia doméstica de manera más efectiva

En Holanda mueren cada año un promedio de ochenta mujeres, cuarenta niños y veinticinco varones a causa de la violencia doméstica, pero el gobierno no ofrece ninguna respuesta. Si esta violencia está determinada culturalmente, debemos adoptar una actitud expectante para tener opciones claras.

En los últimos años ha habido suficientes declaraciones de intenciones. La obligada desaprobación y condena de la violencia ha conllevado durante años la formulación de innumerables promesas en el Congreso de los Diputados, el tema de la violencia doméstica ha suscitado debates en decenas de simposios y conferencias. Dichas cifras están recogidas en una nota de marzo de 2002 del anterior gabinete cesante. A nivel internacional el gobierno holandés recibió de la Asamblea General de Naciones Unidas una resolución sobre los crímenes de honor, en que se hace un llamamiento «para prevenir estos graves delitos y combatirlos mediante medidas legales, educativas, sociales, entre otras». Todo esto resulta muy poco creíble, porque los gabinetes sucesivos no han sabido llevar su declaración de intenciones a la práctica política. Después de que tuviera lugar la primera moción contra la violencia doméstica en 1981 nunca más se efectuó un plan conjunto. Falta una lucha decisiva en materia de terror doméstico.

De este modo el ministerio público, pese a la abundancia de estudios, apenas tiene conocimiento de la frecuencia con que se cometen los crímenes de honor en Holanda, porque estos delitos aparecen tipificados como muertes comunes. Tampoco se sabe mucho más sobre la mutilación genital de las mujeres y los matrimonios forzados. Un problema añadido a la violencia doméstica es la diferencia en la valoración cultural. Entre los holandeses autóctonos, en general, se considera la violencia doméstica como un hecho moralmente condenable. Por ello la política del gobierno local (tratamiento de criminales) a veces da sus frutos, pero lamentablemente la administración pública no consigue que estos gobiernos locales (por ejemplo el de Utrecht) se integren en una ofensiva nacional.

La muerte de Zarife, la chica turca asesinada por su padre, representa un tipo de violencia doméstica legitimada desde una óptica cultural y religiosa. La manera de actuar con el agresor tiene la aprobación moral dentro de la propia sociedad. Más aún, en muchos casos se incita al agresor a la violencia. Si falla en su obligación, se le expulsará literalmente de la sociedad a fuerza de comentarios perversos. Cuando un agresor comete su crimen con conocimiento y aprobación de la familia y los amigos, no sólo salva su honor, sino que incluso se gana con ello el respeto de la sociedad en su conjunto. Para las niñas y mujeres de esa cultura es un ejemplo espantoso del fracaso de la política de emancipación del gobierno.

La raíz del problema estriba en que en las sociedades islámicas la relación sexual antes del matrimonio se considera inadmisibles. Por ello debemos llevar a cabo persistentemente campañas culturales con el fin de reavivar el debate sobre la sexualidad. Las relaciones sexuales previas al matrimonio, siempre entre mayores de edad, no son punibles. Incluso cuando existan diferencias de opinión con respecto a lo moralmente aceptable, la violencia nunca debe ser la respuesta.

Es una ilusión vana pensar que las organizaciones de los grupos implicados puedan orquestar este tipo de campañas. Los asistentes sociales holandeses que prestan oídos a tales organizaciones tan sólo disfrazan el problema. Así aseguran, por ejemplo, a los padres de las chicas amenazadas, que su pupila es casta y virgen, en tanto los médicos colaboran en la reconstitución del himen.

Nadie pretende desconocer la complejidad de la violencia doméstica, pero la aproximación del gobierno al problema aparece fragmentada. Con seguridad hay seis departamentos que se ocupan del tema, tomando como base veintiuna leyes promulgadas.

En abril de 2003, el Congreso de los Diputados promovió una moción para, antes del 1 de septiembre, implementar una serie de medidas con el objetivo de combatir la violencia doméstica.

- Crear un servicio de atención especial para las víctimas, un servicio de coordinación para la violencia doméstica que se haga cargo de prevenir, advertir, informar, remitir, recabar datos, consejo, seguimiento, preparación de la persecución policial y cuidados ulteriores. Este tipo de servicio de coordinación como el expuesto ha tenido ya algunas experiencias positivas en Utrecht, pero aún quedan varios eslabones de la cadena dispersos en diversas instituciones.
- El presupuesto total y la coordinación deben estar bajo el amparo de un mismo dirigente responsable.
- La seguridad de las víctimas debe estar garantizada mediante el procedimiento de obligar al agresor a un alejamiento de su domicilio, como ahora ocurre.

Hay que poner énfasis en la prevención antes que en los cuidados ulteriores. Siguiendo el ejemplo de Estados Unidos se habrían de erigir «cortes familiares» especializadas en el juicio de agresores que cometen actos de violencia doméstica. El éxito de tales medidas reside en que con su aplicación la política, el ministerio público y la asistencia social ganarían en rapidez, efectividad y eficacia entre sí para trabajar conjuntamente, con el consiguiente ahorro de gastos. Además, los resultados de la actuación podrían ser por fin mesurables. Finalmente, un conjunto de medidas más efectivas contra la violencia doméstica tendría un influjo favorable en problemas como la emancipación y los abusos a jóvenes. ¿Cuántas mujeres han de correr aún la suerte de Zarife antes de que el gobierno combata la violencia doméstica de un modo efectivo?

Epílogo: estado de la cuestión en julio de 2004

Entretanto, en el Congreso se ha tipificado, por mayoría, el crimen de honor y la violencia doméstica en función del factor étnico, lo que constituye el primer paso para plantear por fin el problema de manera comprensible. Recientemente se han publicado también los resultados de una investigación promovida por el Ministerio de Justicia, del que parece desprenderse que una de cada cuatro mujeres extranjeras son objeto de violencia doméstica. Sospecho que las cifras reales son superiores dado que los castigos corporales forman parte de la educación en la mayoría de familias procedente de países musulmanes.

El ministro de justicia, Piet Hein Donner, ha declarado en el Congreso, bajo presión, que creará una comisión que investigue cómo pueden ser procesados los cómplices (la familia en el sentido amplio) que posiblemente son culpables de brindar cooperación constante en un delito (potencial) de crimen de honor.

El ministro de Asuntos Sociales y Trabajo, Aart-Jan de Geus, y la ministra de Integración y Asuntos de Extranjería, Rita Verdonk, han prometido una estructura estatal antes de que termine la legislatura para abordar la violencia doméstica de un modo más efectivo. Los dirigentes responsables prometen centrar su atención en

cómo la cultura legitima la violencia contra las mujeres extranjeras y abordar este tema con energía.

Además, este gabinete promete enfrentar el tráfico de personas de manera más rápida y eficiente. Este problema es una forma atroz de violencia contra las mujeres y afecta en grado sumo la convivencia. Niñas (a partir de los ocho años en países asiáticos) y mujeres son secuestradas o encerradas en sus lugares de nacimiento en países pobres (Albania, la ex Yugoslavia, Azerbaiyán, Afganistán, Tayikistán, Chechenia, Sierra Leona, Sudán, Congo, algunos países latinoamericanos, China, Vietnam, Filipinas, etc.), vendidas como esclavas sexuales y distribuidas en países occidentales ricos. Solicitantes de asilo que no obtienen su permiso de residencia y que malviven bajo el yugo de proxenetas que les prometen «trabajo», y que a continuación las exponen tras grandes ventanales en los barrios rojos de todas las ciudades de Europa como prostitutas. El dinero que ellas ganan se lo embolsa el llamado crimen organizado. Un efecto no pretendido de la política de asilo europea y la migración persistente de países no occidentales es que un número indeterminado de mujeres y niñas caen víctimas de la industria del sexo. Visto el carácter internacional que ha alcanzado el tráfico de mujeres urge no sólo un enfoque conjunto de toda Europa frente a este tipo de crímenes sino también la armonización de una política de asilo entre los países europeos, que al menos haría más visible la extensión del problema del tráfico de mujeres. Y es justamente en ese punto en el que ahora falta una política europea conjunta.

La mutilación genital no debe tolerarse¹

La mutilación genital² es una de las violaciones de derechos humanos y de los derechos de las mujeres más infravaloradas en todo el mundo. Algunos informes de Amnistía Internacional de 2002 cifran entre cien y ciento cuarenta millones las niñas a las que se les ha practicado la mutilación de sus genitales o parte de ellos. La comunidad internacional está mucho más sensibilizada con las consecuencias de la transmisión del virus del sida que con la práctica abominable de la mutilación genital. Así lo afirma un urólogo holandés que fue testigo de las terribles complicaciones que puede llegar a padecer quien ha sufrido una ablación. Mientras trabajaba en Ghana le visitó una mujer de veintiséis años que con diez había sido circuncidada con un pedazo de vidrio. La mujer perdía orina y heces desde el nacimiento de su bebé muerto, a consecuencia de las fístulas³.

Como en tantas otras formas de violencia contra las mujeres, la lucha contra la mutilación genital se mantiene en la esfera de la desaprobación, las resoluciones y otras armas de papel. Las medidas específicas que han de conducir a la erradicación de esta práctica todavía no están a la vista. En los países pobres, así se argumentaba, el problema se resolvería con el tiempo por sí mismo, gracias a la educación y el desarrollo social. En esos países, la pobreza, la guerra, los desastres naturales y el sida tienen una prioridad absoluta, por las terribles consecuencias que de todo ello se derivan.

También en los países ricos, que no sufren esas calamidades, ha alcanzado cierta relevancia el fenómeno de la mutilación genital, debido a la inmigración. Al principio, la opinión pública reaccionó con perplejidad; en Holanda, por ejemplo, esa práctica enseguida se condenó moralmente y se convirtió en punible. Sin embargo, ello no significa que muchos padres de países africanos y de algunas regiones de Asia no mutilen a sus hijas en Holanda y en Europa. Las autoridades son conscientes de que muchas veces esos padres se llevan a sus hijas a los lugares de procedencia para llevar a cabo allí la mutilación ritual. No hay excusa para tolerar esa práctica.

En el informe «Estrategias para prevenir la mutilación de niñas. Inventario y recomendaciones» (octubre de 2003), del Centro Médico de la Freie Universiteit de Amsterdam, se arguye que el énfasis del enfoque con que ha de abordarse la mutilación genital debe ponerse en las medidas y orientación preventivas, y que las medidas jurídicas deben considerarse un mero apoyo. En opinión de la fracción del VVD en el Parlamento holandés, sin embargo, dada la seriedad del delito y las enormes consecuencias que tiene para las víctimas, la aplicación y el preavalecimiento de la ley vigente gozan de una máxima prioridad. Por ello abogamos por la implementación de un sistema de control que evite la circuncisión de las niñas. Las que proceden de «países de riesgo» deben pasar un control de mutilación anual (véase tabla en Pág. 79, en esta edición digital).

¹ Versión renovada del artículo «La mutilación genital no debe tolerarse», aparecida en el diario *Volkskrant* el 7 de febrero de 2004. También apareció en *De maagdenkooi* (La jaula de las vírgenes), Ayaan Hirsi Ali y Augustus Publishers, 2004.

² A la mutilación genital de las niñas se la denomina en ocasiones «circuncisión». Con ello se establece un paralelo implícito con la circuncisión masculina. En la circuncisión masculina significaría cercenar el glande, mutilar los testículos y que el resto del pene quedara en una especie de bolsa vacía; así sería el equivalente auténtico.

³ Véase el artículo de Steffie Kouters publicado en el Magazine del diario *Volkskrant*, 10 de abril de 2004.

La actual discusión sobre cómo afrontar la lucha contra la mutilación genital es confusa. Hay quienes abogan por que se tipifique como delito aparte en el código penal, lo que quizá lleve a pensar que hasta ahora la mutilación genital carece de castigo. Otros enfatizan la necesidad de convertir esta práctica en tema de debate dentro de la propia sociedad y otros apuestan por la información.

Todo ello está muy bien formulado, pero a nuestro parecer la lucha contra la mutilación genital en Holanda es en primer lugar una cuestión de derecho. La mutilación genital está siempre catalogada entre los delitos serios que se cometen con premeditación, y al que hay que sumar el delito de las prácticas médicas no autorizadas.

La ley Big (Ley sobre Profesiones del Cuidado de la Salud Individual) establece que se puede presentar ante el órgano médico disciplinario a quien lleve a cabo esas prácticas de mutilación o aquel que participe indirectamente en ella. Además, la mutilación genital de niñas también se puede definir dentro de los delitos de abusos de menores como establece la ley de asistencia a la juventud.

No deja de ser llamativo, sin embargo, que hasta ahora no se hayan efectuado detenciones, pese a fundadas sospechas de que en Holanda hay jóvenes que en sus vacaciones de verano, tanto aquí como en el extranjero, son víctimas de mutilación. Más aún, resulta inadmisibles la no existencia de ninguna forma de control de un delito que aparece tipificado en el código penal. La actitud del gobierno holandés respecto a la mutilación genital se asemeja a una fórmula de política de tolerancia: la mutilación genital está prohibida por la ley pero en realidad se hace la vista gorda. La ejecución de todas las recomendaciones que se recogen en el informe de la Freie Universiteit de Amsterdam (buen entendimiento, dirección, coordinación y la puesta en marcha de diálogos y debates en el propio entorno) no garantizan el cumplimiento de la ley por parte de los padres de las chicas que corren el riesgo de ser mutiladas.

Si el gabinete, en la cláusula que prometió incluir antes del 1 de abril, no contempla un método efectivo para el tratamiento legal de esos casos significa de hecho la tácita continuación de una política de tolerancia ante un delito grave.

El gabinete de Balkenende se ha comprometido, además, a desarrollar un sistema de control, porque la seguridad y el derecho se consideran una prioridad de la política de dicho gabinete. En el presupuesto de justicia anterior al 2004 se dice: «Un elemento importante en la salvaguarda de la seguridad es que las leyes se cumplan, como suelen hacer la mayoría de ciudadanos por regla general». Y prosigue: «El déficit permanente en materia judicial se reducirá en años venideros». Por lo demás el gabinete, en su Programa para la Seguridad, prioriza la persecución de delitos muy graves y «concentración de la atención en las víctimas de delitos de gran impacto».

La mutilación genital está tipificada dentro de la categoría de delitos muy graves y causa además un gran impacto en la víctima. Las consecuencias de la mutilación genital como la infibulación y la circuncisión son de sobra conocidas por el gobierno. En la investigación de la Freie Universiteit de Amsterdam se resumen dichas consecuencias de la manera siguiente: «Shock, hemorragias, formación de fistulas, en las fases avanzadas pérdida de orina y complicaciones ginecológicas y también efectos psiquiátricos, psicosomáticos y psicosociales en la vida de las chicas [...]. Tras la intervención las chicas se vuelven más introvertidas, calladas, retraídas y muestran alteraciones de comportamiento como trastornos alimentarios y ansiedad». Por lo demás, la mutilación genital puede «conducir a un estrés postraumático. Siempre se registran sentimientos de impotencia por parte de la

víctima, déficit de control, falta de aprobación, de conocimiento e intensas experiencias de dolor» .

¿Existen resquicios en la ley que hagan posible la introducción de un sistema de control?

El artículo 11 de la Constitución determina que a todos les asiste el derecho a que su cuerpo sea intocable. Esa cláusula es hermana menor del artículo 10 de la Constitución que establece que todos tienen derecho a que se respete su intimidad personal. Ambos artículos son de gran importancia para nuestra propuesta y tienen equivalentes en el Tratado Europeo de Derechos Humanos, en su artículo 8, y en el artículo 17 de los derechos civiles y políticos promulgado en 1966.

Un argumento muy socorrido en contra de esta propuesta del sistema de control en la lucha contra la mutilación genital es que un control obligatorio -léase un tratamiento médico- atenta contra lo intocable del cuerpo humano y contra la vida privada (incluso un leve roce con un bastoncito de algodón en la mejilla de alguien se considera un acto que atenta contra esos derechos).

Pero con respecto al artículo 8 se especifica en qué circunstancias y de qué manera puede el gobierno violar esos derechos constitucionales. Debe tener razones muy poderosas, si no el establecimiento de los derechos constitucionales no tendría ningún sentido. Según el Tratado Europeo de Derechos Humanos el gobierno tiene la potestad de violar los derechos constitucionales por una serie de motivos, entre los cuales se cuentan la seguridad nacional, la seguridad pública, el bienestar económico del país, la prevención del caos o de hechos punibles, la protección de la salud o la moral y la protección de los derechos de otros.

El artículo 8, párrafo 2 determina, pues, que se puede violar la Constitución en caso de extrema necesidad y para evitar que se cometan actos punibles. La mutilación genital es un hecho punible en tanto abuso grave con premeditación. Ese marco de excepcionalidad constitucional parece ser la posibilidad más indicada. El Tratado Europeo de Derechos Humanos ofrece la posibilidad de determinar por ley que existe obligación de pasar un control médico en caso de ser necesario para evitar hechos punibles, una necesidad que, no obstante, debe ser probada.

Una parte de la necesidad es la proporcionalidad. ¿Compensa la medida de la violación de la importancia de la prevención de hechos punibles? O dicho en otras palabras: ¿no es excesiva esa medida? La discusión jurídica sobre la lucha contra la mutilación genital responde a esa pregunta. En este sentido, la posición que defiende el VVD es la de que sin una obligación no existe una posibilidad efectiva de prevenir la mutilación genital. La medida es, en nuestra opinión, necesaria. Además, el artículo 11 de la Constitución contempla un lado positivo en cuanto a la obligación de tratamiento: permite al gobierno implementar medidas para prevenir la violación de la integridad del cuerpo humano.

Adaptado a nuestra propuesta, ello asigna una tarea al gobierno con el fin de que adopte medidas para evitar la mutilación genital. Por lo que respecta a la obligación de proporcionalidad, en nuestra opinión, el hecho de pasar un control ginecológico anual compensa ampliamente la posibilidad de que pueda practicarse una mutilación. De este modo decidimos sobre un discurso jurídico que elimine objeciones a nuestra propuesta.

Una posible objeción jurídica a nuestra propuesta del sistema de control es que entra en conflicto con el artículo primero de la Constitución. Dicho sistema de control no es en ningún caso una medida genérica válida para todos los ciudadanos, sino una actuación específica. Una investigación obligatoria de la población seguida

por controles igualmente obligatorios aplicados a personas procedentes de una lista de «países de riesgo» es una forma de discriminación.

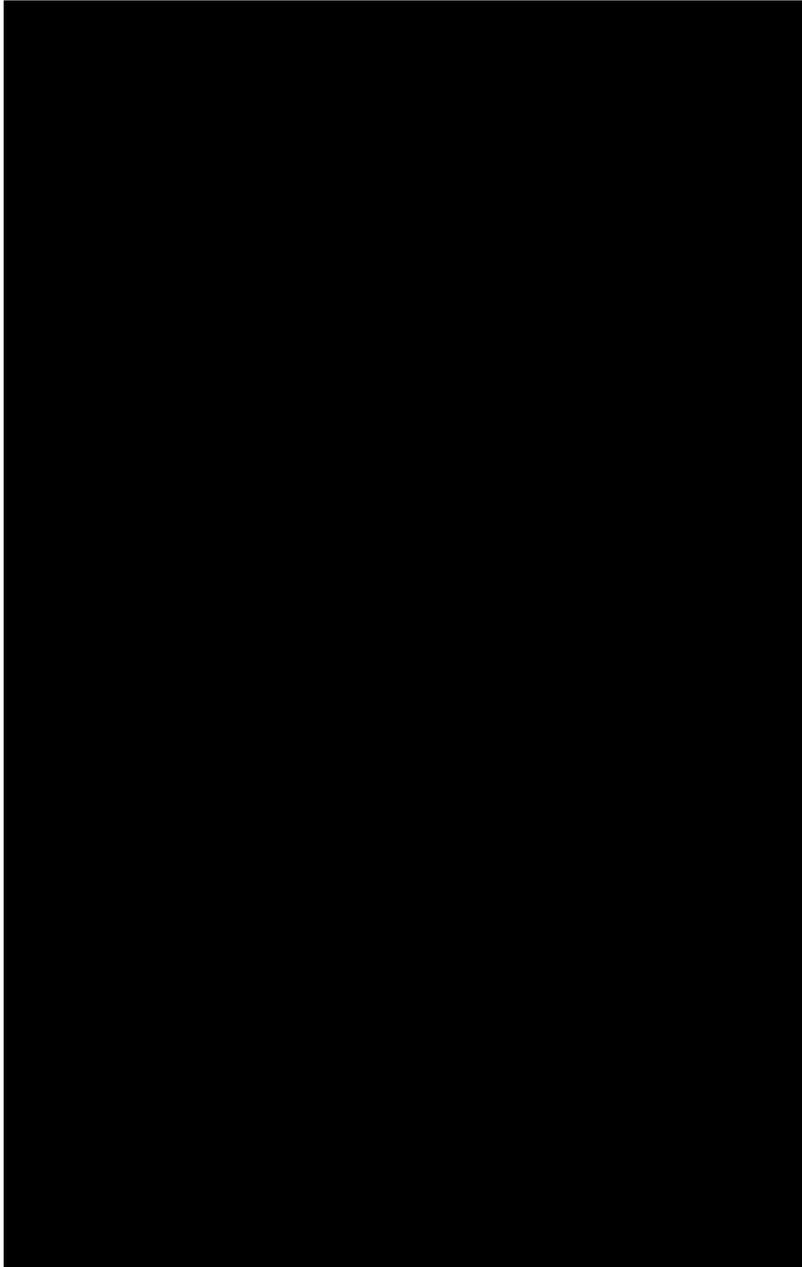
Así, habrá juristas que opinen que la violación de ese control anual será un estigma para los padres y una pesada carga para la niña, y aducirán que el control obligatorio no es proporcional. Por lo demás, hay otros juristas cuya opinión deriva hacia que un alto porcentaje de las mutilaciones que se practican en los países de origen tienen menos posibilidades de llevarse a cabo en caso de que la persona permanezca en Holanda. Contra esas objeciones podemos aducir que la mutilación es un hecho tan grave para la niña en cuestión que el gobierno debería priorizar los artículos 10 y 11 sobre el artículo primero, y que incluso en una cantidad nada desdeñable los controles preventivos para la mutilación genital pueden ser proporcionales. Las niñas con padres procedentes de países de riesgo corren un peligro real de ser mutiladas, dada la importancia que muchos progenitores conceden a la tradición.

Como ya se apuntó en la investigación de la Freie Universiteit de Amsterdam hay suficientes indicios para afirmar que las niñas padezcan la mutilación genital durante sus vacaciones escolares. Debido al carácter semioculto del ritual -el sexo es por definición una parte oculta del cuerpo-, la sociedad puede ciertamente rechazar el delito como volver la vista fácilmente hacia otro lado. Imaginemos que se tratara de cortar la nariz o una parte de la oreja del niño: sería el fin de la tolerancia.

La mutilación genital se practica por definición de manera ilegal. Los padres que viven en Holanda saben que la mutilación genital es punible. Ésta es también la razón por la cual aprovechan las vacaciones escolares y la ida al país de origen para practicarla; así la chica se puede recuperar de las lesiones sin que el mundo exterior se percate de ello. De los grupos cerrados en los que existe la convicción de que la mutilación es buena para la niña no puede esperarse sinceridad. Gracias a esa convicción la práctica de la mutilación no es percibida por los padres como una actividad criminal sino como un acto de amor, una obligación paternal para con la niña y su entorno.

Sobre el punto de la posible estigmatización de los padres, el gobierno plantea una consideración importante entre, por un lado, el posible perjuicio en la privacidad de los padres y por otro la protección de la niña. Aquí se opta -vista la gravedad de la mutilación genital- por la protección de la niña. Por lo demás, estos servicios del sistema de control cuidarán con esmero la protección de los datos que recopilen tanto de los padres como de los hijos.

La solemne desaprobación de la mutilación genital como práctica infame no erradica el problema. La tarea preventiva de información y educación es, debido a la naturaleza clandestina y la tenacidad de la tradición, muy limitada y casi inconmensurable. La presión familiar en los países de origen (los lazos familiares no se rompen con las fronteras geográficas) es demasiado fuerte para extirpar esta práctica por medio de la información y la educación. Además, el argumento de que a la larga la tradición acabará por debilitarse o que en Holanda no se va a prevenir más porque por ley lo prohíbe, aparece como irrefutable.



La propuesta de un sistema de control no es perfecta, pero ofrece máximos resultados cuando se trata de derecho y la prevención de prácticas reprobables. Y es transparente para padres y tutores, que saben así exactamente lo que ocurre. Dos efectos colaterales positivos: la información y la educación pueden tener lugar de manera eficiente y fragmentada. Y además, con este modelo podríamos servir de ejemplo a Europa y al resto del mundo y la mutilación genital se erradicaría de todos los continentes.

Epílogo: estado de la cuestión, julio de 2004

Tras mantener muchas discusiones acerca de las ventajas y desventajas de los controles, he contado con una amplia mayoría en el Congreso gracias al apoyo del Partido de los Trabajadores, partidario de controles periódicos. Si bien el papel que ha desempeñado la mayor parte de los miembros del Partido de los Trabajadores ha sido esencial, quiero destacar la intervención fundamental de Ella

Kalsbeek. Qué instancia ha de ocuparse del tema y la periodicidad con que deben efectuarse los controles son detalles para discutir más adelante. El ministro de Salud, Hans Hoogervorst, no sólo ha manifestado su horror desde el principio hacia la práctica de la mutilación genital de niñas, sino que también ha declarado que se implemente sin pérdida de tiempo un sistema de control. En este sentido, con fecha 23 de abril de 2004 ha enviado una carta al Congreso en el que alude a la mutilación genital como una forma de abuso infantil. Añade en su carta que el gabinete de Balkenende tiene intención de crear una comisión especial en el Consejo de Salud, con la función de examinar las contingencias de un sistema de control efectivo así como una prevención, seguimiento y mantenimiento igualmente efectivos. No sólo los holandeses, cualquier extranjero con una residencia permanente en Holanda que fuera de las fronteras sea cómplice de una mutilación genital o que la provoque directamente (en algunos países, como Somalia, la mutilación está permitida) será procesado en Holanda.

En el otoño de 2004 se celebrará una reunión entre el Congreso y el gabinete de gobierno para establecer este sistema de controles.

Diez consejos para musulmanas que quieren huir¹

En los últimos tiempos somos testigos de una cada vez mayor afluencia de musulmanas que llegan a casas de acogida. Algunas han terminado con cierto éxito el bachillerato y quieren proseguir con una formación superior, pero no se les permite salir de casa. Sus padres no las han preparado para una vida autónoma. Su familia entera se horroriza en cuanto insinúan que querrían un futuro independiente. Lo consideran una desviación grave.

También las mujeres casadas que quieren dejar al marido para llevar una vida independiente deben soportar oír de sus familias que eso es un craso error. No sólo se lo prohibirá la familia de su marido sino incluso la suya propia. A veces la tensión que se crea entre la mujer y ambas familias se soluciona de manera pacífica, de modo que así le hacen saber indirectamente que puede cambiar de parecer y seguir junto al marido. Pero no son pocas las veces en que la familia reacciona con violencia, en mayor o menor medida, dependiendo de cada caso en particular.

Hay ocasiones en que las mujeres musulmanas optan por huir lejos de casa, con las consecuencias negativas que ello implica: terminan recibiendo asistencia social y entrando en una espiral de dependencia de esos servicios. En los casos en que el trabajador social trata de hacer de mediador entre la mujer que ha huido² y su familia, el resultado es que la mujer suele regresar al hogar que abandonó.

Puede ocurrir también que la musulmana que huye acabe descarriada. Al no estar habituada a sobrevivir por sí misma, no sabe manejar su libertad y termina consumiendo drogas y llevando una vida disoluta. Es presa recurrente de los proxenetas, y a menudo su vida acaba de manera trágica: incapaz de hallar otra solución, recurre al suicidio. Hay casos en que las chicas son capturadas por sus propias familias durante o después de la fuga, y empieza una pesadilla para ellas. No son pocas las musulmanas que son encerradas durante sus vacaciones en el lugar de origen de sus padres, donde se les sustrae el pasaporte y con ello la posibilidad de viajar. En el peor de los casos incluso son asesinadas, como ha ocurrido con Zarife, la chica turca.

Las historias de las mujeres fugadas me han inspirado la carta abierta que viene a continuación y que contiene diez consejos para las musulmanas que quieren huir de su destino.

Querida musulmana:

Estos consejos que encontrarás aquí no están indicados para cualquier musulmana. Sólo están destinados a ti. A ti, que quieres ser dueña de tu vida y que encuentras tu libertad paralizada por tu propia familia, tu marido o la comunidad de creyentes. Quieres huir de tu familia o tu marido porque anhelas determinar tu propia existencia. Incluso quieres ganar un dinero para asegurar tu subsistencia. Quieres elegir a tu pareja libremente. Estás convencida de que tú -y no tus padres, la sociedad o quien sea- decides cuándo te casas y con quién. Y que los niños que des a luz han de ser asunto tuyo, y también a qué edad has de tenerlos y cómo has de educarlos es algo que quieres decidir por ti misma. Respecto a las amistades, te

¹ Originalmente aparecido en *De maagdenkooi* (La jaula de las vírgenes), Ayaan Hirsi Ali y Augustus Publishers, 2004.

² Una rara designación, ya que se trata de una mujer adulta que quiere irse a vivir de manera independiente. Pero su familia la considerará siempre una menor de edad, aun cuando haya rebasado la cuarentena. Para la familia ella seguirá siendo « la mujer huida ».

niegas a limitarte al círculo en el que naciste, y estás abierta a todo contacto humano fuera de ese reducido ámbito. Quieres viajar y descubrir el mundo. No deseas pasar el resto de tu vida pariendo hijos de un hombre al que no amas. Limpiar, hacer la compra y preparar comidas tres veces al día. Cada fin de semana servir el té con pastas a las visitas. Fregar, planchar y conversar sobre patrones de cortinas y dobladillos de sábanas. No quieres que el resto de tu vida transcurra entre mujeres que sólo se dedican a hablar mal de otros. Sabes de sobra que tus hermanas y primas invertirán sus mejores dotes en perfeccionar un sinfín de recetas de cocina. Has asistido a bodas suficientes en las que has podido ver a la novia jactarse no de su servicio al arte o a la cultura, sino de sus tatuajes de henna en las palmas de su mano, tatuajes de novia, mientras que entretanto hace mucho que se ha separado. Has sido testigo de cómo el novio y la novia se dan patadas, tras una fiesta nupcial de tres días.

Sabes que vales mucho más que todo eso. Piensas y sueñas con la libertad. Quieres salir al exterior, sentir el sol en tu piel y el viento acariciar tus cabellos. Renuncias a tu esclavitud doméstica y decides irte. Estos consejos pueden serte útiles, en tanto no vayas a regresar.

La preparación

1. La libertad es una elección

Plantéate las siguientes cuestiones: ¿quiero irme realmente? ¿Por qué quiero irme? ¿Acaso no hay otras posibilidades? Acude a un mediador si es posible. La opción de dejar la casa paterna o la conyugal debe tener como base algo más que la insatisfacción. Huir tiene para ti consecuencias nefastas, tal vez peores que si te quedaras. Por eso es importante que te tomes un tiempo para responder estas preguntas. Es indudable que quieres a tu familia. Tu decisión causará una enorme desazón en tus padres. Oirás el reproche de que eres su vergüenza y que tu partida tendrá consecuencias para toda la familia. Tu familia hará todo lo que esté a su alcance para asegurar tu regreso: intentarán hablar contigo, te amenazarán con el destierro, con renegar de ti o con la violencia. No infravalores el chantaje emocional y moral. «Desde que tú te fuiste mamá está tan enferma que no puede dormir», este tipo de comentarios serán continuos. Estate, pues, preparada.

Explora tus posibilidades. Examina bien tu situación en casa. Confecciona una lista de riesgos. Corres un serio peligro si procedes de una familia numerosa en la que abundan los varones que velan por su honor y que son firmes creyentes. El peligro es aún mayor en el caso de que tu padre sea una persona importante en la familia. Sin embargo, el riesgo es menor si, aunque pertenezcas a una familia que concede igual importancia al honor, hay menos miembros varones. Pero no subestimes los comentarios capciosos de otras mujeres: cotillean sobre cualquier cosa y saben predisponer a los hombres en tu contra.

Si sabes cómo funciona el círculo de las malas lenguas, quién cotillea sobre qué y qué es lo que se reacciona, ármate bien para evitar ser objeto de sus acechanzas. Hay una esperanza.

Examina tus debilidades: ¿cómo estás de salud? ¿Cómo es tu temperamento? ¿Eres irritable o gozas de un buen autocontrol y puedes adaptarte a las nuevas situaciones? El autodominio es un buen aliado que te otorga más oportunidades de preparar mejor tu fuga. No lo olvides: es una cualidad que se puede aprender.

Reflexiona acerca de cuánto tiempo puedes mantener en secreto tu fuga: ¿de cuánto tiempo dispones para ti durante el día? ¿A tu familia le llama la atención si te

demoras unas horas fuera de casa? ¿Eres hábil ideando patrañas y explicando a tus padres lo que ellos quieren oír? ¿Debes llevar pañuelo en la cabeza para mantener la paz en casa hasta el momento en que decidas partir?

Has de saber que una vez que estés fuera, no podrás volver (por un tiempo). La pregunta más importante que debes hacerte es entonces: ¿realmente quiero irme?

2. Confianza

Has decidido que quieres llevar una vida independiente. Para ello debes tener confianza. Para empezar, en ti misma. Tendrás momentos de inseguridad y de miedo. Incluso momentos de pesar. Es normal. Estás a punto de abandonar un entorno en el que confiabas. Es probable que nunca más vuelvas a ver a tu familia. Has de saber que conocerás la duda, pero no olvides que lo que hagas será bueno para ti. La manera en que quieres vivir no es compatible con aquella que tu familia quiere para ti. Confía en ti.

Pero también necesitas confiar en los demás. Conoce bien a la persona en quien confíes. Elige a alguien fuera de tu círculo religioso, alguien adulto y que maneje bien sus asuntos. Además, debe ser alguien que te ayude a ser independiente y que de tu relación con él obtengas la sensación de que lo que haces está bien. Alguien que te apoye. Alguien a cuyo lado puedas cometer errores. Y alguien así no lo encontrarás fuera de este mundo. No desconfíes de todos y todo, pero sé crítica y actúa con cautela.

3. Amistades

Es de importancia capital que hagas amigos. Vas a dejar a tu familia. No sobrevivirás a tu nueva vida sin amigos. Establece lazos de amistad antes de partir, buenos amigos en quienes puedas confiar. Empiezas una nueva vida a la que se incorporarán personas nuevas. Por supuesto habrá miembros de tu familia o conocidos de tu entorno religioso que reconocerán tu situación y que te darán su apoyo, pero cabe la posibilidad de que en realidad todo cambie. Ellos viven en comunidad y todo es objeto de comentario. Cuando alguien de ellos afirme comprenderte y te dé su apoyo quizás en un momento de descuido se vaya de la lengua. Encontrarás a más de uno con una doble moralidad, y antes de que reacciones todo el mundo estará al corriente de tus planes de fuga. Ándate con ojo. No digo que no debas tener amigos musulmanes, pero no les hagas partícipes de tus planes de partir. Minimiza los riesgos. Las consecuencias son demasiado graves para ti.

La amistad significa reciprocidad, así que cuando inviertas en tus amigos, hazles saber que pueden confiar en ti y respaldarte. Tus nuevos amigos tendrán conceptos distintos sobre las mujeres, y podría ser que en primera instancia no les comprendas. Explica qué pensaba tu familia y tu entorno sobre la culpa y la vergüenza. Aprende a ser honesta: manejarás los errores que cometes, no necesitarás mentir sobre tus amigos, tus citas, etcétera.

4. Domicilio

Si te vas de casa debes encontrar un lugar donde puedas vivir. Como estudiante o ama de casa tendrás pocos ingresos. Incluso es posible que jamás hayas tenido ingresos propios (a tu nombre). Además, tus vecinos te informarán de dónde encontrar personas que te reconozcan y que puedan enviar información sobre ti a tus padres y a otros miembros de tu familia. Puesto que dispones de poco

dinero, y además debes mostrarte cauta respecto a tu propia seguridad, las opciones de hallar vivienda son muy escasas. Por ello te recomiendo que solicites ayuda a tiempo a amigos y conocidos en quienes confíes.

Las residencias de estudiantes te resultarán atractivas porque allí encontrarás una habitación barata y sin embargo segura, amén de tener un precio razonablemente bajo. La desventaja es que debes inscribirte en alguna especialidad en calidad de estudiante para tener opción de vivir en un lugar así. En algunas ciudades, además, hay una desventaja adicional. Existe el fenómeno del «estudiante en prácticas», es decir, los inquilinos de las restantes habitaciones deben consentir al nuevo alquilador. Y puede que tú no seas de la preferencia de los inquilinos.

Si no eres estudiante y has elegido una ciudad universitaria en la que hay una larga lista de espera para conseguir habitaciones tienes otras posibilidades. Hay personas que viven solas y que alquilan habitaciones por un módico precio a otros que también viven solos y con pocos recursos, normalmente mujeres. En general, suelen hacerlo por períodos breves, porque sus hijos ya no viven en casa o porque su pareja ya ha fallecido. En esas casas debes atenerte a las normas de tu anfitriona. Por otro lado, puedes llegar a acuerdos respecto a tu privacidad y establecer algunos límites. En ciudades como Amsterdam se alquilan casas baratas en barrios seguros, viviendas pensadas -en condiciones ideales- para personas con ingresos bajos, como por ejemplo artistas, músicos, etcétera.

Si consigues obtener una habitación o una vivienda, hazte con ella a tiempo. Estate atenta a las fechas de partida y procura que tu habitación no quede vacía durante meses. Sería contraproducente para tu economía.

Evita dar tu teléfono y tu dirección. El correo electrónico es una manera de seguir manteniendo contactos sin necesidad de comunicar tus señas.

5. Seguridad

Si tu familia te amenaza, antes de dar el paso piensa detenidamente en el municipio donde quieres establecerte, y elige uno en el que pases inadvertida. Si has decidido estudiar, hazlo en una ciudad de tamaño mediano o una gran urbe. Pero si lo que quieres es trabajar, busca una localidad pequeña que esté a una distancia prudente del lugar de residencia de tus padres: eso te brindará más protección y un abanico de posibilidades.

Cuando te empadrones en el Ayuntamiento, acude a un funcionario que esté familiarizado con la situación de chicas como tú, que quieren vivir solas y que temen por sus vidas debido a persecuciones de hermanos, marido o padre. Es sumamente importante que tu domicilio sea secreto. Contacta con la policía y presenta una denuncia. De este modo podrás hacer uso del comprobante de denuncia para mantener ocultos tu número de identificación fiscal, tus datos de la Seguridad Social, del seguro y de empadronamiento. Si lo consideras necesario acude a un centro de asistencia jurídica gratuita.

Procura que las personas con quienes convivas, tus colegas y amigos, sepan el riesgo que corres: si alguien te busca ellos extremarán la vigilancia de tu propia seguridad. Asimismo, ellos también deben actuar con prudencia y no facilitar tus señas.

6. Ingresos

Soluciona el tema de los ingresos antes de partir. Si has planeado estudiar pide información sobre financiación de estudios. Da la dirección por ejemplo de una

amiga si no sabes dónde vas a ir a vivir. En el caso de que no quieras seguir estudiando y tampoco tengas ingresos solicita un subsidio al Ayuntamiento en el que te empadrones. De ese modo contraes la obligación de trabajar, o de seguir un curso que te capacite para el mercado laboral. Hazlo todo con tiempo. Oriéntate hacia los puestos de trabajo de tu futura localidad. Inscríbete en las bolsas de trabajo. Evita en lo posible recurrir a préstamos o contraer deudas.

Y lo más importante de todo: aprende a manejar dinero; para ello hay cursos de cómo gestionar presupuestos. Los servicios sociales pueden mostrarte el camino.

7. Oportunidades educativas

Un pequeño trabajo nunca está de más, pero sobre todo dedica tu tiempo a pasar los exámenes. Si suspendes una asignatura harás lo posible por justificarte, pero piensa que finalizar los estudios es tu pasaje de ida a una independencia duradera. Intenta, en la medida de lo posible, aumentar tus oportunidades de seguir estudiando. Si lo haces, tendrás la opción de realizar prácticas. Utilízala bien, busca con tiempo un lugar para esa práctica y discute sobre la gratificación económica, horarios, y lo que te reporte a la calificación global de tus estudios.

Si estudiar se te hace difícil, acude a un tutor. Él te podrá orientar acerca de cómo estudiar, cómo preparar los exámenes, cómo redactar trabajos, etcétera. Estudiar significa capacidad de autodisciplina: distribuye bien tu tiempo, acuéstate pronto, empieza tu trabajo con antelación suficiente.

Estudiar te permitirá también aprender a relacionarte con gente de fuera de tu entorno: valora qué es lo que esperan de ti, pero sobre todo las reglas no escritas de comunicación. Apúntate a una asociación de estudiantes y sal de copas (es una expresión, no es necesario que pruebes el alcohol).

8. Enseres personales

Si te vas no puedes llevártelo todo contigo: tu partida debe permanecer secreta hasta el último instante, razón por la cual no puedes llevarte objetos grandes, como por ejemplo una cama, una silla o una mesa, o toda tu ropa. Debes elegir lo imprescindible. Piensa en fotos queridas o tu hucha. No olvides tu pasaporte. Acuérdate de hacerlo todo de manera progresiva: llamarás la atención si sales de casa cargada de tazas o si de repente tu armario aparece vacío.

Debes montar tu propia casa o habitación, de modo que vete a donde puedas conseguir cosas baratas.

9. Buen ánimo

Partir es siempre un gran reto. Te sientes fuerte, vives el momento, pero eres terriblemente vulnerable. A veces te sentirás sola, no siempre hallarás comprensión en tu entorno, incluso por parte de tus nuevas amistades. Tu persona de confianza puede ayudarte a restablecer tu fortaleza interior. Pero debes ser consciente de que, pese a la ayuda externa, siempre estarás sola. Cuenta con que tendrás días buenos y malos, pero no te compadezcas. Tendrás necesidad de hablar con tu familia. Añorarás el calor, la placidez, las cosas que se dan por sentadas; cada familia conoce sus momentos importantes: fiestas de cumpleaños, entierros, celebraciones específicas, etcétera. En esos días te sentirás aún más sola. Pero has de saber que ponerte en contacto con tu familia puede ocasionarte consecuencias nefastas.

Un consuelo: hay muchas mujeres como tú, que han podido volver a tener buenas relaciones con su familia. Pero eso sucede normalmente al cabo de los años.

10. La partida

Ahora ya lo has arreglado todo. Sigues estando segura de lo que haces. Tienes amigos dispuestos a todo, confianza en ti misma y en el futuro. Tienes un domicilio, unos ingresos y te has matriculado en algún curso. Quizás eres aún estudiante de secundaria o ya sigues algún tipo de estudios. Has sacado tus enseres más queridos de la casa a hurtadillas. Nadie se ha percatado de nada. Te has comportado de manera ejemplar. Es el día de la partida. Hace buen tiempo o llueve. Esta noche dormirás por primera vez en tu propia casa. En tu habitación o como quieras llamarlo. Pero cuidado, ¿corres hacia la puerta sin saludar y cierras la puerta tras de ti?

Sí, porque no quieres llamar la atención.

Ahora ya te has ido.

¿Qué pasará luego?

Tu padre y tu madre no saben dónde estás y se sienten intranquilos. Deben saber de un modo u otro que te has ido por tu propia voluntad. Escríbeles una carta, diles que les quieres, que quieres vivir tu vida de otra forma diferente a la de ellos, que respetas su vida pero has decidido emprender tu propio camino.

Llámales. Buscarás a menudo su contacto, pero sé cauta a la hora de hacerlo. Procura que tu número de teléfono no aparezca identificado: llama desde una cabina o desde un lugar donde no haya un número telefónico registrado. Procura tener gente siempre alrededor, así tu conversación será breve y directa.

Has de aprender a vivir en sociedad. A pesar de los problemas, tu educación te ha enseñado varias cosas: puedes acostumbrarte a los demás, estás habituada a las tareas domésticas. Has aprendido a moverte en circunstancias difíciles y también a que las cosas no salgan como tú quieres. A diferencia de muchos varones, a ti no te han consentido nada. Pero aún te queda mucho por aprender, estate atenta a ello. Vale la pena.

SUBMISSION PART I¹

Introducción

Amina es una musulmana devota que se atiene a las reglas de la sharia. Vive rodeada de mujeres que, en el nombre de Alá, sufren terribles abusos, violaciones dentro del matrimonio, incesto y castigos corporales. A las víctimas se les recita un pasaje del Corán para justificar el acto criminal. Amina se compadece de la suerte de ellas, una suerte que también guarda relación con ella misma. Cada día se dirige a Alá y le reza con insistencia por la mejoría de la suerte de esas mujeres; pero Alá parece callar siempre y las tropelías contra ellas continúan. Un día Amina hace algo sorprendente. Rompe con la rutina de su oración. Después de la lectura preceptiva del capítulo introductorio del Corán inicia unas conversaciones con Alá en lugar de únicamente someterse a él.

Escenario: Islamistán (un país ficticio en que la mayoría son musulmanes y la sharia es el derecho máspreciado).

Personajes

Amina: Papel principal (habla durante el rezo a Alá).

Aisha: En posición fetal después de haber recibido cien latigazos.

Safiya: Vive la relación carnal en su matrimonio como una violación.

Zainab: Golpeada hasta quedar cubierta de hematomas por no obedecer al marido.

Fatima: Con velo; víctima de incesto.

Las cinco mujeres ocupan sus lugares respectivos. Amina está en el centro. Tiene la cabeza inclinada. Se levanta, se dirige al pergamino de oraciones y lo desenrolla. El pergamino está de cara a La Meca. Eleva sus brazos con las palmas abiertas y reza «Allahu Akbar». Luego lo cierra sobre su regazo con su palma derecha descansando sobre la izquierda. A continuación, dirige su mirada hacia la parte delantera del pergamino. Permanece en esa posición hasta que Fatima termina de leer. Cuando escucha «amén», alza el rostro y mira hacia la cámara.

1. Aisha, la condenada a cien latigazos

Amina recita el texto recogido a continuación, relacionado con la suerte de una mujer ficticia llamada Aisha. Entretanto, la cámara se mueve lentamente de Amina hacia Aisha. Ésta se mantiene en posición fetal. Las heridas (cicatrices) de los latigazos son visibles en su cuerpo. Encima aparece el siguiente texto del Corán: versículo 2 del capítulo 24 (Al Nur o La Luz).

Recitativo de Amina

Oh Alá, qué herida yazgo aquí, con el espíritu roto. Oigo en mi interior la voz del juez que me declara culpable.

La sentencia que debo cumplir está en tus palabras:

«La mujer o el hombre culpables de adulterio o fornicación recibirá cien azotes; no dejes que la compasión te embargue en estos casos prescritos por Dios

¹ El estreno de la película *Submission Part I* tuvo lugar el 29 de agosto de 2004, en el marco del programa televisivo *Zomergasten*, de la corporación pública de radio y televisión VPRO.

si crees en Dios y en el Día Final; y permite esa celebración a los creyentes que sean testigos de su castigo.»

(este texto en cursiva está escrito en el cuerpo de Aisha).

Hace dos años, en un día soleado, mis ojos estaban capturados por Rahman, el hombre más hermoso que jamás haya conocido. Después de aquel día, sin poder evitarlo, notaba su presencia en todas partes cuando yo iba al mercado.

Me conmovió comprobar que su aparición en el bazar no era una coincidencia.

Un día sugirió que nos viéramos en secreto, y le dije que sí.

Durante cuatro meses Rahman y yo nos vimos, compartiendo bebidas y manjares.

Bailamos y soñamos... sí, construimos castillos en el aire.

E hicimos el amor en mañanas secretas.

A medida que pasaban los meses nuestra relación se fortalecía.

Y más aún: además de nuestro amor empezó a crecer una nueva vida.

Nuestra felicidad no pasó inadvertida y algunos ojos envidiosos dieron rienda suelta a las lenguas maliciosas; «Ignoremos a esa gente y confiemos en la gracia de Alá», nos dijimos Rahman y yo.

Ingenuos, jóvenes y enamorados tal vez, pero pensábamos que tu santidad estaba con nosotros. Rahman y yo compartíamos cariño, confianza y un profundo respeto el uno por el otro... ¿Cómo podía Dios repudiar eso? ¿Por qué habría de hacerlo?

Y así ignoramos las malas lenguas, y juntos continuamos viviendo nuestro sueño, aunque en secreto.

Oh, Alá, hasta que fuimos convocados ante un tribunal y condenados por fornicación.

Rahman me llamó un día antes de comparecer ante el juez.

Me dijo que su padre lo enviaba lejos del país.

«Qué lástima que mi padre sea un hombre pío», pensé.

Rahman dijo que me amaba y que rezaría por mí.

Me dio ánimos para que fuera fuerte y tuviera fe en ti.

Oh, Alá, ¿cómo puedo tener fe en ti? Tú, que has reducido mi amor a la fornicación.

Aquí estoy tras los azotes -abusada y humillada- en tu nombre.

El veredicto que mató mi fe en el amor es tu libro sagrado.

Fe en ti... someterme a ti... suena como... es incluso traición.

2. Safiya, la que fue reiteradamente violada por su marido

Amina recita el texto que se cita a continuación relacionado con la suerte de una mujer ficticia llamada Safiya. Entretanto, la cámara se desplaza lentamente de Amina a Safiya. Vemos la espalda de una hermosa mujer que lleva un vestido blanco. En su espalda y en la parte de arriba de sus piernas vemos un texto coránico (versículo 222, capítulo 2, Al Bagara o La Vaca).

Recitado de Amina

Cuando yo tenía dieciséis años mi padre me comunicó ciertas noticias en la iglesia.

«Vas a casarte con Azziz; pertenece a una familia virtuosa y cuidará muy bien de ti.»

Cuando vi las fotos de Azziz, en lugar de sentir ilusión pensé que era poco atractivo, y aunque me esforcé por ver la parte buena no pude evitar percatarme de detalles enojosos: una cicatriz en el labio, una nariz torcida, cejas muy pobladas.

El día de mi boda fue más una celebración para mi familia que para mí.

Ya en la casa conyugal mi marido se me acercó. Retrocedí a su tacto, aunque ya sentía repulsión por su olor si bien él se acababa de bañar.

Pero, oh Alá, aun así cedí a sus peticiones refrendadas por tus palabras.

Le dejé poseerme y cada vez que yo lo rechazaba él te invocaba:

«*Si te preguntan*

por la menstruación de las mujeres diles:

son un daño y suciedad.

Por ello: mantente alejado

de las mujeres durante sus reglas

y no te acerques a ellas

hasta que estén limpias

e incluso hasta que

no se hayan purificado.

Entonces abórdalas de cualquier modo,

en cualquier tiempo y lugar,

así lo dispone tu Dios

porque Dios ama a los que

acuden a él constantemente

y ama a los que se mantienen puros y limpios.»

Así alargué los días de mi período, pero llegó un día en que tuve que desnudarme, me lo ordenó y no me sometí a él, sino a ti.

Cada vez me resulta más duro soportarlo.

Oh, Alá, te ruego, dame la fuerza para soportarlo o temo perder mi fe.

3. Zainab, víctima de abusos

Amina recita el texto citado a continuación relacionado con la suerte de una mujer ficticia llamada Zainab, interpretada por una actriz. Entretanto, la cámara se desplaza lentamente de Amina a Zainab. Vemos el rostro hinchado de Zainab, lleno de hematomas. Su vestido aparece desgarrado. A través de los rotos podemos contemplar la parte superior de sus brazos, su espalda e incluso eventualmente su vientre, y en ellos un texto coránico (versículo 34, capítulo 4, Al Nisa o La Mujer).

Recitado de Amina

Oh Alá altísimo,

tú dices que «los hombres son los protectores y custodios de las mujeres porque a unos les diste más fuerza que a las otras».

Y yo siento, al menos una vez por semana, la fuerza de mi esposo caer sobre mi rostro Oh Alá altísimo, la vida con él es difícil de soportar pero a ti someto mi voluntad.

Mi esposo me tolera por eso le obedezco devotamente, y definiendo en su ausencia lo que hay que defender; pero mi esposo, mi guardián y custodio, teme mi infidelidad y una conducta reprobable por mi parte; me acusa de ser ingrata con él; como un general en el campo de batalla me grita sus caprichos; me amenaza con no volver a compartir lecho y se ausenta durante noches y noches.

Creo que hay otra mujer, no me atrevo a preguntarle. Entre parientes y amigos corren rumores sobre él y la otra mujer.

Cuando regresa siempre encuentra alguna razón para dudar de mi fidelidad, y después de muchas advertencias y amenazas empieza a golpearme.

Primero suavemente en los brazos y las piernas, como tú, altísimo, describes, o debería decir prescribes, en tu libro sagrado.

Pero sobre todo me golpea en el rostro. ¿Por qué?

Porque no respondo rauda a sus órdenes. Por haber planchado la camisa equivocada. Por no haber puesto sal suficiente en la comida.

Por hablar demasiado con mi hermana por teléfono.

Oh, Dios altísimo, someterme a ti me asegura una mejor vida en el más allá.

Pero creo que el precio que pago por la protección y custodia de mi esposo es demasiado alto.

No sé cuánto más seguiré sometiéndome.

4. Fatima, la del velo

Amina recita el texto que reproducimos a continuación relacionado con la suerte de una mujer ficticia llamada Fatima. Entretanto, la cámara se mueve lentamente de Amina a Fatima. Vemos a una mujer totalmente cubierta por un velo y con una máscara enrejada cubriéndole los ojos, de modo que mira, desde una u otra abertura, hacia el exterior. Está sentada y con una sutil caída de la tela adivinamos el contorno del cuerpo de una mujer. En el velo aparecen los siguientes textos coránicos, en color blanco (verso 31, capítulo 24, Al Nur o La Luz).

Recitado de Amina

Oh Alá, lleno de gracia y misericordia.

Como tú esperas de nosotras las mujeres creyentes humillo mi mirada y preservo mi modestia.

Nunca exhibo mi belleza ni mis adornos; tampoco mi cara ni mis manos.

Jamás dejo mi pie al descubierto para llamar la atención hacia mis encantos ocultos.

Tampoco lo hago durante las fiestas.

Nunca salgo de casa a menos que sea absolutamente necesario, y siempre con el permiso de mi padre.

Cuando salgo un velo cubre mi pecho, como es tu deseo.

Un día pequé. Fantaseé sobre la sensación que produciría el viento en mis cabellos o el sol en mi piel, tal vez en la playa. Soñé despierta con un día largo por el mundo, imaginando lugares y gentes. Por supuesto, jamás vi esos lugares ni esas

gentes ya que debo salvaguardar mi modestia para complacerte, oh Alá. Así, siempre hago cuidadosamente cuanto me solicitas y me cubro de pies a cabeza excepto cuando estoy en casa y sólo con parientes presentes. En general, me siento feliz con mi vida.

Sin embargo desde que el hermano de mi padre, Hakim, está con nosotros todo ha cambiado.

Hakim espera a que esté sola en casa y viene a mi habitación.

Entonces me obliga a hacerle cosas, a tocarle en sus partes más íntimas.

Desde que está con nosotros me acostumbré a llevar velo en casa para disuadirle.

Pero nada lo arredra.

Dos veces me quitó el velo, rasgó mi ropa y me violó. Cuando se lo conté a mi madre ella dijo que se lo explicaría a mi padre.

Mi padre le ordenó, a ella y a mí, no cuestionar el honor de su hermano.

Siento dolor cada vez que mi tío se me aproxima.

Me siento enjaulada, como un animal esperando su matarife.

Siento vergüenza y culpa.

Y me siento abandonada, aun rodeada de familia y amigos.

Oh Alá, Hakim ha huido, ahora que sabe que estoy embarazada.

Por ahora puedo ocultar mi vientre con el velo, pero más tarde o más temprano se me notará. Seré humillada en público y mi padre me matará por no ser virgen.

Cuando pienso en todo esto me dan ganas de suicidarme, pero sé que en la otra vida los suicidas no cuentan con tu misericordia.

Oh, Alá, dador de vida, que también la arrebatas. Amonestas a los que en ti creen para que regresen a ti y alcancen la gloria.

No hice otra cosa en mi vida que ir hacia ti. Y ahora ruego por mi salvación, bajo mi velo, y tú permaneces en silencio como una tumba. No sé si podré ser capaz de seguir sometiéndome.

La necesidad de reflexión y autocrítica en el Islam¹

Mis padres me educaron en la idea de que el Islam -moral, social y espiritualmente- es la mejor forma de vida. Años más tarde descubrí que la belleza del Islam está deslucida por notorias manchas de cieno. Esas imperfecciones de la belleza eran, sin embargo, invisibles para los fieles de la religión de mis progenitores. Están convencidos, a fuer de repetirlo, que lo que pueda haber de malo nada tiene que ver con la religión sino con los creyentes.

En la moral islámica el individuo está limitado a la *sharia* y a la comunidad de creyentes gracias a las exigencias de Alá. Nada se le confía al individuo musulmán: hay incluso reglas que prescriben cómo debe sentarse, comer, dormir o viajar; a quién debe o no frecuentar; qué pensamientos y sentimientos debe o no experimentar. Los resquicios que no ocupan Alá o su Profeta los llenan la comunidad de creyentes, desde la familia directa hasta los musulmanes que pueblan el mundo entero. Así, un marroquí que se toma una cerveza lejos de la presencia de otro marroquí, será amonestado por un voluntarioso sudanés o afgano, o cualquier otro guardián espontáneo que sea también musulmán.

En ninguna parte se hace tan evidente la exclusión del individuo musulmán como en el comportamiento entre sexos. La moral sexual del Islam pone un énfasis especial en la castidad. El sexo se circunscribe sólo dentro del matrimonio. En la práctica, esto supone una limitación más grande para las mujeres que para los hombres: a ellos se les consiente que contraigan matrimonio con cuatro esposas, pero no a la inversa. La posición de la mujer musulmana es, comparada con las mujeres no islámicas, pésima.

Como en todo el mundo, los musulmanes también reciben la influencia del progreso científico. Los musulmanes que se lo pueden permitir hacen uso de los últimos avances tecnológicos en coches o aviones, viven en casas modernas y poseen máquinas y utilizan ordenadores. Pero, a diferencia del mundo cristiano o judío, el contexto moral de los musulmanes no ha cambiado en consonancia. A cualquier musulmán, al igual que en los primeros tiempos del Islam, se le educa en el convencimiento de que todo conocimiento se halla en el Corán, que no están permitidas las preguntas capciosas sobre el libro sagrado y que todo musulmán (incluso en 2004) debe emular en su vida los fundamentos del Islam. En la realidad, son pocos los que consiguen, como es lógico, comportarse como un profeta del siglo VII.

Esa educación ha dañado seriamente la capacidad de los musulmanes de avivar la curiosidad. Cualquier progreso conseguido por un musulmán será percibido por el resto de la comunidad de creyentes como extraño y entrará en conflicto con los preceptos religiosos. La religión ha quedado estática y fija.

Aquellos que se atreven a negarlo se han visto desafiados, después de los ataques del 11 de septiembre, por detractores y críticos, a que mencionen el nombre de un solo musulmán que haya hecho un descubrimiento en el ámbito de la ciencia o la tecnología, o que haya revolucionado el mundo del arte. No hay musulmanes en esos campos. En una comunidad integrada por millones de creyentes no hay lugar para el conocimiento ni el avance, sino que prima la pobreza, la violencia y el atraso. Para que se produzca un cambio es necesario que cambie también el contexto en que los padres musulmanes educan a sus hijos.

¹ Ésta es la reacción de Ayaan a las críticas que recibió *Submission Part I*, tal como aparecieron publicadas el 30 de octubre de 2004 en el diario *Volkskrant*.

No es sólo en nombre del bienestar de los propios musulmanes la razón por la que es necesario arrojar una mirada crítica al Islam, sino que incluso urge en relación con todos los habitantes del planeta, ya que los musulmanes están implicados, en la práctica, en todos los conflictos armados actuales. La mayoría de musulmanes vive en la miseria: hambre, enfermedades, sobrepoblación, paro. En sus países de origen, los musulmanes son víctimas de regímenes autoritarios legislados por la *sharia*. La mayor parte de los musulmanes no tiene acceso a una buena educación y reina el analfabetismo. No cabe seguir negando que los propios musulmanes (en general de manera involuntaria) son responsables de su miseria. Un análisis riguroso del Islam y la aproximación a todos los dogmas de esta fe, que mantiene a sus fieles prisioneros en un círculo de violencia y pobreza, regatea a los musulmanes la posibilidad de vivir en libertad individual y llegar a un orden moral en que mujeres y varones, heterosexuales y homosexuales convivan conforme a preceptos de igualdad.

Esa crítica debería proceder del seno mismo del Islam, luego la habrían de fomentar individuos formados en el Islam y para quienes las manchas de cieno de la propia cultura sean efectivamente visibles, personas que sí han disfrutado con su educación y que han tenido contacto real con gente no musulmana. Aquellos que han luchado por su suerte como individuos y que saben cuán poderoso es seguir el deseo interior de libertad y al mismo tiempo continuar siendo un buen musulmán. Aquellos que viven en un país libre y que por ello no deben temer permanentemente por su vida cuando expresan sus pensamientos en público. Esos críticos del Islam deben saber que una cultura ancestral inmune a la autocrítica no los recibirá, en tanto que hijos pródigos, con los brazos abiertos. Los tildarán de traidores y renegados.

¿Cómo debería ser esa autocrítica? Pienso que todo debería estar permitido, excepto la violencia verbal o física. Se puede hacer uso de la palabra (novelas, no ficción, poesía, tiras cómicas), de la imagen (películas, dibujos animados, escultura, etcétera) y del sonido. La película *Submission Part I* que yo hice junto con Theo van Gogh cumple con el cometido de cuestionar la moral que fue el núcleo de mi educación. Mi objetivo no es convertir a los musulmanes en ateos, sino hacerles ver las nada estéticas manchas de cieno, como por ejemplo el pésimo tratamiento que se dispensa a las mujeres. He constatado un nexo entre los preceptos del Corán, según los cuales una mujer desobediente debe ser azotada, la explicación que de ello da el *hadith* y la práctica en que los musulmanes varones violentos se vuelven hacia el Corán cada vez que se cuestiona su comportamiento. Las víctimas de la violencia hablan acerca de que los azotes aparecen recogidos en el Corán, que regresan con su marido y que esperan mejores tiempos de cara al futuro.

Muchas de las críticas vertidas contra la proyección de *Submission Part I* en el programa de televisión *Zomergasten* saludan que se luche contra la opresión de las mujeres, pero se preguntan si la estrategia que elegí es realmente constructiva. El historiador amsterdamés Lucassen, y otros más, se muestran críticos con la parte más oscura de la historia del Islam, reduciéndola al derrotismo. Eligen criticar a la tercera generación de musulmanes que no se pasan el día entero en la mezquita y a las chicas que combinan el pañuelo en la cabeza con un piercing en el ombligo antes que rechazar a los críticos del pesimismo del Islam. Pero yo no soy una derrotista. Al contrario. Soy optimista. La crítica debe humanizar el Islam. Lucassen y los demás mezclan creyentes y fe. El Islam es una manera de vivir, un sistema conceptual. Al creyente se le instruye en la comprensión global de dicho sistema. Señalar las inconsistencias de un dios misericordioso que incita a maltratar a las

mujeres obliga a los musulmanes a ver las deficiencias de su fe, adquirir conocimiento de la moral secular, y les hace posible adaptarse a la realidad. La crítica al Islam no implica un rechazo de sus creyentes, sino sólo de aquellos conceptos que, convertidos en actos reales, pueden tener consecuencias inhumanas.

Otras personas, en relación a la película *Submission*, me han advertido del inesperado efecto de crítica hacia el Islam: los Islamófobos agradecerán el uso que podrán hacer de mi crítica para así discriminar a los musulmanes y aumentar la mala fama del Islam. Quizá sea así, pero mi intención no es alentar a esta corriente Islamófoba, sino precisamente incitar con textos e imágenes sugerentes a los musulmanes para que reflexionen acerca de la situación de atraso en que viven. El riesgo de que los Islamófobos o los racistas puedan abusar de mi trabajo no me arredra para hacer *Submission Part 2*, como tampoco lo hace a un periodista que en una democracia liberal denuncia ciertas situaciones (Guantánamo), y tampoco supone un freno a la preocupación del gobierno de que la transparencia política pueda ser objeto de abuso por parte de los enemigos de la libertad. Hago la misma consideración que los periodistas y los defensores de los derechos civiles. La visibilidad de los abusos (también religiosos) pesa más que un eventual abuso por parte de terceros.

También están aquellos que afirman que los musulmanes percibirán una película como *Submission* como injuriosa y dolorosa. Tales métodos confrontados deberían funcionar más bien al contrario. He de adaptar mi estrategia. Entre esos críticos -que incluye a musulmanes como Arib y Al-Bayrak del PvdA-, llama la atención que no ofrezcan ninguna estrategia alternativa cuya eficacia esté probada. Se obstinan en el dolor de los enviados de AEL (Liga Árabe Europea), pero ignoran el dolor de las víctimas de la violencia, quienes a su vez también han sufrido un lavado de cerebro tal que se someten «voluntariamente» a la doctrina en la que se fundamentan sus lamentables circunstancias. Estos Islamistas socialdemócratas prefieren centrarse en la defensa y mantenimiento de la doctrina que subyuga a las mujeres antes que hacer un esfuerzo ilustrador. Son los que hacen desviar la mirada de una mujer de casi veintitrés años que no sabe ni leer ni escribir, y que vive camuflada en una remota casa de acogida en alguna parte de Holanda. La misma que no hace ni tres años huyó de su familia, residente en el campo de algún país musulmán. La misma que de repente se vio viviendo en un apartamento en un barrio periférico de una gran ciudad con un hombre extraño con el que debía contraer matrimonio. La misma que la policía llevó a una casa de acogida cuando el esposo empezó a golpearla regularmente. La misma que en el centro de acogida está en un rincón mirando cómo su estresado bebé gatea en torno a ella. La misma que apenas reacciona a las miradas airadas de sus convecinas y a los requerimientos de los asistentes sociales para llamar la atención sobre su hijo. Esta mujer no sólo es una sin techo, sino que ni siquiera puede volver con su familia a su país de origen, porque ahora es propiedad de su marido. En las dificultosas conversaciones sobre su futuro y el de su bebé, que se suceden con la intervención de un intérprete, ella declara que confía en Alá. «Por Alá me hallo en mis actuales circunstancias y, si soy paciente, será él también quien me libere de ellas. Debo obedecerle.» En *Submission Part 1* intento mostrar cómo ocurre ese sometimiento a Alá.

Otra variante de la estrategia de «no incomodar a los musulmanes» es la de la señora Weber, la presidenta de Al-Nisa, una organización de mujeres musulmanas. Según ella los musulmanes, después del 11 de septiembre, viven bajo

una fuerte presión. Se sienten intimidados. Se les aborda por acciones de personas que se autodenominan musulmanas y que hacen cosas terribles en países lejanos. La crítica a la posición de las mujeres musulmanas en sí misma es buena, pero el momento no es el adecuado.

La exposición de Weber es inadecuada. Los musulmanes en Holanda no se sienten para nada intimidados. Aquí gozan de una libertad de culto y de una prosperidad desconocida, la propia de los estados occidentales seculares. Por lo demás, mientras los musulmanes no lleven aquí la voz cantante se van a sentir permanentemente ofendidos.

Las reacciones de muchos musulmanes respecto a aquellos que les muestran las desagradables manchas de cieno del Islam es vehementemente negativa. Si no amenazan con violencia física, entonces recurren a la violencia verbal. El caso de *Submission Part I* no fue diferente. Algunos portavoces oficiales de organizaciones musulmanas en Holanda (que no se sabe muy bien a quién representan) han dicho lo siguiente sobre la película: «Hirsi Ali se excede bastante con este filme. Ella considera correcto hablar sobre la situación de las mujeres en el Islam, pero para las personas piadosas esto constituye un shock tremendo y se van a poner a la defensiva. El debate en Holanda se verá gangrenado. Sería bueno volver a las relaciones normales. Yo no sé cuáles han sido sus motivos, pero los considero una pura provocación»², alega Mohamed Sini, el presidente de la Fundación Islam y Ciudadanía, y quien ante todo quiere respetar la libertad de expresión.

Nabil Marmouch, presidente de la rama holandesa de AEL, dice: «El debate sobre la posición del Islam se ha enrarecido con la provocación de Hirsi Ali. Cabía esperarlo de alguien como Theo van Gogh, ya que es incapaz de pensar algo constructivo, pero ella es una representante del pueblo. No entiendo qué la lleva a ofender a millones de musulmanes en Holanda». Marmouch dice que todo es un exceso y que nada ocurre en relación a la posición de las mujeres en el mundo islámico. «Los holandeses que quieran saber más sobre ello no deben conformarse con acudir sólo a Hirsi Ali, ya que ella proyecta sobre el resto del grupo sus propias y extrañas experiencias.»

Después de toda esa perorata, sin embargo, Marmouch parece no haber visto la película: «No voy a perder mi tiempo en esas tonterías»³.

«No me interesa en absoluto esa película -declaró A. Tonca, del Organismo de Contacto Musulmanes y Gobierno, poco después del estreno-. Tampoco la quiero ver; en términos de contenidos es inexacta. Me parece ridículo que Hirsi Ali se limite a provocar. Esto debe acabar de una vez por todas.» Tonca opta por «ignorar por completo» a Hirsi Ali y a Theo van Gogh. «Así cesarán en su empeño. No vale la pena que se les preste atención»⁴.

El presidente de la organización musulmana turca Milli Görüs dice en el periódico *Rotterdams Dagblad*: «Si lo que Hirsi Ali pretende provocar es una guerra santa, que sepa que con su peliculita no lo va a conseguir».

El señor Maddoe, presidente del Consejo Musulmán Holandés, dice acerca de *Submission*: «Para la comunidad islámica esto es ir demasiado lejos. Los musulmanes más ortodoxos no lo van a transigir».

Driss El Boujoufi, de la Unión de Organizaciones Marroquíes en Holanda (UMMON) toma la palabra: «Ayaan Hirsi Ali quiere pelear y por ello busca enemigos.

² Diario *Volkskrant*

³ Diario *Volkskrant*

⁴ Diario *Trouw*.

Pero nosotros no nos prestamos a ello, ya que si recoges el guante tendrá espectadores, y eso es lo último que querríamos».

Un portavoz de la Emisora Musulmana Holandesa, Frank Williams, dice: «Hirsi Ali tiene algunos problemas con esos textos del Corán, ya que el Corán no incita al abuso de mujeres; eso lo hacen los varones. Hacia ahí debe encaminar sus pasos, pues, e iniciar el diálogo. La emancipación empieza dentro. Si fallas en mimar a la gente pierden la confianza en ti».

Estas reacciones eran totalmente previsibles. No importa si el que opina sobre la película la ha visto o no. No importa si ha habido una película, un fragmento de un texto u otra forma de crítica al Islam. Todos ignoran deliberadamente la mancha que recae sobre el Islam, especialmente respecto al trato y la consideración que reciben las mujeres. Los líderes de las organizaciones musulmanas advierten de que los musulmanes no deben tragarse las imágenes de las mujeres en las que se reproducen los textos coránicos. Lo que las organizaciones musulmanas y los musulmanes en general han tragado durante siglos con toda tranquilidad es la efectiva aplicación de los textos sobre los cuerpos de las actrices de *Submission*: los latigazos sobre el cuerpo de las mujeres «indecentes», el abuso sistemático de las mujeres «desobedientes», la violación dentro del matrimonio y el ostracismo cuando no el asesinato de mujeres y niñas que son víctimas de incesto, para así poder limpiar el «honor» de la familia.

Los representantes de las organizaciones musulmanas no sólo niegan el mensaje de *Submission*, sino también el hecho de que numerosos grupos de mujeres musulmanas viven en calidad de acampadas en casas de acogida, y que son arrojadas por sus maridos a sus países de origen sin dinero y a cargo de los hijos. La justicia no registra los numerosos casos de venganza por honor a causa de la presión que ejercen los representantes de las organizaciones musulmanas, porque sus seguidores podrían enfadarse. El Riaggs y otros centros para la salud espiritual saben -porque así lo han reflejado la psiquiatra Carla Rus y el diario Volkskrant- que muchas chicas musulmanas son víctimas de incesto y obligadas a casarse, y que a veces sus padres las raptan para llevárselas al país de origen para allí darles muerte. La agenda oculta de los portavoces conservadores de estas organizaciones es la misma que la de las escuelas musulmanas: los musulmanes holandeses que dan vía libre a las niñas y mujeres musulmanas. Esas mujeres enemigas organizadas suscriben el consenso silencioso que también está vigente en los países Islámicos. Y se trata del modo en que la familia está implicada en el trato que reciben mujeres y niñas. Si de algún modo, aunque sea lejano, el comportamiento de éstas compromete el honor de la familia, entonces los padres, hermanos y otros varones están autorizados a decidir qué hacer con ellas. Los textos coránicos no sirven únicamente como legitimación de la violencia contra las mujeres, sino también para aplacar la conciencia del autor y de los espectadores pasivos. Mediante el ejercicio de la crítica hacia las sagradas escrituras los portavoces de las organizaciones musulmanas, tanto en Holanda como en otros países, van manteniendo en esencia y en la práctica el sometimiento de las mujeres.

El meollo del asunto es que la mayoría de hombres musulmanes no califica de sometimiento, abuso o asesinato la manera en que trata a las mujeres, sino que lo considera respuestas legítimas al comportamiento de éstas. La mujer musulmana sabe lo que procede y lo que no. Si decide comportarse de un modo que no se corresponde a lo prescrito, recibirá un castigo por ello. En este contexto, las

palabras de Marmouch de que «es excesivo, pues nada hay de malo en la posición de las mujeres en el mundo islámico» son harto significativas.

Asimismo me han llegado reacciones de musulmanes según las cuales atraigo mucho la atención sobre los puntos más negativos del Islam. Se preguntan por qué no incido en la intolerancia en el judaísmo o en el cristianismo. Su conclusión es la siguiente: lo que persigo no es tanto una mejora de la posición de la mujer como de poner al Islam a un trasluz pernicioso.

Por supuesto, en la Biblia y en el Talmud también hay textos que podría calificar de poco amables con las mujeres. Es un hecho que en Holanda (y en tantas otras partes del planeta) viven comunidades cristianas que interpretan sus textos sagrados de manera tan literal como los musulmanes el Corán. Y desde luego ambos implementan una moral sexual idéntica, como gotas de agua, a la que propone la *sharia* en un país como Arabia Saudí. Allí también se maltrata a las mujeres, se condenan los avances y se muestra intolerante con los homosexuales.

Pero es una lástima que estos musulmanes que ejercen la crítica no lleven su propia propuesta comparativa a buen término, porque entonces llegarían a la conclusión de que el alcance del sometimiento a la palabra es infinitamente menor en el mundo judío o cristiano. El dios cristiano o el dios judío está atenuado y desterrado a la conciencia privada de sus fieles. Al mismo tiempo se le denomina «amor» o alguna otra cosa, y sus fieles han suprimido el infierno. La comunidad de creyentes cristianos y judíos ha perdido su amarre en el individuo. Los sacerdotes, pastores y rabinos no lo han hecho voluntariamente. Se combate duramente la libertad de conciencia del individuo, la búsqueda de conocimiento y la manipulación de la naturaleza. Y la lucha empieza en la palabra.

La mayoría de mujeres nacidas en países tradicionalmente judíos o cristianos puede caminar tranquilamente por las calles, disfrutar de una educación como la que reciben los varones, recoger los frutos de su trabajo, elegir con quién quieren compartir su vida y determinar su propia vida sexual, o si quieren tener hijos y cuántos. La mayoría de mujeres de procedencia judía o cristiana puede viajar y recorrer el mundo entero, comprar su propia casa y poseer incluso otras pertenencias. Y si bien esto no es así para todas, sí lo es para una inmensa mayoría. Sin embargo, esto es válido únicamente para una ínfima minoría de mujeres nacidas en el seno de una familia musulmana.

Los hombres y mujeres judíos y cristianos han sido capaces de criticar sus propios textos sagrados, burlarse de ellos, hasta el punto de poner en tela de juicio e incluso negar la validez de muchos textos de la Biblia y del Talmud. Los textos se han mantenido, pero las relaciones entre sexos han avanzado. Cuando judíos y cristianos han descubierto el cuadro lo han hecho para poner en cuestión su propia fe y su cultura. Y aquellos que optan por acogerse a interpretaciones literales, antiguas, dicen que los textos, las imágenes y los comportamientos de los que se autodenominan críticos son «molestos», «pecaminosos» y «radicales». Durante mucho tiempo la Iglesia ha intentado que los creyentes ignorasen las voces críticas. Precisamente la misma actitud que las organizaciones musulmanas han demostrado con mi película.

En la historia de la búsqueda judía y cristiana de una Ilustración mediante la reflexión sobre uno mismo también ha habido, por cierto, personas que han calificado de errónea la estrategia de analizar los textos sagrados para demostrar cuán ridículos, crueles o injustos son. He copiado mi estrategia de la crítica judeocristiana de la fe basada en el absolutismo. *Submission Part I* debe ser

juzgada a la luz de esa realidad. Todo aquel que conozca la historia de la crítica occidental de la religión sabrá valorar la eficacia de la estrategia que he elegido.

Lo que yo querría decir¹

Querido Theo:

Te mataron una fría mañana de noviembre.

Una semana más tarde te incineraron y yo no estaba allí. Me hubiera gustado mucho haber podido estar presente. Quería hablarte.

Te quería decir que habías sido un temerario. Que con tus planteamientos heriste y agraviaste a personas. Que obtenías placer desafiando a tus seres queridos y ofendiendo a tus enemigos. Te hubiera querido decir que tú sabías exactamente lo que decías y cuál era el impacto de tus palabras. Conocías las consecuencias: has perdido amigos, las redacciones solían rechazar con frecuencia tus trabajos, a su vez la gente te ha insultado e incluso un individuo te llevó a juicio.

Pero una cosa era segura: antes de la llegada del Islam a Holanda era impensable que alguien en este país te hubiera matado por las palabras que proferiste.

Aquel 9 de noviembre me hubiera gustado decirles a los presentes que tú intuías muy bien la amenaza del Islam. No tanto respecto ti mismo como para Holanda. Te resististe con todas tus fuerzas al férreo círculo de la corrección política que se ha ido tejiendo en Holanda. En verdad temías que aquel enfoque pusilánime precisamente impulsara la violencia. Y de manera cruel, tenías razón.

Hubiera querido decir aquel día que tu película *Submission* no había surgido del afán provocador, si bien es cierto que ese deseo te acompañaría también con cierta frecuencia. En este caso te movían motivaciones diferentes. Hiciste la película para dejar constancia del sufrimiento de las mujeres musulmanas. Y pusiste tu talento de director al servicio de esas mujeres. Noble acción que muchos no han entendido así.

Tus seres queridos te advirtieron de los posibles riesgos. Pero te mantuviste firme en un punto fundamental: la creencia de que la libertad de expresión es uno de los bienes más grandes. «Mejor asesinado que asfixiado por la mordaza», dijiste. Quién hubiera pensado que por ello acabarías encontrando la muerte.

Esta tarde, un año después de tu muerte, estoy presente pero no voy a hablar. Voy a escuchar a tu padre. Me gustaría volver a hablar contigo, pero no lo hago. No quisiera poner al alcalde de Amsterdam en un aprieto, siendo como es un apasionado defensor de las relaciones interétnicas en la ciudad. Mi presencia en tu conmemoración ya es lo suficientemente inquietante para las relaciones entre musulmanes y no musulmanes. Quién sabe lo que mis palabras podrían llegar a provocar.

El año pasado se habló mucho acerca de ti y de tu asesinato. Fue una noticia de alcance mundial. Las reacciones en los medios de comunicación no diferían gran cosa de las que generaron los atentados del 11 de septiembre en Nueva York y Washington. Hubo muchos que repudian tu muerte en sí, en la misma medida que condenaron los atentados de 2001; sin embargo, tras la frase de repulsa añadían un «pero» para, a renglón seguido, mostrar comprensión hacia las motivaciones de tu asesino:

1. En primer lugar, la psicología de pacotilla. Se dijo que la muerte de su madre lo había desquiciado. Como si fuera aceptable acudir a tales métodos para procesar la pérdida de una madre.

¹ Publicado en *La Vanguardia* el 2 de noviembre de 2005.

2. Luego, el complejo de pobreza. Según aquellos que la padecen tu asesino es un joven pobre, atrasado y víctima de discriminación, sin perspectivas de futuro. Es lógico, pues, que haya caído en las garras de los yihadistas.

3. A continuación la tesis de «si hubiera...»: «Si Van Gogh hubiera prestado más atención a sus propias palabras...». «Si no hubiera usado tal o cual palabra, aún estaría vivo.»

4. Curiosamente, arraigó con fuerza la idea de que tu asesino era un individuo perturbado y que nada tenía que ver con el Islam. Pertenece a un grupo capitalino formado por unos cincuenta o cien varones jóvenes que eran objeto de vigilancia permanente por parte de la AIVD. Todos ellos eran francotiradores.

No obstante, una reducida minoría de la opinión pública todavía se atreve a decir algo sobre las tensiones generadas entre tu convicción -que no es otra cosa que la palabra libre- y la fe profesada por tu asesino -conocimiento del Corán y los modos de actuar del profeta-. Hay, y de eso tú eras muy consciente, abundantes y concluyentes pruebas de que en su esencia el Islam es incompatible con el valor que Occidente concede al término «libre», y sobre todo, a la libertad de opinión.

Entre la opinión pública, sobre todo entre políticos y mandatarios, ha surgido un obstáculo que amenaza con enturbiar aún más la situación. Los hay que sostienen que la acción de Mohammed Bouyeri está intrínsecamente vinculada al Islam, y que las relaciones entre musulmanes y no musulmanes sólo podrán mejorar cuando se dé una reforma en el Islam. Y hay asimismo quien insiste en la idea de que el Islam es una religión pacifista aprisionada por algunos extremistas a quienes les mueven razones equivocadas.

El último día de su procesamiento tu asesino añadió una carga extra a esta discusión. Como es habitual en nuestro sistema judicial el acusado tiene la última palabra. Se dirigió a tu querida madre y le dijo:

Quiero agradecerle a Dios su ayuda y también agradecerle la que me brindará en lo que voy a decir. No hay más dios que Alá y Mahoma es su Profeta.

Y además:

Mis palabras no obedecen a ninguna presión del tribunal. La única persona con la que estoy obligado a algo, creo yo, es la señora Van Gogh. Le diré con toda sinceridad que no me solidarizo con su sufrimiento. No siento su dolor, tampoco puedo sentirlo. No sé lo que significa perder a un hijo que se trae al mundo con tanto dolor y tantas lágrimas. En gran medida, porque no soy mujer. Pero también porque no siento compasión. Porque pienso que es usted una infiel. Y usted me puede e incluso me debe imputar la culpa.

Y además:

Y por lo que respecta a su experto, el señor Peters -(catedrático de derecho islámico de la Universidad de Amsterdam al que el tribunal convocó en calidad de especialista)- ha señalado que efectivamente hay textos en el Corán que incitan a la violencia pero que hay otros tantos que predicán la

paz. Pero usted no ha preguntado al señor Peters cuándo se habla de violencia y cuándo de paz. Eso usted lo ha obviado.

Y además:

Lo que yo quiero que sepa es que actué con convicción y no porque odiara a su hijo porque fuera holandés o porque me haya ofendido como marroquí. Nunca me sentí ofendido.

Y además:

Y dice usted que yo no conocía a su hijo. No lo puedo acusar de hipócrita, porque no era hipócrita. No lo era y me consta que actuaba por convicción. Así, no es cierto que yo me sintiera agraviado como marroquí o porque él me llamara follador de cabras. Yo he actuado movido por la fe. Incluso enfatiqué que si se hubiera tratado de mi padre o de un hermano habría hecho exactamente lo mismo. Así no me acusará usted de sentimentalismos.

Y además:

Y le puedo asegurar que si saliera en libertad volvería a hacer lo mismo... exactamente lo mismo.

Por lo demás, con respecto a su crítica, tal vez cuando usted alude a los marroquíes quiere decir en verdad musulmanes. No se lo tomo a mal, porque la misma ley que me impulsa a cortar la cabeza a cualquiera que injurie a Alá o a su Profeta es la que me obliga a no arraigarme en este país. O, en todo caso, no en un país donde la palabra libre, como la ha descrito el fiscal, se proclama públicamente.

Con esas frases terribles, Theo querido, tu asesino dejó en ridículo a todos cuantos pensaban que tu muerte nada tenía que ver con la religión islámica, y puso meridianamente de manifiesto cuál era el telón de fondo de tu asesinato. Como contraste entre tu convicción de que la palabra libre es uno de los más grandes bienes y su convicción de que la labor sagrada de Alá y la de su Profeta deben prevalecer ante todo.

Civilización frente a barbarie. Modernidad frente a premodernidad. Ciudadanía frente a tribus. Ilustración frente a superstición. Pensamiento crítico frente a absolutismo. Progreso frente a estancamiento. Equidad frente a dominación.

El individuo libre frente a la tiranía colectiva. Comparto con tu familia una honda tristeza porque tú ya no estás. Pero también estoy triste porque un año después de tu muerte compruebo que la misión sagrada de Alá y de su profeta cada vez recluta más soldados. La semana pasada, sin ir más lejos, el presidente de Irán aireó a los cuatro vientos su voluntad de proseguir con el programa nuclear y eliminar del mapa a Israel.

De Dinamarca llegan buenas noticias. Un periódico del país encargó a algunos dibujantes que dibujaran al Profeta, y éstos se han topado con todo tipo de problemas imaginables. Se produjeron protestas airadas por parte de los musulmanes y a muchos de los dibujantes se les aconsejó que se escondieran por seguridad. Embajadores de diferentes países islámicos, entre ellos Turquía, que con

tanto ahínco pretende incorporarse a la UE, presentaron sus quejas al gobierno danés. Pero el primer ministro Rasmussen defiende con fervor la libertad de expresión.

Ya lo ves, se sigue comparando tu convicción con la de tu asesino. La lucha entre la civilización y la barbarie. Tu asesino representa la barbarie. Y tus queridos padres son el ejemplo vivo de la civilización que sufre la amenaza de esa barbarie.

